

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 6 - 12 noviembre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 3

## YA NO HAY RETAGUARDIA

**TODOS TENEMOS  
UN PUESTO EN  
LOS PLANES DE  
DEFENSA  
PASIVA**



### ENTREVISTA FRANCO- FOSTER DULLES EN EL PARDO

Por Enrique Ruiz García (pág. 9).

Agreda, poema en piedra, por Blanca Espinar, enviado especial (página 18) \* Plaza de la ciudad, por F. Maldonado de Guevara (pág. 25) \* Entrevista con el doctor Pedrola, por A. Covaleda (pág. 27) \* Poesía de religiosos, por J. García Nieto (pág. 31) \* Fuerteventura, por Antonio G. Nuez (pág. 32) \* La Iglesia ante el capitalismo, por Dauphin-Menmer (pág. 46) \* La Escuela Judicial, por J. Sutil (página 50) \* Cincuenta años del Aero Club, por Sueiro (pág. 53) \* La Iglesia del Silencio (pág. 57).

EL RIO ES DE TODOS  
Novela, por S. Luengo.

Como hombres del futuro, los combatientes de la retaguardia podrán tener este fantástico aspecto en las operaciones de la Defensa Pasiva de las ciudades

## CUDADES BAJO TIERRA PARA MILLONES DE HABITANTES



*Nosotros  
también empleamos  
Listerine*



FRASCOS  
DESDE  
PTS. 7,50

En la higiene infantil la limpieza y antisepsia de la boca es el primer cuidado. Desde muy pequeños se les debe acostumbrar a las gárgaras y enjuagues con LISTERINE. Lo aceptan como un juego y les ahorra males de garganta, constipados y otras infecciones.

**ANTISEPTICO**

# LISTERINE

**PURIFICA EL ALIENTO**

Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



Cancionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid



# YA NO HAY RETAGUARDIA

**TODOS  
TENEMOS UN  
PUESTO EN LOS  
PLANES DE DEFEN-  
SA PASIVA**

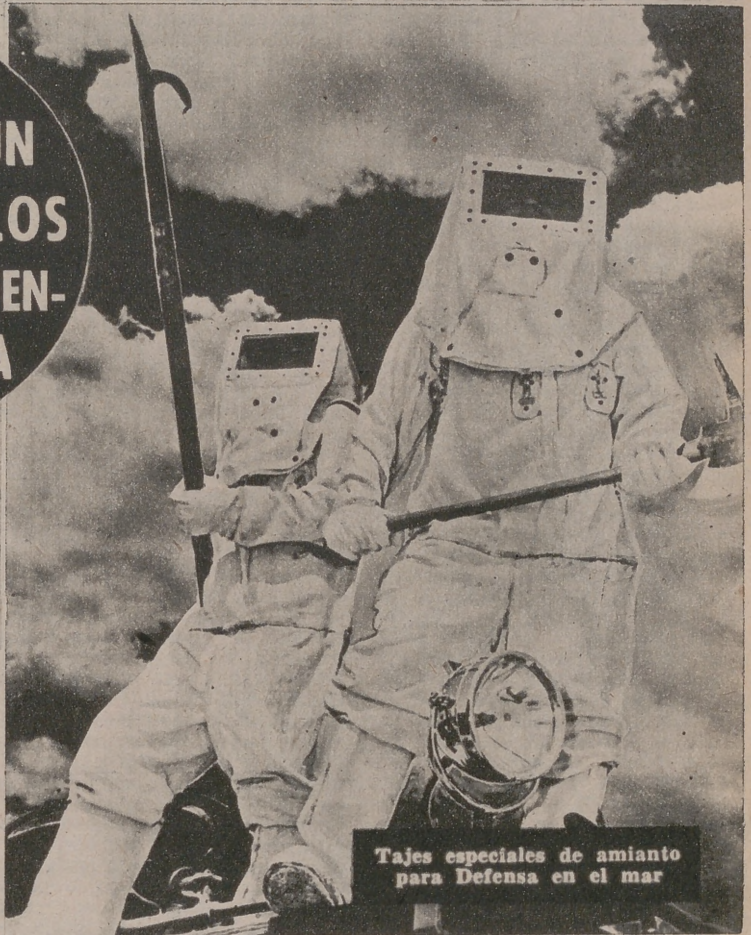
**CIUDADES BAJO  
TIERRA PARA MILLO-  
NES DE HABITANTES**

EN 1945 los Gobiernos de algunos países beligerantes en la última contienda europea comenzaron a dar algunas noticias sobre el número de bajas producidas en la guerra. La mortandad había alcanzado hasta estas fechas cifras que hacían temblar a los fríos encasillados de los resúmenes estadísticos. Las sesiones de un Parlamento o la reunión de un Gabinete ministerial se cerraban muchas veces con el monstruoso y macabro balance de bajas y pérdidas, de muertos y heridos, que, en la retaguardia, en la población civil o en los frentes de combate, habían ido sucumbiendo bajo el fuego enemigo.

Un día el 9 de febrero de 1945. Herbert Morrison, ministro del Interior en el Gobierno de Londres, habla en los Comunes. La Cámara le escucha con una atención inquietante. Se ha anunciado ya el tema del discurso. Mister Morrison hablará hoy de las bajas ocasionadas hasta ahora en la población civil de toda la Gran Bretaña. Los diputados van a saber exactamente y por primera vez cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántos ciudadanos han muerto o han sido heridos en las calles de Londres, de Liverpool, de Oxford, de Manchester, de Glasgow. Cuántos ciudadanos han muerto sin haber pisado una trinchera, sin haber empuñado un fusil, sin haber visto de cerca ni de lejos las zanjas y las alambradas de un frente de guerra.

Esta tarde la voz de mister Morrison no es fuerte y sonora como en otras ocasiones. Ni siquiera tiene su profundo timbre de ironía tan característico en los discursos de este ministro:

—El total de bajas civiles ocasionadas por la acción enemiga en Gran Bretaña, desde el comienzo del conflicto hasta el 30



Tajes especiales de amianto para Defensa en el mar

de septiembre de 1944, asciende a 136.646. De ellas, 57.468 son muertos o desaparecidos.

El ministro inglés da otra cifra espantosa:

—El total de viviendas completamente destruidas en este mismo período es de 190.000. Gracias a los servicios de la Defensa Pasiva inglesa el número de muertes y destrucciones se ha reducido casi en un 50 por 100.

En Inglaterra, como en Francia, como en Alemania, como en todas las naciones que, de parte y parte, se encuentran como protagonistas del conflicto un ejér-

cito de hombres y mujeres se afana diariamente, con un espíritu ejemplar de sacrificio, en la misión de humanizar los terribles estragos de la guerra, de aminorar los daños y la destrucción de un bombardeo, de disminuir la lista de muertos y heridos, de contrarrestar la tragedia de una guerra sin fronteras sin límites. La Defensa Pasiva, o la Defensa Civil, como se llama en algu-

Grupos femeninos norteamericanos se adiestran con armas simuladas en los ejercicios tácticos de Defensa Pasiva





nos países, en esta ocasión también había cumplido su objetivo.

Desde la primera contienda europea la retaguardia ha dejado de existir. La nación en guerra se convierte en un frente tan largo y tan ancho como los kilómetros cuadrados del territorio beligerante. La población civil sufre las mismas consecuencias que el ejército de vanguardia. Cuando, a mitad de la guerra del catorce, el famoso cañón «Berta» de los alemanes, atraviesa la línea enemiga para bombardear París, el mundo se da cuenta de que algo ha cambiado radicalmente en la estrategia militar. Más tarde, la aviación demostrará que el viraje ha sido completo. «Si quieres estar seguro, alistate al Ejército», decía los ingleses cuando empezaban los primeros bombardeos alemanes.

Se sentía una inminente necesidad de completar la acción de la defensa activa, de defender y amparar la vida de los inocentes, de conseguir que las fábricas no parasen su producción en el tiempo que durase la guerra, que los grandes almacenes de reservas y bases de alimentación se salvaran de la bomba de incendio, de que los monumentos artísticos, patrimonio de la cultura de un pueblo, no se convirtiesen en llamas o, al menos, que se salvaran de la catástrofe las piezas de más valor. Cortar el pánico de un pueblo bombardeado no es de lo más fácil. Sembrar este pánico es uno de los objetivos inmediatos de la aviación enemiga. Después, la desmoralización, el descontento, la tragedia, llegará hasta las mismas filas de los soldados en una carta familiar. La Defensa Pasiva, organizada en tiempos de paz, traía en su creación la misión de humanizar la guerra, de hacerla menos intolérable.

Existirán pocas naciones que hoy no cuenten con un encuadramiento perfecto de muchos miles de ciudadanos alistados a la Defensa Pasiva. En Glasgow, al terminar el primer semestre de la última guerra, la organización

constaba de ciento cuarenta mil personas. En abril de 1937, dos años antes de comenzar la contienda la Defensa Pasiva alemana daba una estadística de 400.000 jefes y 11.600.000 afiliados. En 3.400 escuelas especiales 24.000 profesores alemanes instrúan diariamente a sus alumnos sobre los modos y maneras de realizar una evacuación en masa, el manejo de una sirena, el servicio contra incendio o los preliminares elementales para su actuación en un urgente socorro sanitario.

En España la Defensa Pasiva nace por un decreto de 23 de enero de 1941. El decreto definía así a la organización: «La Defensa Pasiva constituye un conjunto nacional disciplinado y organizado de la retaguardia y, por consiguiente, que afecta a toda la población civil, la que prestará su concurso voluntariamente y, en caso preciso, será requerida para ello con carácter obligatorio.»

Cuatro años más tarde la ley de Bases de Régimen Local obligaba a los Ayuntamientos y Diputaciones Provinciales a contribuir con su ayuda a la Organización, sin fijar la cantidad ni la forma. Hoy, ante el ejemplo seguido por todas las naciones del mundo y ante las características en que se concibe una guerra moderna, se está muy lejos de interpretar la existencia justificada de la Defensa Pasiva como símbolo de miedo o excesos de prevenciones innecesarias. Una ineludible obligación por la defensa y existencia de la Nación ha llevado a los ciudadanos de todos los países no sólo a mirar esta creación con verdadera simpatía, venciendo absurdos prejuicios, sino a actuar como protagonistas en el programa de ejercicios que los mandos proponen en supuestos ataques tácticos. De ello Norteamérica es buen ejemplo.

Las experiencias han sido y son demasiado trágicas para andar con inexplicables escepticismos. Las naciones que más valor y más arrojo han demostrado en

la última guerra han sido precisamente las que, con más perfección y más cautela, han sabido aprovecharse de experiencias inolvidables.

#### EN LA DEFENSA PASIVA TODOS TENEMOS UN PUESTO

¿Cómo está organizada la Defensa Pasiva de un país? Naturalmente que una organización tan compleja no puede nunca salir de la pura improvisación. En todos los países la Defensa Pasiva constituye un organismo disciplinado y organizado de la población civil. No es algo, como podría pensarse, que convenga exclusivamente al Ejército. En el Ejército, en el militar recae el mando supremo. Para la organización, dirección, orientación, unidad e inspección ha de contar con un órgano superior que en España se denomina Jefatura Nacional de Defensa Pasiva, con residencia en Madrid, y cuyo cargo recae siempre en un general.

Como escalón inmediato, dependiente de esta Jefatura Nacional, quedan las Jefaturas Provinciales, Jefaturas que han de desarrollar su misión en todas las capitales de provincia y en aquellas ciudades que tengan más de veinte mil habitantes. Ya en la capital de provincia la red se va complicando y extendiendo en escalones inferiores y Jefaturas locales que representan desde el sector o barrio de una ciudad hasta la casa particular de vecinos con un mando especial y los servicios apropiados. Sólo una organización tan minuciosa podrá contrarrestar, en el día señalado, los efectos de una guerra inminente cuyo objetivo no será sólo la línea del frente enemigo.

En sus catorce años de existencia, la Defensa Pasiva española ha ideado un plan de perfección igualable a los más exigentes países de Europa. Si ciertas dificultades de índole económica le han restado eficacia en su desarrollo sobre la realidad, es de esperar que, vencida su primera etapa, nuestra Defensa Pasiva se convierta en una realidad tan necesaria como urgente.

Organizada esta Defensa en toda la Nación durante los años de paz y existiendo una conexión íntima entre todos los puestos de mando con la Jefatura Nacional, ante un clima de guerra, ante el ataque de la Aviación enemiga, previamente descubierto por las «redes de acecho», la Defensa Pasiva pone sus fuerzas en juego, al tiempo que la artillería anti-aérea y las tropas del Ejército se disponen para entrar en combate.

Si nos imaginamos una cualquiera de las capitales españolas en visperas de un bombardeo, la primera actuación de la Defensa Pasiva, su primer paso en los muchos que hasta el fin de la contienda habrá de dar será la propaganda. Altavoces colocados en las esquinas o en las calles de Madrid, de Barcelona, de Zaragoza, de Cuenca o de Guadalajara darían a la población civil las instrucciones a seguir en el caso de ataque. Carteles a modo de amplios murales donde se leerían en letras gruesas consejos y órdenes terminantes indicarían los



Monjas católicas norteamericanas colaboran en unos cursillos organizados por el departamento de Defensa





Doa momentos de los ejercicios realizados en Inglaterra por la Defensa Pasiva de aquel país

caminos de una posible evacuación a los lugares de refugio donde el peligro existiera en menor escala.

A esta primera fase seguiría el reclutamiento. La incorporación voluntaria y el reclutamiento forzoso de todos aquellos que por su profesión o edad, y estando al margen del servicio militar, fuese necesaria su afiliación a la Defensa Pasiva. Médicos, practicantes, técnicos de todas las clases, albañiles, carpinteros, peritos electricistas, bomberos. A la hora de la urgencia, cada cual en su profesión y en su puesto podrá rendir un servicio inestimable. El reclutamiento se hace por ciudades y las circunstancias de cada una determina el número de afiliados. Una capital como Málaga, Granada, Valencia o Sevilla, por ejemplo. Tendría que contar alrededor del siguiente número de afiliados para algunos servicios de urgencia en caso necesario:

Servicios de agentes y auxiliares de Defensa Pasiva ... ..	3.500
Servicios de incendios ...	600
Servicios de salvamento ...	340
Servicios de demolición, apeos y reparaciones ...	380
Servicio de socorro sanitario ... ..	600
Servicios de defensa química y radiactiva ... ..	300
Servicios de orden público ...	4.000
Otros servicios ... ..	300
<b>Total ... ..</b>	<b>10.020</b>

De esta forma no parecerá exagerado que Glasgow, con más de un millón de habitantes, en abril de 1941 contase entre los miembros de su Defensa Pasiva con más de ciento cuarenta mil hombres. Que el Cuerpo de bomberos de Berlín durante la guerra fue-



La población infantil toma parte también en los ejercicios de Defensa

se veinte veces mayor que antes de 1939. Que en Varsovia estuvieron adscritos al gremio de la construcción, dentro del engranaje de su Defensa Pasiva, más de quince mil polacos.

En cada país, detrás del Ejército que defiere a la nación en la trinchera o en el campo abier-

to, en el mar o en el aire, existe este otro ejército tan organizado y tan disciplinado como el primero que, entre todos sus objetivos complejos y a veces arriesgados, tiene una sola misión: si no hacer un paraíso de la guerra, conseguir que al menos sus garras no se claven tan despiadadamente, como en carne de buitre, sobre las espaldas de todos los hombres.

#### LOS CUADROS DEL GRECO, EN LOS SOTANOS DEL BANCO DE ESPAÑA

Antes de que las bombas enemigas hagan carne de cañón en la ciudad, a la Defensa Pasiva le quedan por realizar otras misiones de urgencia. El servicio de transmisiones y enlaces se ha puesto en marcha. Todos los escalones de la Defensa han quedado conectados por radio, teléfonos o simples agentes que, a pie, en bicicletas o motorizados, van repartiendo las órdenes que salen de la Jefatura local o provincial. Y, ante la inminencia del peligro, comienza la evacuación. Una evacuación ordenada, dirigida evitará necesariamente una posible catástrofe. La población civil que, a lo largo de la campaña, no ha de desempeñar ninguna función en la ciudad será la primera en evacuar. Es la que en estos casos se llama «población inerte»: centros benéficos, hospitales, asilos, prisiones, centros de enseñanza.

De antemano, un estudio previo de los pueblos y nuevos lugares de destinos habrá resuelto el problema de albergue. En la ciudad quedan los hombres que prestan un servicio: el empleado del taller, el obrero de la fábrica, el dependiente de una casa de comercio. Para ellos se establece la evacuación cotidiana, el alejamiento de las horas de descanso



a sitios de mayor seguridad en zonas del cinturón. Una caravana desperdigada, interminable de obreros y empleados pernoctaban en las noches de bombardeo, por espacio de tres años, en las afueras de Berlín, de Colonia, de Brunswick, de Hamburgo, de París, de Londres.

Los refugios y la evacuación han economizado en Europa mas vidas que muertes daban los frentes de combate.

Y, junto a la dispersión de la población, la Defensa Pasiva busca en la evacuación de otro género la salvación de algo que, sin tener el valor de la vida humana, merece una atención especial en la hora de peligro: la defensa del Patrimonio Artístico de un pueblo. Los sacos de arena casi sepultando la catedral de Reims, la recuperación de la Biblioteca de arte de la Escuela de Arquitectura de Madrid, en nuestra Cruzada, los cuadros del Museo del Prado recogidos en la carretera de Valencia o guardados en los sótanos del Banco de España, donde la desgracia de una humedad fatal vino a hacer el remedio peor que la enfermedad al rezumar varias pinturas del Greco.

La defensa y protección de las obras de arte requieren una organización y un servicio especializado. En España, este servicio ha quedado dividido en ocho zonas bien determinadas que en un momento dado podrían ser de una utilidad inapreciable para la salvación de nuestro rico tesoro artístico nacional.

#### SILBATOS DE SIRENA

A las nueve de la noche del 19 de marzo de 1942 París sufrió el bombardeo más pesado y más lamentable de cuantos aguantó en la pasada guerra. El objetivo estaba en la zona de Billancourt, próxima al Sena, por la Avenue de la Reina y el boulevard Jean Jaures, donde se encuentra la Renault, la Salmson que fabricaba motores de aviación, la Société Nationale Aérienne du Centre, la Mercedes Benz, dedicada entonces a la reparación de tanques franceses y alemanes. Billancourt era la zona más industrial de París. Ochenta aviones de las tropas aliadas, durante dos horas, dejaban caer sobre Billancourt bombas de 1.320 kilos.

Días después, los observadores militares y los técnicos se hacían esta pregunta:



Bomberos del servicio de Defensa Pasiva inglés durante la extinción de un fuego en un simulacro de ataque

—¿Se puede localizar un barrio de París con la precisión que lo han hecho los ingleses, cuando la ciudad con su enorme extensión esté completamente a oscuras como debería haber estado si no hubiera sido ciudad abierta y hubiera funcionado el servicio de

alarma, aunque el Sena ayudara para localizar el objetivo?

En las respuestas coincidieron todos los técnicos:

—De ninguna manera. La iluminación que a esta hora tenían las calles, casas particulares y plazas públicas de París permitió perfectamente localizar el objetivo.

En una ciudad amenazada, a la señal de alarma sigue el oscurecimiento total. El parcial ha comenzado desde el primer día de la campaña. La Defensa Pasiva norteamericana hace ya muchos años que inauguró un nuevo mecanismo de luces en las vías públicas. A cada treinta metros de distancia un foco de una sola bujía permite la visibilidad perfecta en una longitud de siete metros; en cambio, la luz de la bujía desaparece completamente a una distancia de cien.

Para el oscurecimiento total lo que más interesa es la rapidez en conseguirlo. El alumbrado de Oviedo, por ejemplo, se puede apagar en un tiempo mínimo de tres minutos. Sin embargo, la situación geográfica de la capital, a unos veinticinco kilómetros de la costa en línea recta, exigirá, en



Los pequeños estudiantes son provistos de paquetes especiales para casos de emergencia frente a ataques aéreos





Un equipo español perteneciente a nuestra Defensa Pasiva, equipado con los más modernos accesorios

caso de un ataque por mar, un tiempo más reducido.

Un servicio especial de cien sirenas anunciaba en Roma la presencia de la aviación enemiga. En la mayoría de los países las mismas sirenas que en tiempos de paz van señalando el horario de trabajo son las encargadas de dar la señal de alarma en las épocas de guerra y de su perfecto funcio-

namiento depende en gran parte el éxito de otras fases que ya en pleno bombardeo son las más decisivas aliadas de la Defensa Pasiva de un país.

El 27 de mayo de 1944 Marsella recibió una de las visitas más desagradables de su historia: 300 aviones dejaban caer sobre los lugares más céntricos, desde una altura de 6.000 metros, 500 bom-

bas de gran tamaño. Las sirenas habían dado su señal de alarma, pero los marseleses estaban ya acostumbrados y familiarizados con los silbatos agudos y estridentes que herían sus oídos cada vez que la aviación enemiga, sin detenerse, hacía sus excursiones por el cielo de Marsella. No interrumpieron el trabajo, y el balance fué absurdamente trágico: 5.000 hombres encontraron la muerte al pie de la máquina frezadora, detrás de un mostrador o leyendo las últimas noticias de la tarde.

#### UNA CIUDAD BAJO TIERRA

A la hora siniestra de las bombas, más de 250.000 personas, guiadas por los agentes de la Defensa Pasiva italiana, acudían a los 360 refugios públicos de la ciudad. Privados había unos 20.000, con capacidad para unos 750.000 ciudadanos. Bajo el mismo monumento de Víctor Manuel II, a una profundidad de 10 metros en roca viva, con asientos y puestos de socorro, existía uno de los refugios romanos más frecuentados a la hora del concierto de las cien sirenas. Otro refugio se encontraba en la misma plaza de Leonardo de Vinci.

En muchos Estados actuales de Europa y de América la Defensa Pasiva ocupa una atención preferente. Dinamarca, por ejemplo, dedica el 9 por 100 de su presupuesto total a esta organización; el 4.9, Noruega; Holanda, el 4.1; Estados Unidos, el 0.6; el 1.3, Inglaterra. Fondos que se van convirtiendo en campañas de instrucción a los ciudadanos, en adquisición de material defensivo o en la construcción de potentes refugios. De esto último Suecia es buen ejemplo.

El Estado Mayor de Defensa Aérea y la Dirección de Defensa Pasiva de Suecia han establecido planes que prevén la evacuación bajo tierra de dos millones y medio de habitantes en caso de inminencia de un ataque atómico contra el país.

Según este proyecto, del cual una parte ha sido ya realizada y cuya terminación se persigue activamente, no es sólo la población civil la que se aprovechará de la protección subterránea. Todos los puestos de mandos militares y civiles, un gran número de bases aéreas y arsenales navales tendrán pronto emplazamientos subterráneos que garan-

Camilleros y enfermeras españoles trabajando activamente en un supuesto de defensa





tizan el funcionamiento de la máquina estatal incluso bajo la acción de las bombas atómicas.

Los trabajos van siendo ejecutados dentro de un plan de diez años. La construcción de abrigos antiatómicos en el interior de la red del Metro de Estocolmo podrá alojar medio millón de suecos.

—¿Y si el ataque atómico no se produce?—le preguntaron en cierta ocasión al director de las obras?

—Entonces tanto mejor. La obra no se habrá perdido. Los refugios, en tiempos de paz, se convierten en grandes hoteles de lujo, en cines, teatros, bares, garages. La obra estará para siempre.

Dentro del plan de diez años se incluye la conclusión de abrigos de menor superficie destinados a alojar a 1.200.000 personas diseminadas por todo el territorio nacional. Once grandes abrigos antiatómicos podrán dar cabida a unas 100.000.

La más grande central subterránea de energía eléctrica del mundo se encontrará a cien metros bajo tierra en la confluencia de nueve ríos, cerca de Killforsen, al norte de Suecia, y a 50 metros, debajo de la villa de Linköping, va la factoría de aviones que fabrica los cazas «Saab».

La era del átomo ya ha producido su primer efecto: desplazar a las ciudades hacia el centro de la tierra.

**DOS BOMBAS ATOMICAS DESTROYERON WASHINGTON Y LAS PROXIMIDADES DEL PENTAGONO ESTA MAÑANA**

Así comentaba el «New York Times» la noticia del primer ensayo que, ante un ataque imaginario, se celebró en Nueva York en la mañana del 6 de noviembre de 1953

La Defensa Pasiva norteamericana ha prestado a estos ensayos y a otros parecidos toda la seriedad que se merecen en el cumplimiento de los detalles más menudos e insignificantes.

—Si el ataque hubiera sido real y las dos bombas ficticias hubieran sido bombas de verdad —dijeron los altos funcionarios de la Casa Blanca—, ésta sería la situación en la noche de hoy:

El Presidente Eisenhower estaría sano y salvo y dominando completamente el Gobierno. Podría hablar por radio al pueblo. Toda la zona del noroeste de la Casa Blanca estaría devastada por tormentas de fuego activadas por el viento reinante. Los hospitales y los depósitos de cadáveres estarían apiñados con 150.000 muertos y heridos.

A las nueve y diez minutos de la mañana sonó la señal de alarma amarilla para indicar que la aviación enemiga se dirigía hacia la capital. Cincuenta minutos después de este aviso sonó la señal roja, indicando la proximidad de los aviones. El Presidente bajó a estrenar su refugio de color verde. Wilson, ministro de Defensa, y sus principales colaboradores se dirigieron hacia sus refugios en el segundo sótano del Pentágono. Las bombas supuestas se fingieron ser dos veces y media más potentes que las lanzadas realmente sobre Nagasaki en 1954.

En la Prensa norteamericana de este 6 de noviembre el Organismo de Defensa Pasiva del Distrito de Columbia decía el número exacto de las personas que habían tomado parte en los experimentos: entre funcionarios federales, municipales y niños de las escuelas habían participado 450.000 norteamericanos.

**LA NUBE DE LA MUERTE**

El servicio contra incendios, la defensa química y radioactiva y un último servicio de socorro sanitario cierran las doce fases en la perfecta organización de una Defensa Pasiva Nacional.

Naturalmente que los desastres que acarrearía una guerra atómica no han quedado al margen de las preocupaciones que sienten estos hombres de la anti-guerra. Desde las primeras y funestas consecuencias alcanzadas por el estallido de una bomba atómica o de hidrógeno hasta las emanaciones radioactivas que en forma de una nube de polvo puede recorrer distancias incalculables, la explosión y sus efectos inmediatos o retardados han sido estudiados detenidamente.

Quando explota una bomba atómica, millares de toneladas de roca, de tierra atomizada y de gases son aspirados hacia arriba hasta una altura de unos 80.000 pies. Es la formación de la clásica seta, para nosotros afortunadamente, sólo conocida en la pantalla del celuloide. Algunas de estas partículas radioactivas se desparrraman en la zona inmediata de la explosión; otras se dejan arrastrar hasta muchas millas, para luego ir cayendo en la tierra. Es como una persecución encarnizada a la vida humana en la que la nubecilla de la muerte hace de Aquiles y el hombre de tortuga.

Las pequeñas ciudades y los centros rurales, a muchas leguas quizá del escenario donde cayó la bomba, pueden verse fatalmente bajo el efecto inmediato de la radioactividad de este polvillo llevados en alas de un aire caprichoso.

Una numerosa bibliografía abundante revistas, la televisión, programas completos de radio en algunos países europeos y en Norteamérica van ya destinados a instruir a los ciudadanos sobre su conducta a seguir en estos casos:

—Los jefes de la Defensa Pasiva ayudados por peritos en términos atmosféricos calcularán el camino y la velocidad probable del polvo radioactivo que se aproxima y os informarán.

En la radio, después de un anuncio sobre la buena digestión, producida por la Coca-Cola, es fácil oír al locutor:

—En caso de urgencia, los equipos de instrucción radiológica de la Defensa Pasiva detectarán el polvo si está presente en vuestra zona. Ellos os dirán cuándo es inofensivo y cuándo debéis tomar medidas preventivas. Si hay bastante tiempo de alarma, vuestro jefe de Defensa Pasiva local podrá ordenar una evacuación general de la zona afectada. Si no tenéis tiempo para la evacuación, buscad el mejor refugio disponible. Una casa de madera ofrecerá alguna protección. Un refugio subterráneo con tres pies de tierra encima os proporcionará una protección casi completa.

La lista de consejos se hace casi interminable:

—Visitad vuestras oficinas de Defensa Pasiva local. Dejad que la Defensa Pasiva os ayude a cuidar y a cuidar a la nación.

En estas últimas palabras, pronunciadas como «slogan» por la propaganda de todos los organismos mundiales de Defensa Pasiva, el secreto de esta creación. Una organización de todos para todos. Salvarse uno, salvar a los demás y salvar a la nación.

Ernesto SALCEDO

**10 BECAS SEMANALES para seguir GRATIS cualquier curso**

**CCC**

INGLES FRANCES ALEMAN INGLESES SUPERIOR FRANCES SUPERIOR CON DISCOS NORMALS O MICROCURSO SIN DISCOS

Nombre \_\_\_\_\_

señas \_\_\_\_\_

poblacion \_\_\_\_\_

solicita informacion \_\_\_\_\_

provincia \_\_\_\_\_

GRATIS interesandose

por los cursos señalados con X

CORTE O COPIE ESTE CUPON

INGLES FRANCES ALEMAN INGLESES SUPERIOR FRANCES SUPERIOR CON DISCOS NORMALS O MICROCURSO SIN DISCOS

CONTABILIDAD TRIBUTACION CALCULO Y REDACCION

TAGUIGRAFIA MECANOGRAFIA ORTOGRAFIA DIBUJO

RADIO CULTURA GENERAL CORTE



# ENTREVISTA FRANCO -- FOSTER DULLES



Momento de la entrevista Franco - Foster Dulles en Madrid. Abajo: Foster Dulles a su llegada a Barajas

## DEL PALACIO DE LAS NACIONES DE GINEBRA AL PALACIO DE EL PARDO EN MADRID

### UNA HORA Y CUARENTA MINUTOS DURO LA CONFERENCIA

EL «GOTA DE ROCIO»  
EN EL CIELO

A las once y media de la mañana del 1 de noviembre Clifton Daniel, corresponsal del «New York Times» en la Conferencia de Ginebra, se ponía la gabardina porque en el aeródromo de Barajas soplaban el fino y delgado viento de la Sierra. Sólo la compañía de la región aérea central, que unos minutos más tarde debía rendir honores a Foster Dulles, aparecía hermética, firme y sólida, como si el tiempo nada tuviera que ver con los soldados.

Faltaba poco para las doce cuando una señorita norteamericana dió la voz de alarma al grupo de periodistas extranjeros. Y así era. En la mañana gris, pero atravesada de ráfagas de sol, se veía el huso plateado y brillante del avión personal del

secretario de Estado norteamericano.

Había mucha animación en las terrazas, azoteas y zonas altas del edificio del aeropuerto. Mucha gente que había querido, por un impulso espontáneo, estar presente en el recibimiento y que pudo ver desde la barrera el fantástico despliegue del centenar de periodistas, que llenaron, con los fotógrafos, el sector donde el enorme y pulimentado «Gota de Rocío» (The Dewdrop) debía aterrizar.

Los Ministros de Asuntos Exteriores y del Aire, vestido con traje y abrigo negro, el primero, y de uniforme de Aviación, con faja roja y oro, el segundo, esperaban y presidían el acontecimiento.

EL RETRATO DEL GRAN  
VIAJERO

Cuando el hermoso avión de





pico negro y con el aire de un pájaro fino, se quedó quieto, apareció en lo alto de la escalera Foster Dulles. Durante un instante, sin darse cuenta, miró el espectáculo que tenía ante sí y luego, inmediatamente, comenzó a bajar las escaleras. Lo hacía con los hombros un poco encorvados, pero no con aspecto de cansancio, o vejez, sino como si se tratara de un hábito íntimo y muy personal. Detrás de él, vestido de negro, con fina bufanda de seda blanca, lo hacía el embajador de los Estados Unidos en Madrid, Mr. Lodge, que le había acompañado en su viaje.

Nada más descender, con una clara y penetrante mirada azul, se dirigió a los Ministros. Estrechó la mano de Martín Artajo con un vigor y una cordialidad emocionantes. En inglés, nuestro Ministro de Asuntos Exteriores le daba la bienvenida.

A unos pasos de él podía examinar con toda atención al secretario de Estado norteamericano. Es una figura, naturalmente, cien veces hecha popular por las cámaras y la fotografía. Sin embargo, y por lo que valga, yo quiero dar mi impresión personal.

Vestía un traje azul de raya blanca y un grueso abrigo gris. Corbata azul de rayas y zapato negro, fuerte y puntiagudo. La impresión general que se desprende de su personalidad, antes que otra cosa, es la de una gran bondad. Tiene una mirada firme, sonriente, enmarcada por unas gafas de tipo clásico, de montura de plata y cristal redondo. Un aire antiguo y conservador, pero de una grande y limpia sagacidad.

La piel, muy sonrosada, da a su persona un aire juvenil, a pesar de su pelo blanco, que se levanta un poco, en un pequeño rizo, sobre la alta frente. La nariz y la boca, fuertes, tienen una línea irónica, pero sin que pierda la cabeza esa estructura bondadosa que parece ser el eje



Una nube de periodistas y fotógrafos rodeó al secretario de Estado norteamericano, minutos después de descender del avión

fundamental de su aspecto exterior.

No sé quién ha dicho que la forma de andar revela en muchas ocasiones la personalidad de un hombre. Foster Dulles lo hace con un paso de gran dignidad y con notable y juvenil gallardía. Cuando, acompañado de nuestros dos Ministros, pasó revista a la compañía, erguidos los hombros y con el sombrero negro, ribeteado de seda, colocado protocolariamente a la altura del corazón, la segunda sensación que producía su figura era, sinceramente, la de una gran firmeza.

«NO ES LA PRIMERA VEZ QUE VISITO ESPAÑA»

A la hora de los micrófonos, aunque había oído a mi lado a los corresponsales extranjeros que probablemente leería alguna cuartilla, Foster Dulles, rodeado de un estrecho círculo de periodistas y fotógrafos, improvisó un pequeño discurso. Sin mostrar el más leve enfado por el remolino, el secretario de Estado, con una voz lenta, pausada, sin una sola nota de excitación, advertía: «...Madrid no me es una ciudad

extraña para mí. He estado aquí varias veces y recuerdo que pasé unas semanas cuando era un joven de veinte años. Sin embargo, ésta es la primera vez, creo yo, que un secretario de Estado norteamericano visita España.»

Parece ser que en aquellos días vivió en la calle de Alcalá, por el número 85, y algunas estampas ciudadanas no se le han olvidado. A la altura de Cibeles volvió a recordar la fisonomía de la plaza.

Mientras hablaba, sonriente, sin ponerse el sombrero, atendía a la clásica llamada de las cámaras. Los fotógrafos de los noticieros extranjeros solicitaban en un escaso y corto castellano un «hueco» para el rodaje. No quitaba eso nada, al parecer, para que uno de ellos, en inglés, dirigiera fervorosos deseos de buen viaje a una viajera que se marchaba. Ella era muy guapa, claro.

«LA AMISTAD DE LOS DOS PAISES»

Antes de terminar, en un tono cordial, señaló el carácter de su presencia en España: «Mi visita es una manifestación de la amistad entre los dos países y espero que sirva para aumentar dicha amistad y dicho entendimiento.»

Pero en la tarde, después de la entrevista con el Caudillo y las conversaciones sostenidas con los Ministros de Asuntos Exteriores, Ejército, Aire, Agricultura y Comercio, Foster Dulles decía: «Cuando llegué esta mañana expresé la esperanza de que mi visita no sólo demostraría la amistad norteamericana hacia España, sino que serviría para aumentarla. Me marcho con la impresión, por lo que respecta a los Estados Unidos, que este resultado se ha logrado.»

Mas, por encima de las palabras, un hecho nuevo, y por encima del protocolo, sirvió como dato último y emocionante en la hora de la partida.

Había llegado al aeropuerto, después de la comida en el palacio de Viana y la conferencia celebrada en la Embajada americana con el Ministro de Asuntos Exteriores, a las cinco y media de la tarde. Un público numerosísimo llenaba todo el recinto—luego vi regresar andando a



Dos escenas de Foster Dulles revistando las fuerzas que le rindieron honores





Foster Dulles pasa revista a las fuerzas de Aviación que le rindieron honores en el aeropuerto de Barajas, acompañado de los Ministros españoles de Asuntos Exteriores y Aire

mucha gente hasta la ciudad—, y, repentinamente, como una ráfaga, todo el mundo, por un impulso impremeditado, comenzó a aplaudir. Un aplauso largo, sostenido y vibrante que sobrecogía un poco. Así debía estarlo el secretario de Estado cuando, con el sombrero agitándolo por encima de la cabeza, se aproximaba a los grupos más cercanos haciendo gestos cordiales con la mano libre.

El Ministro de Asuntos Exteriores le condujo hasta el comienzo de la escalerilla. Estrechó la mano a los Ministros con visible emoción y siguió despidiéndose de los demás. El último de la fila, el último mono, era yo, por lo que fui, al final, quien puede dar noticia de su gesto ágil, de sus ojos vivos y claros, iluminados por un resplandor inesperado.

Todavía arriba, en lo alto de las escalerillas, agitando el sombrero, seguía agradeciendo los aplausos, que seguían sin impacientarse. Ya dentro del avión, desde la pequeña y redonda ventanilla de su asiento, ese hombre de sesenta y siete años comenzó a agitar dulcemente un gran pañuelo blanco. Se veían sus gafas, su sonrisa. Ese leve y catifoso gesto, antes que el avión levantara, al ponerse en marcha, la gran ola de viento.

Sus últimas palabras en el aeropuerto iban dirigidas a los españoles: «Expreso mi agradecimiento al Gobierno español y a todos los que han tomado parte en la cordial acogida que se me ha dispensado, y a todos los españoles, que cariñosamente me saludaron mientras pasaba por las calles de Madrid, y a los que ahora aquí, en el aeropuerto, me dicen adiós.»

Allí estábamos nosotros. Ustedes y yo.

**LA PRIMERA VEZ QUE CITARON A FOSTER DULLES EN POLITICA INTERNACIONAL FUE CON MOTIVO DE LA PESCA**

En 1895, cuando John Foster Dulles, el actual secretario de Estado norteamericano tenía siete años, se citó su nombre por primera vez, con cierta seriedad,

en los negocios internacionales. Es una historia que merece la pena.

En esa época, su abuelo, el general John W. Foster, famoso abogado, fué llamado a China como consejero legal de este país en la conferencia general que se desarrolló al final de la guerra chinojaponesa. El general Foster protegió los intereses de China de manera tan hábil e inteligente en el Tratado de Shimonoseki que el Presidente, Li Hung

Chang, le ofreció un empleo permanente como consejero de Asuntos Exteriores. Al mismo tiempo, por aquello de que no sólo de pan vive el hombre, le concedía un sueldo fabuloso, palacio y un equipo completo de sirvientes.

La oferta era tan tentadora, francamente, que nadie creía pudiera ser rechazada. En el mayor silencio se esperaba la respuesta del general, que tenía fama de irónico: «*Me es imposible aceptar—dijo—porque he prometido a mi nieto llevarle a pescar y no puedo defraudar al muchacho.*»

La historia no hace demasiados comentarios sobre tan curiosa manera de rechazar empleos; pero el hecho cierto es que—para los amigos de los símbolos—el general John W. Foster, que llegaría a secretario de Estado, introdujo en los asuntos internacionales a un niño que tenía ya, en la familia, la fama de buen pescador y de entendido en vientos marineros.

**LOS PRIMEROS PASOS EN EL AGUA DEL LAGO Y CERCA DE UNA IGLESIA**

La vida de Foster Dulles está mezclada con la de su abuelo.



El Ministro español del Aire, teniente general González Gallarza, saluda a Foster Dulles



Nace, el 25 de febrero de 1888, en la casa que tenía aquí en Washington, aunque se educa y pasa sus primeros años en la pequeña villa de Watertown, del Estado de Nueva York.

Su padre, el pastor de la iglesia, es un hombre afectuoso, pero que conduce la educación de los hijos—dos hijos y tres hijas—con una confortadora firmeza. La madre, Edith Foster Dulles, era una mujer caracterizada por dos polos: la energía, por un lado, y su facilidad y gracia para el trato social.

Watertown, o «ciudad del agua», se apoya casi en las riberas del lago Ontario. De ahí la primera y más importante afición de Foster Dulles: el agua. Y del agua, la natación, la pesca y la navegación. Llega a convertirse en un excelente nadador, capaz de cruzar las dos millas y media de la bahía próxima a su casa. Con sus hermanos, y a veces con los mayores, se convierte en el guía indiscutido para navegar. En casa, medio en broma, le llaman el «experto». Pero la realidad es que ha nacido con el instinto del tiempo, de la dirección de los vientos. Lanza siempre, como lo hizo en Barajas antes de apearse del avión, instantáneas y rápidas miradas al cielo.

La familia no era rica. Los muchachos tenían que ganarse el dinero necesario para los «extras». Algunas veces limpiaban la nieve de los caminos, cortaban la hierba o trasladaban el hielo en su carro para pagar las reparaciones de las bicicletas o cualquiera otra necesidad por el estío.

#### EL MISTERIO EXOTICO Y VITAL DE LA FAMILIA

La familia de John Foster Dulles fueron indomables viajeros. Los niños veían siempre a su alrededor visitantes, familiares que venían de los puntos más distantes del mundo. Algunos habían atravesado Europa en bicicleta pidiendo prestado cuando se encontraban en apuros econó-

micos. En la casa de John Foster Dulles se escuchaba muchas veces este pensamiento del pas-



El secretario de Estado norteamericano, en el momento de tomar el automóvil para dirigirse a El Pardo



Una fotografía de Mr. Foster Dulles acompañado del Ministro español de Asuntos Exteriores y del embajador de Estados Unidos en Madrid

tor: «El conocimiento de nuestros semejantes es la mejor inversión.»

Pero, por encima de eso, existían casos todavía más pintorescos y simbólicos. Uno de los abuelos era diplomático, había vivido en el Oriente y había sido embajador de los Estados Unidos en Méjico. Otro había sido misionero. ¿Terminan aquí las coincidencias? Nada de eso, porque uno de los bisabuelos, también embarcado en la aventura diplomática, había sido embajador en Inglaterra; pero a su vez el otro fué un misionero fabuloso, que navegó durante seis meses a lo largo de las costas de Horn en un pequeño barco.

No es extraño, por tanto, que Foster Dulles se haya convertido en uno de los millonarios del aire del mundo. Siempre de viaje, siempre en marcha, el secretario de Estado norteamericano parece prendido también por el espíritu misionero y diplomático de sus antepasados.





El ilustre visitante observa el sitio que ocupa el Caudillo cuando preside los Consejos de Ministros en el Palacio de El Pardo

**EL GENERAL FOSTER:  
LA GRAN INFLUENCIA**

El abuelo, el general Foster, es el gran impulso que navega siempre en la voluntad y en la imaginación del joven John. Tenía muy pocos años cuando, durante la presidencia de Harrison, el general se convierte en secretario de Estado. El cargo, naturalmente, no le hace perder sus aficiones marinerías, y siempre que puede embarca en su bote al niño. Este le oye maravillado. El general, un hombre de despierta y rica fantasía, le cuenta mientras pescan la historia de los pueblos que conoce, las relaciones de las naciones, el secreto que existe en el crecimiento de otras.

Existe entre los dos, entre el abuelo y el nieto, un afecto profundo que, en el caso del general Foster, es preocupación por el porvenir del muchacho. Cuando termina éste el bachillerato lo envía a Europa para que aprenda idiomas. Es una especie de

puesta de largo del viajero. Todo comienza entonces. Cuando regresa a Norteaméri-

ca es para ingresar en la Universidad de Princeton durante tres años. Es un estudiante de primera fila. Tiene una memoria tan feliz que, para someterse a prueba, y con sólo una noche de estudio, llega a retener páginas enteras de los libros. Ya por esa época estaba decidida y aclarada su vocación: quería ser abogado. Claro que la vida fácil y casera no parece hecha para un Foster. Sobre todo, mientras esté en activo el general.

En 1907 su abuelo le lleva de secretario —tiene diecinueve años— a la segunda Conferencia de Paz de La Haya. Es su primera gran experiencia. Pero otras sucesivas e inmediatas le aguardan. Mientras el general es plenipotenciario ante el Gobierno chino, Dulles se convierte en el secretario de toda la Delegación. ¿Y los estudios? Está siempre en la brecha. Deja los viajes por el banco del estudio. Pasa un año en la Sorbonne de París y dos más en la Universidad «George Washington». Lo curioso en esta vida llena de símbolos es que esos días se hace compañero de Robert Lansing, que se convertiría, en el Gabinete de Woodrow Wilson, en secretario de Estado. ¿Algo más? Lansing se casa con una tía de Dulles.

**LA VIDA ES LUCHA**

Ya abogado, Foster Dulles se lanza al asalto de Nueva York. Hay que trabajar mucho y con prisa. Entra a trabajar con la firma de abogados Sullivan y Cromwell. Y nada más hacerlo, para celebrar los dos acontecimientos con una misma copa, se casa.

En los primeros momentos la nueva familia comienza con una pequeña escala de ingresos. Nacen los hijos, John y Avery. Nace una niña, Lillias.

Pero rápidamente los éxitos se dejan sentir. Su inclinación vo-



Un aspecto del almuerzo ofrecido a Foster Dulles en el palacio de Viana



cional le impulsaba al estudio y al conocimiento de las leyes internacionales, terminando por convertirse en una autoridad. Es el salto a la política activa. Durante la primera guerra mundial se convierte en delegado especial del Presidente Wilson en Panamá y en todas las naciones de Centroamérica y en el núcleo nervioso del canal de Panamá. Cuando estalló la guerra, capitán de los servicios de la «Intelligence» y agregado al cuadro del general Staff. Todo es ya, desde ese momento, el ascenso pausado y constante. Se convierte en uno de los abogados más caros de Norteamérica. Interviene —una gran ocasión— en el Consejo Americano del Tratado de Versalles. Estamos en 1919.

**POLITICAMENTE, REPUBLICANO; PERO... INDEPENDIENTE**

Políticamente, John Foster Dulles es republicano; pero esto no quita nada para que haya sido consejero y defensor de algunos Gobiernos demócratas. Su sentido de la independencia y su profundo y tesonero sentido del esfuerzo le hacen estar donde tiene trabajo. De una forma u otra, su nombre está siempre en activo. Y, como de costumbre, como si hubiera nacido bajo ese signo, Foster Dulles tiene a su lado constantemente sus largos y estrechos maletines de viaje. Todas las capitales conocen su cara inconfundible. Polonia en



Desde la puerta del avión mister Dulles se despide del gentío que acudió al acró-dromo

1927, con motivo del Plan of Monetary Stabilization. Poco después, Berlín, París, Londres. Claro que todavía queda hueco para algo más. En 1939 escribe un libro: «War, Peace and Change».

Desde ahí en adelante su carrera política está más al alcance de la memoria de nuestros lectores. El senador Arthur Vandenberg persuade al Presidente Roosevelt para que Dulles sea enviado en 1945 a la Conferencia de San Francisco. Y desde ese momento se convierte en consejero de todos los secretarios de Estado—ministros de Asuntos Exteriores—, sea cual sea su campo político. Lo es de Hull, Stettinius, Byrnes, Marshall y Acheson. Apenas conoce lo que

es la vida privada. Cada pequeña ausencia es para volver con más fuerza.

Así llega, después del largo período de aprendizaje, el período presidencial de Eisenhower, que elige al consejero como su secretario de Estado. Es decir, el tercer puesto de la nación.

En algunos momentos sus argumentos tienen algunos de los rasgos dialécticos que han caracterizado su infancia al lado de su padre. Al hablar de la paz advierte: «Sólo hay dos clases de paz. Una es la cartaginesa, basada en la crueldad; la otra es la paz basada en la creencia de que la naturaleza humana es capaz de regeneración, de escoger mejores caminos de existencia. No hay más que elegir entre las dos.»

Mientras tanto, uno de sus hijos, siguiendo la tendencia ancestral, como si llevar el nombre de Dulles fuera un símbolo, elige la carrera religiosa. Se hace católico e ingresa en un Seminario jesuita.

**DE GINEBRA A MADRID, ENTRE JORNADA Y JORNADA DE DESENCANTO**

Entre las dos Conferencias de Ginebra se ha producido el desencanto. Hay muchas cosas graves, muchos nuevos peligros, que advierten claramente, por Marruecos, Oriente Medio y otras zonas neurálgicas, que la situación no es, ni mucho menos, la eufórica que presidió la celebración de la primera.

Por eso mismo el viaje de Dulles a España, ese viaje desde el Palacio de las Naciones de Ginebra al Palacio de El Pardo, tiene una importancia y una significación. En el momento de partir del aeropuerto suizo de Cointrin para España, los periodistas extranjeros le preguntaron por el viaje. «Es un viaje —respondió— muy rápido. Es lo único que he podido hacer entre el trabajo. Me complace mucho ir allá, y esta tarde estaré de regreso. Pasaré el vuelo trabajando.»

El hecho cierto es que Madrid ha levantado la piel de la Conferencia de Ginebra y todos los telegramas periodísticos del mundo han dado nombre: El Pardo.

Por eso, ya en el aire el avión, pregunté al embajador de los Estados Unidos:

—¿Contento, Mr. John Lodge?  
—Muy contento.

Enrique RUIZ GARCIA



Mister Dulles se despide de mister O'Farrell y de nuestro redactor

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina  
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:  
QUEROMON EDITORES, S. A. :- Revillagigedo, 25 :- MEJICO, D. F.



# PRESTIGIO

*de la Confianza*



**HORA  
CERTINA**

CERTINA concede siempre EXACTITUD INFALIBLE.  
Esto es: HORA CERTINA.

• • •

Construido en su propia fábrica, la extensa  
variedad de modelos para señora, caballero  
y niño aportan la línea más moderna a los  
más asequibles precios.

• • •

PROTEGIDO CON EL LEGÍTIMO INCABLOC  
(contra golpes). - ANTIMAGNÉTICO - MUELLE  
IRROMPIBLE - CORONA DE ACERO

Fábricas en:  
GRENCHEN  
(Suiza)

# CERTINA

EL RELOJ DE PRECISION MAS FINA

- ELEGANCIA
- PRECISION
- FORTALEZA
- EXACTITUD



# EL SINDICATO, PIEDRA BASICA DE LA POLITICA ESPAÑOLA

LA concepción del Sindicato como piedra básica de la política española exige, por naturaleza, un cambio total, absoluto y radical de lo que hasta hace dieciséis años se entendía y se concebía en España por política. El concepto de Sindicato en los regimenes liberales y falsamente democráticos optó muchas veces en su evolución interna por los derroteros, tan a la moda entonces, del materialismo marxista. El hombre era sólo la marioneta del «trabajo cristalizado». El gremio sindical, la suma de tantos sumandos como afiliados. Ni la política liberal en su endeblez, en su raquítica filosofía, admitía, como sustrato y base de sus trasnochadas y movedizas teorías, los imperativos económicos del sindicalismo al uso, ni el Sindicato de entonces, por su desvalorización del hombre, podía prestar aliento a una política auténtica.

Había que cambiar totalmente el concepto de la política en España si queríamos que el sindicalismo español fuese el cauce natural por donde esta política discurre y llega hasta la realidad íntima del trabajador, del productor, del empresario, del hombre público y del hombre de la calle. Había que buscar a la política su noble sentido y olvidar los manidos conceptos traídos y llevados por el caciquismo y los hombres de paja. Convencerse de que la vieja retórica, aprendida en las escuelas decimonónicas, que enseñaba el partidismo y la lucha de clases, era sólo eso: vieja retórica, palabra vacía, sin sentido y llama de incendio para las mentes débiles. Había que olvidar la cómoda postura del Estado inhibido.

El Sindicato español, el nuevo sindicalismo de España, apenas nacido, por el camino de sus sanas inquietudes sociales, se robusteció con la vida que le dió el espíritu. Nuevas fórmulas revolucionarias, impregnadas de profundo sentido cristiano, daban al sindicalismo nuevas formas de convivencia y le autorizaban a ser la más auténtica manifestación y el sustento más fuerte de una política que nacía bajo los signos de una paz conquistada a buen precio y de promesas que en parte han dejado de serlo porque las realidades han abundado.

«Este es el quehacer y el hueco que el Sindicato viene a llenar: un vacío político noble, importantísimo y trascendente, porque por encima y por debajo de aquella vieja política, por encima y por debajo de aquellos antiguos conceptos latía una vida española con sus realidades políticas, sociales y económicas.»

Estas son las palabras con que el Caudillo, al inaugurar la nueva Casa Sindical en Madrid, justificaba la necesaria misión del Sindicato al convertirse en piedra básica de nuestra política.

Y, al margen de razones históricas, la razón y la realidad del tiempo presente. El Sindicato ha encarnado en los ajetes y en las inquietudes del trabajador español. A las promesas y al mitín han sucedido en el Régimen de Franco las realizaciones, llegadas hasta el mismo seno de las familias españolas. El empresario y el técnico, el obrero y el universitario, el que profesa oficios de artesanía y el administrativo, todos los miembros de la producción nacional saben que hoy existe un Sindicato por donde las aspiraciones legítimas llegarán al Poder para ser escuchadas y atendidas sin necesidad de acudir a la pancarta o a la huelga.

«El Sindicato no podía amenazar esta unidad, indispensable para el progreso económico. Todas las clases españolas, no sólo las clases trabajadoras, sino las clases empresarias, las clases medias, las administrativas, los empleados, todos deben reconocer que son sujetos activos o pasivos de esa producción española.»

La obra del sindicalismo español en estos dieciséis años de paz nos crea, o debe crearnos, entre otras cosas, un profundo y consciente sentido de la responsabilidad. Responsabilidad para nosotros los españoles y una acusación fulminante para los de fuera. Una acusación para los «viejos tinglados vacilantes a que en el naufragio político del mundo muchas gentes se agarran».

Lleno de contenido, de doctrina social y política, pujante por su misma fuerza, es natural que el sindicalismo español haya sido piedra de escándalo para los amantes de las viejas y cómodas posturas, de las fórmulas anémicas en que todavía se mueven y actúan las corporaciones gremiales de muchos países que no han querido, por desidia tal vez, liberarse de las doctrinas y métodos con acusados resabios del liberalismo. Francisco Franco, al conducirnos con la firme seguridad del Jefe a nuestra mejor recuperación histórica, ha dado a su obra la medida justa y necesaria para el total resurgimiento económico, para la realización de una obra muchos años pendiente de justicia social y la ejecución de una nueva política asistencial sin precedentes.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN PARA CONOCER

POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

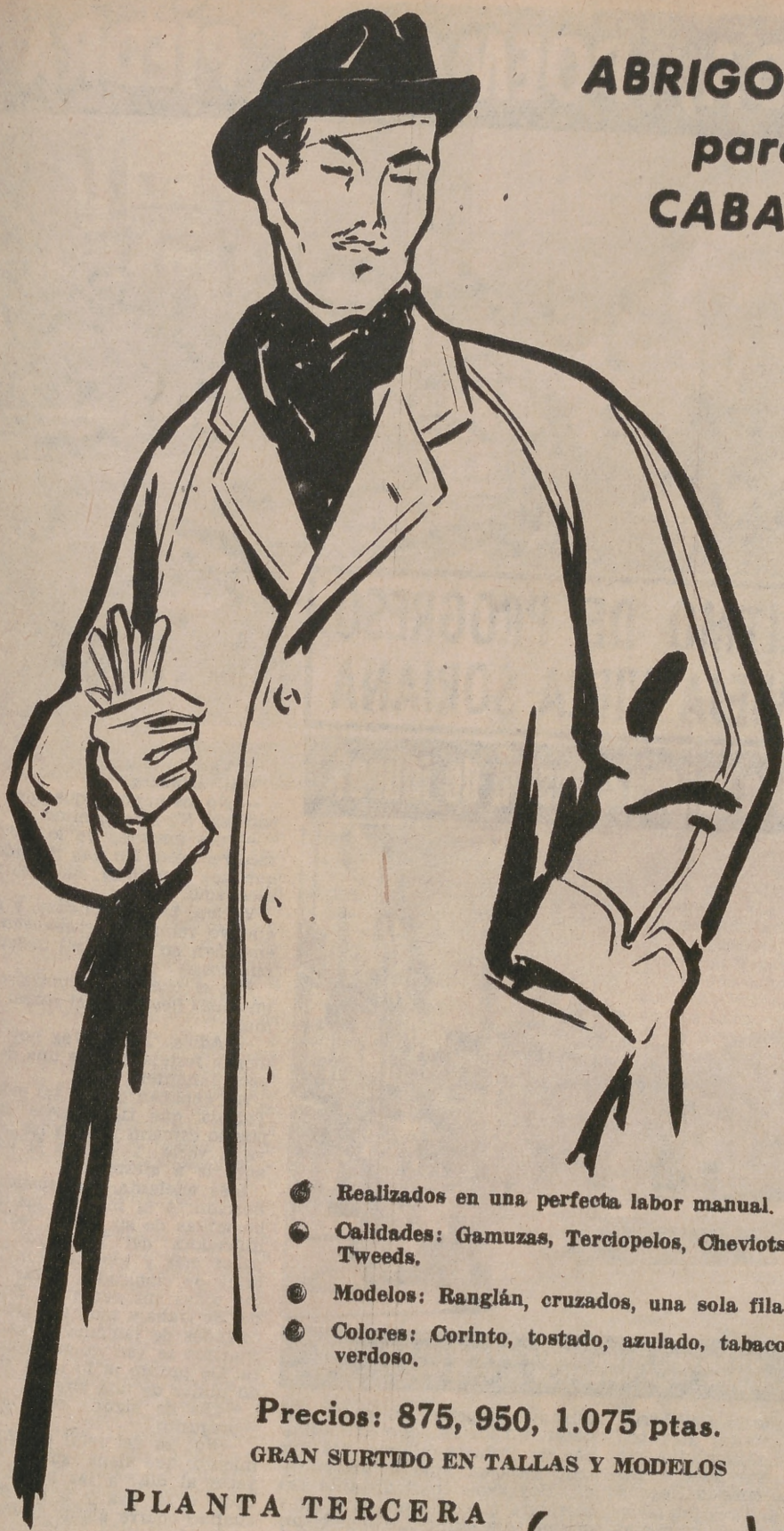
Don .....  
que vive en .....  
provincia de ..... , calle .....  
..... , núm. ....

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



# ABRIGOS para CABALLEROS



- Realizados en una perfecta labor manual.
- Calidades: Gamuzas, Terciopelos, Cheviots, Meltons, Tweeds.
- Modelos: Ranglán, cruzados, una sola fila.
- Colores: Corinto, tostado, azulado, tabaco, corteza, verdoso.

Precios: 875, 950, 1.075 ptas.

GRAN SURTIDO EN TALLAS Y MODELOS

PLANTA TERCERA

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

SOLICITEN CATALOGO  
ENVIOS A PROVINCIAS



# AGREDA, POEMA EN PIEDRA



**BUEN RITMO DE PROGRESO  
EN LA VIEJA VILLA SORIANA**

**¿Conoce a la señora maestra de Muro?**



La plaza Mayor de Agreda. Arriba: Vista parcial del viejo pueblo soriano, lugar de matices imprevistos

EN esta parte de la Celtiberia, rodeada de montes gigantes, la anochecida es más súbita que en otros sitios. Por eso, a las seis de la tarde, cuando llego a esta Agreda, de matices imprevistos, ya hay sombras compactas por todas partes. Sólo ha bajado del tren otro viajero y yo. A él le esperaban mujer e hija, y con ellas se perdió en la noche agreda. Ni un mozo para el equipaje. El frío llega hasta los mismos entresijos del alma. El pueblo dista casi dos kilómetros. Tiene lo suyo esto, y me detengo un

instante perpleja, sin saber qué hacer. En los asendereados caminos de cronista alguna vez me sentí titubear ante lo desconocido. Hoy también dudé ante esa carretera que se abre ante mí y que no sé a punto fijo si se bifurcará más adelante conduciéndome lejos de mi punto de destino. Aun no he sido capaz de dar un paso atrás ni hacia adelante. De pronto, como una tabla salvadora, veo salir de la estación a dos mozueltas que sin Juda vinieron a despedir a alguien que tomó el tren. Me acerco a ellas:

—¿Van al pueblo?  
—Sí, señorita.  
—¿No les importa que vaya con ustedes? No sé el camino...  
—Pues nosotras ya lo sabemos recorrer bien. No hay cuidado de que nos perdamos. Siempre vivimos aquí.

Y rien. Luego, solícitas, y aunque yo rehusó repetidamente, se empeñan en portar mi maletín y mis cosas.

Por el camino encontramos a un mozo llevando del-ronzal a su mula.

—¡Adiós, Tori! ¿Vas hoy también a festejar?—dice una de mis acompañantes.

Me explican que el tal mozo es Toribio, que tiene novia en un pueblo cercano y todas las noches va a verla. Y a esto le llaman aquí ir a «festejar».

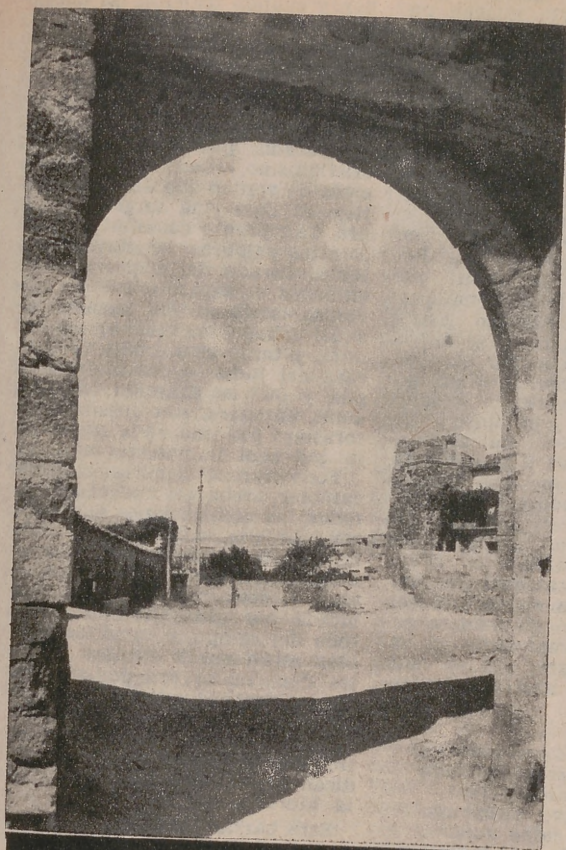
Más adelante, una rústica edificación. A la incierta luz de las bombillas de su puerta leo: «Pannificadora del Moncayo». Unos pasos más y topamos con la fábrica de embutidos. Están abiertas todas sus ventanas. Encendidas. Se-trabaja aún. Los secaderos colgados de jamones y ristras de chorizos se ven desde la carretera. De pronto, a lo lejos, el agudo ulular de una sirena.

—¿Es de alguna otra fábrica?—pregunto.

—No; es del reloj del Ayuntamiento, que tiene sirena cuatro veces al día: a las nueve, a las doce, a la una y a las siete, y cuando ocurre algún incendio en el pueblo.

Al fin, Agreda, y para entrar a ella, la vía principal, que con su solo nombre ya da clima a la villa «Calle de la Venerable» campea en el rótulo. Y la venerable es sor María de Agreda, la discutida mística y consejera de Felipe IV. La calle es estrecha y





Arco de un viejo palacio



La típica calle de los Zapateros

pina. Sus casas tienen las huellas del paso de los siglos, Romanos, árabes y cristianos de los tres Reinos, de Navarra, Aragón y Castilla, de los que Agreda era frontera, dirimieron aquí sus contiendas con coraje y sangre. También por estas calles jugó de pequeña aquella Mariquita Coronel, que, andando el tiempo, iba a dar que hacer a sesudos teólogos con su «Mística ciudad de Dios».

A lo largo de la calle, hombres montados en sus mulos. Sobre la pelliza, la manta prendida al cuello, colgando hasta las ancas de las caballerías. A semejanza de conos pardos y llegan hasta los balcones, balancantes y caninos.

—¿De dónde vienen tantos?

—De sembrar.

Un mozo que va a la cabeza de la reata rompe a cantar. El aire viril de una jota estremece la noche. ¡Jotas en Castilla! El contraste emociona. Y fozosamente tiene una que pensar que lo étnico pesa en el hombre y en sus costumbres mucho más que unas divisiones geográficas. Agreda es como un enclave en Castilla, y esto lo siento con fuerza en esta noche mientras las jotas se suceden con brío y su eco va rodando de calleja en calleja. A mi alrededor, e igual que desde mi llegada, oigo constantemente la fonética del «ico» baturreo.

Cuando ya los labradores se han perdido camino de sus casas, escuchamos ahora una música moderna.

—¿Dónde es eso?—pregunto.

—En el Salón del Ritmo. Están bailando porque se celebra una boda. Hoy ha habido boda, y es-

tos días atrás, muchas también, y las que aún quedan...

—¿Y por qué tantas ahora?

—Es que éste es el mes de las bodas. Ya vendieron las cosechas y han recogido buenos dineros. Todo el mundo se casa aquí en este mes.

#### MI VECINO: EL MONCAYO

Agreda, desde medianoche, es un coro de voces de bronce: la campana de maitines de las agustinas y, dándole réplica un poco más lejos, la campana de las concepcionistas, los dos conventos de clausura de Agreda, tocan al oficio divino. Parece que las siente una allí mismo, a dos pasos, dándole aldabonazos al espíritu. Luego, cuando ya clarea el alba sobre el viejo empedrado se empiezan a sentir los cascotes de las ca-

ballerías. Es un inacabable cortejo de hombres y bestias camino del campo, del tajo de trabajo, de la sementera.

Cuando abro el balcón de mi alojamiento veo que tengo de vecino al Moncayo. Allí está, efectivamente, frente a mí, con su mole azulada cubierta ya por una caperuza blanca de nieve. Recuerdo que Bécquer, en sus cartas desde el monasterio de Veruela, hablaba de la proximidad del Moncayo a su retiro. Yo creo que aun lo tengo más cerca que el poeta, pues el Moncayo está sobre Agreda, oprimiéndola casi, y es ahora mi sereno vecino, que da grandiosidad a este paisaje desigual, montuoso, quebrado, que se abre ante mí y que es el peculiar de esta Agreda de cuevas imposibles, de calles colgadas casi.



El Alcalde de Agreda, don Pedro Cilla, con los 47 Alcaldes del partido, reunidos en un cursillo de Formación Administrativa y Política.



Se diría que el Moncayo influye decisivo en la vida del pueblo. Por él las tiendas se abren de nueve y media a diez de la mañana. Y los bares, de las once en adelante. Cuando preguntó el porqué de esta anomalía, me contestaron:

—¿Cómo quiera usted que los industriales nos levantemos antes con el aire que nos manda el Moncayo? La gente del campo, porque no tiene más remedio...

En verdad que las calles están frías como una hoja de acero. Y todo el mundo le echa la culpa al Moncayo. Y además, ya conocen bien sus tretas. Que empieza a venir una ligera brisa desde el monte gigante, pues la gente se arrebujá más, porque saben que dentro de unas horas se las gastará buenas. Que el Moncayo se empieza a cubrir de nieve, pues la gente se aprovisiona más de carrascas, porque el temporal de nieve cubrirá casi de un metro las calles agredañesas. Que hay nubes sobre la cresta del Moncayo, pues ya saben que se avecinan lluvias, y así sucesivamente.

Aquí se canta también una jota alusiva a él:

*Viva Agreda, porque tiene  
la Virgen de los Milagros,  
el arco, la Morería,  
sor María y el Moncayo...*

### EL MILAGRO DEL JUDIO

La Virgen de los Milagros es la Patrona, y casi todas las mujeres de aquí se llaman Milagros. También hay una jota para Ella:

*La Virgen de los Milagros  
es morenica de cara,  
pero tiene un corazón  
más sano que una manzana.*

Esta Virgen es la máxima devoción de la villa, y ningún agredano de corazón, sobre todo las mujeres, deja de visitarla a diario. En el año 1947 se la coronó. La ceremonia tuvo lugar en el monte llamado de la Horca, que desde entonces cambió su escalofriante nombre por el «Monte de la Coronación». Ochocientas mil pesetas costó la corona, que se adquirió por suscripción popular. Los agredanos ausentes no faltaron ese día. De los pueblos colindantes de Aragón y Navarra también acudieron devotos de la milagrosa imagen, pues también en esos pueblos se la venera. Y Agreda fué insuficiente y

hubo que salir al monte a coronar la Virgen. Esta imagen data del siglo XII, y aquí usan con ella una graciosa costumbre, tiene su criada, y la criada es, por paradoja, la Virgen de los Remedios. La cosa es tan chocante, que bien merece una explicación: La Virgen de los Milagros no puede salir en procesión nada más que en epidemias, calamidades o terminaciones de guerra.

Pero todos los años sale en su lugar la Virgen de los Remedios, y por eso dicen que es la criada de la Patrona, porque le hace este servicio. Así, a esta última imagen no se la conoce nada más que por el nombre de «La Criada». Esto que podría parecer irreverencia se salva por la tradición y el tipismo. En la iglesia de la Patrona, levantada en el siglo XVI y de noble fábrica, austera como una fortaleza, se ha plasmado en sus muros interiores un gran milagro que hizo la Virgen con un judío converso. A semejanza del «Papa moscas» de la catedral de Burgos, a una buena altura está colgado un muñeco de madera policromada que representa al zapatero del milagro, y a su lado, en la pared, se leen las siguientes quintillas:

*Porque del Corpus un día  
trabajé desprecio haciendo  
aquella hermosa María  
con un milagro estupendo  
descubrió la culpa mía.*

*Pues llevada en procesión  
acompañando a su Hijo,  
llegando a mi habitación  
se quedó inmóvil y dijo  
sin palabras mi traición.*

El suceso ocurrió de la siguiente manera: En el barrio moro, después de la expulsión de los judíos, quedaron algunos conversos que vivían en buena armonía con los moriscos que habitaban aquel barrio. El zapatero judío era también converso, pero seguía practicando los ritos judaicos a escondidas. El día del Corpus siguió trabajando en su taller, y al venir la procesión cerró la puerta. Llegada la Virgen frente a la casa del zapatero, milagrosamente, y sin que nadie se lo pudiera explicar, las andas dieron un gran crujido y se abrieron sus maderas. Incapacitados de seguir con la Virgen llamaron a la puerta del judío solicitando depositar allí la imagen a resguardo de la intemperie mientras se iba por otras andas.

Pasaron la Virgen al taller, y cuando trajeron las nuevas andas y se la intentaron llevar, todo fué inútil. No hubo fuerza humana capaz de levantarla allí. Entonces el judío se echó liorando a los pies de la Señora, confesando que se había bautizado en pecado, pues despreciaba el cristianismo, pero que año a año creía de verdad que Jesucristo era Hijo de Dios y la Virgen su Madre. Tan pronto como el judío dijo estas palabras, la imagen pudo ser levantada del suelo. Y desde entonces el zapatero fué un fervoroso cristiano. En recuerdo de aquel milagro se levantó una ermita, y tanto esta ermita como la casa del judío, que está frente a ella y que se conserva como en aquel entonces, son enseñadas al forastero por una vieja santera, a la que aquí llaman «la muñera».

Todo Agreda tiene un marcado carácter árabe en sus calles. De todas las civilizaciones que pasaron por ella, quizá fué la árabe la que dejó más huella. Esto se acentúa en esta Morería, donde vivió el converso. Ahora está habitada por gente humilde, sobre todo del campo, y como los hombres están en la siembra en estos días, no se ven por sus típicas y estrechas callejas nada más que mujeres y chiquillos.

—¿Qué le parece a usted nuestro Barrio Moro, señorita?—me dicen las simpáticas mujeres de la Morería.

Este barrio estaba separado del de los cristianos por un arco adosado al palacio de los marqueses de Castejón, y aun ahora se conserva en muy buen estado, y sobre él hay una hornacina con una imagen de la Virgen como mediadora entre los dos barrios. A pesar de que es plena mañana cuando yo deambulo por esta Morería me da la impresión de estar toda ella prendida de consejas y leyendas. Restos de murallas, en cuyos intersticios crece la yerba, el arco califal dando acceso a la fortaleza de La Muela, callejas tortuosas y subsistiendo aún en las costumbres de los habitantes de ahora la cal árabe en todas las casas. Cal blanca y cal con azulejos en otras; la calamocho de Andalucía, dada con profusión en todas las fachadas de las casas de estos labradores, mitad castellanos, mitad aragoneses. Rodeando todo el barrio, enormes cerros, a los que se denominan «cerros del Barrio Moro», y en los que se libraron cruentas batallas entre los sarracenos que ocupaban Agreda y las huestes cristianas del Rey de Navarra, Don García Sánchez, que la conquistó.

Agreda es toda ella monumental, y sus calles son un poema de piedra. Su origen es tan remoto que casi se pierde en el paso de los siglos. Sin embargo, los historiadores han situado a Agreda como la Illurcis de los iberos.

Tito Livio fué el primero que dejó en sus escritos noticia de la conquista de esta villa por Graco. En las monedas que aquí se acuñaban como Municipio libre autorizado por Roma, se lee la siguiente inscripción: «Tiberio, César Augustus».

En los barrios cristianos de empaque medieval también parece percibirse el hábito de otros tiempos. Todo tiene un matiz de sobrenatural misterio. Cuevas, ca-



Ruinas que testimonian la antigüedad de Agreda



llejones recoletos, estrechos ventanucos y rejas de maravillosos hierros. Toda Agreda es monumental por donde quiera que se la recorra. Sobre todo sus doce iglesias, en las que el gótico y el románico se entremezclan. Como el templo de Nuestra Señora de Magaña, donde fué bautizada la venerable sor María de Agreda, del más puro gótico, San Miguel, gótico también, pero con una bella torre romántica, y Nuestra Señora de la Peña y el convento que fué de los templarios. Y en todas ellas el tesoro fabuloso e incalculable de sus cálices, de sus casullas, de sus Vírgenes del siglo XII y XIII. Y pareciendo custodiar todo esto, en los puntos más altos de la villa, las ruinas de las fortalezas y de los castillos. La fortaleza de La Muela, baluarte árabe; La Atalaya, la más fuerte defensa que tuvo Agreda y a cuyos pies, adosado a sus murallas, está ahora, clavado allí de generación en generación, un taller de alfarería primitivo, rudimentario; arte que enseñaron los moros a los naturales de Agreda y que se ha conservado a través de los tiempos. El último alfarero de Agreda es José Pascual, el cual ha olvidado ya cuántos de su familia practicaron este oficio.

—Mis hijos ya no han querido seguir. Tienen buenos oficios. Mi nieto Fernando es barbero, pero tampoco se conforma con eso. Está estudiando comercio. La gente cambia con el adelanto de la vida...

### EL TORNO DE LA CONCEPCIÓN

Pero lo que nadie olvida al llegar a Agreda es visitar el convento de la Concepción. Por la estrecha, fina y típica calle que se llamó de los Zapateros, y en la que aun hay muchos de estos buenos artesanos, pero también muchos hornos, de los que se esparce un inconfundible olor a pan recién cocido, yo voy en una mañana de fina neblina. Rústicos escalones para ayudar a la cuesta. la plazuela de San Miguel Arcángel y, más arriba aun, pasando las Agustinas, la Concepción, el convento fundado por la Venerable, y donde se conserva su cuerpo incorrupto, como asimismo el de su madre, al que las monjas llaman graciosamente «la abuelita». Sobre el torno de la Concepción se leen los siguientes versos:

*Quien a este torno llegare  
venera esta Concepción  
y después tenga atención  
de hablar poco, bajo y grave  
Porque como es de Descalzas  
y de tanta perfección,  
se ofende su religión  
de las risas y las chanzas.*

Por esta influencia sobre mi subconsciente no me extraño de oír mi propia voz, que dice a la superiora:

—¡Madre, qué paz siento en este recinto!

Cada vuelta del torno trae una reliquia de la Venerable. Sobrecoyida, tengo en mis manos la cruz de hierro, de dos kilos y medio de peso, que llevaba colgada al cuello; la cota de malla, pegada a la carne como un cilicio; los bordados que hacía cuando no escribía por mandato de la Virgen, como es piadosa tradición.



La iglesia de San Miguel, viejo templo gótico con esbelta torre románica

—Era la secretaria de Nuestra Señora—dice desde dentro la dulce voz conventual.

Luego, el torno también trae la gran copa de plata que Felipe IV regaló a su consejera. Está llena de agua, y me dicen que beba porque en ella bebió la Venerable en trance de muerte. Se la dieron después de haber recibido el Viático para que pudiera pasar la Sagrada Forma, y fué la única vez que consintió usarla en su vida.

En una de las veces que me vuelvo veo que el agua que yo he dejado en la copa ha desaparecido. Mi imaginación meridional barranta el milagro.

—¿Cómo ha desaparecido el agua que dejé?—pregunto.

Pero me defrauda la buena María Luisa, la portera, la demandadera, «la monjera», como le llaman aquí, que me contesta.

—Me la he bebido yo. Cada vez que viene una visita me tomo lo que dejan. No quiero desperdiciar ocasión de beber donde lo hizo la Venerable...

Después, la superiora y yo descendemos con el palique a ras de tierra. Ella es navarra, como casi todas las monjas de este convento. Pero últimamente han entrado tres novicias: una muchacha de Agreda, la madrileña Sor Teresa de Jesús y una hermanita de obediencia que vino de eria-da con unos veraneantes.

—Sor Teresa de Jesús es hija de los dueños de la Pañería Ramos, de la calle de la Montera, de Madrid. Tiene diecinueve años, era estudiante y nada le faltaba en la vida y, sin embargo, prefirió venirse aquí. Tiene mucha vocación. Ayer vinieron sus padres a visitarla y nos regalaron un cordero y pasteles para toda la comunidad. El cordero era tan grande que no cabía en el torno. Hoy lo hemos comido; ha sido una pequeña fiesta—me explica la superiora.

Y seguimos hablando. Tienen un gran taller. Bordan y pintan primores para ganarse la vida.

—Algunas veces también nos mandan donativos. De América sobre todo, donde la Venerable tiene muchos devotos por estar

allí muy difundidos sus escritos. También de América del Norte. Hemos recibido donativos hasta del mismo Nueva York. Últimamente, un señor de Buenos Aires nos ha mandado quince mil pesetas. Es una ayuda esto—termina la superiora.

Sí, es una ayuda, y si no, se verían obligadas a hacer como las otras monjas de clausura de aquí, las Agustinas, que no solamente bordan y cosen, sino que tienen taller de planchado y de limpieza de trajes.

A la salida tengo que luchar con el aire, pues no en balde la Concepción está enclavada en uno de los parajes más altos de Agreda. A dos pasos del convento se encuentra el cementerio del pueblo, mejor dicho, el camposanto, ya que aquí jamás se le llama cementerio. Este camposanto está sobre el que fué antiguo «campo de los Mártires», en el que, según la tradición, cuatro mil cristianos de «CésarAugusta», que había salido huyendo de la presencia de Daciano, fueron alcanzados por sus perseguidores en las mismas puertas de Agreda, y allí recibieron, acuchillados, singular martirio. Con ellos traía una imagen de la Virgen, que aun hoy se conserva aquí con el nombre de Nuestra Señora de los Mártires. Lo más notorio de este camposanto es la profusión de sus cipreses, despeinados y patéticos, al socaire de esta montañas.



Una de las puertas de la muralla árabe





Importantes obras municipales están transformando las calles y plazas de Agreda con moderno sentido urbanístico

### «PALELE» AVISA LA MUERTE

Los agredancs, ya lo hemos dicho antes, son una amalgama del carácter castellano y aragonés. Son francos, leales, alegres, y al mismo tiempo austeros y trabajadores. Todo el mundo trabaja de firme, aunque también por las tardes los mozos se diviertan de lo lindo en las llamadas «cuadrillas», en las que se come la caldereta, se bebe el clásico «terrizo» y se cantan jotas hasta desgañitarse. La gente bien, es decir, la gente de carrera, se reúne a merendar en la cocina del Jardín de Sebastián. Esto no es ningún bar, sino algo así como el estudio de un agredano entusiasta de todas las manifestaciones del arte. Don Sebastián Jiménez tiene un bello jardín del siglo XVIII, con estatuas de alabastro erosionadas por las lluvias. Dentro de la casa no hay un rincón ni un espacio donde no haya un objeto artístico y de gran valía, que a lo largo de muchos pacientes años ha ido coleccionando. Las meriendas suelen ser aquí suculentas, y en la alacena que guarda las viandas hay escrita bajo el signo de un pernil esta máxima que es como el lema de esta cofradía de la buena amistad: «De lo que come el grillo, poquillo». Esta casa de don Sebastián, junto con la de las señoritas de Aramendia, en cuya biblioteca acaban de encontrar un incunable, es una de las más interesantes del pueblo.

Y ya que he escrito, la palabra cofradía, hablaré de una verdadera y de gran raigambre en la villa: me refiero a la Cofradía de la Santa Vera Cruz. Data de 1556 y aún ahora se conserva la costumbre de que al morir algún hermano los demás cofrades asistan al entierro vestidos con los típicos trajes del siglo de su fundación.

Como la gente trabaja todo el día, sólo por la noche acude a los bares. Así, durante el día, que están desiertos, yo aprovecho para escribir en el bar de Cacho. Desde sus amplios ventanales se percibe el palpitar del pueblo. Enfrente está la plaza de Primo de Rivera, a la que se le ha quita-

do su tremenda cuesta para bajar a la calle de los Mesones por medio de la construcción de una escalinata que fué el principio del urbanismo de la moderna Agreda que es obra y gracia de este modelo de Alcaldes que es don Pedro Cilla, que va transformando el pueblo sin que pierda un ápice de su vetustez.

Pero de esto hablaré más adelante. Ahora seguiré contando que desde mi observatorio del bar contemplo todas las mañanas el paso y repaso de Basilio el pregonero, que recorre las calles lanzando sus pregones con cualquier motivo:

—¡Se han perdido unas tijeras grandes, aquel que se las encuentre...!

Pero más popular que el pregonero es el tío Palele. Palele lleva cuarenta años vendiendo «El Herald de Aragón» y es tan buen voceador que ganó un concurso de vendedores en Zaragoza. La otra modalidad del tío Palele tiene lo suyo. Yo lo denominaría «el avisador de la muerte», pues esto es lo que hace el buen viejo cuando alguien fallece en el pueblo. Por encargo de los familiares va de casa en casa dando a todo el mundo la triste noticia. El precio de esta tarea es sólo de 12 pesetas.

—Pero algunas veces a los que son ricos les engancha cuatro duricos—me cuenta confidencialmente con su buen humor de siempre.

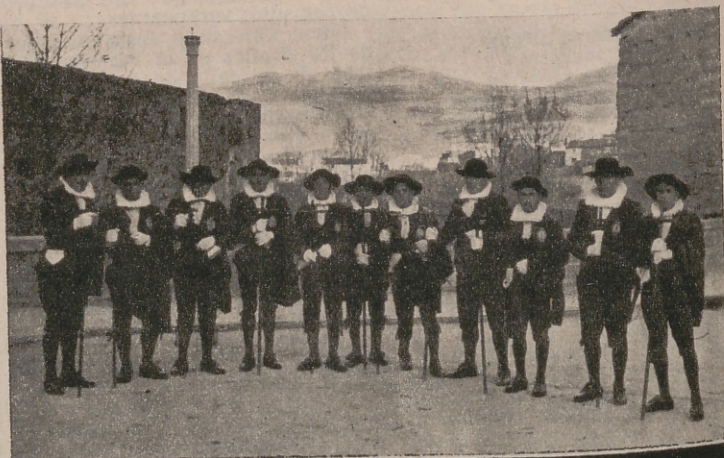
### DIECISIETE MILLONES EN OBRAS MUNICIPALES

Parece increíble que en ocho años al frente de una Alcaldía se pueda hacer tan brillante e ingente labor: con las cifras sobre el papel diremos que solamente las obras a realizar en un futuro no superior a tres años importarán 17.000.000 de pesetas. De la labor hecha hay que destacar el alcantarillado, cuyas obras importaron 560.000 pesetas. Posteriormente se hicieron varias ampliaciones para el abastecimiento de aguas potables del Moncayo, por un valor, en su tendido y distribución, de 1.500.000 pesetas. La canalización y cubrimiento del río Queiles costó 415.953.000 pesetas. Y 800.000 la pavimentación de calles. Asimismo se han hecho varios grupos de viviendas económicas. También se ha adquirido por el Ayuntamiento la finca denominada «El Campillo», con una extensión de 1.000 hectáreas, que será distribuida entre 180 colonos. A estos colonos les saldrán sus parcelas al irrisorio precio de 14 céntimos el metro cuadrado. En el lugar llamado la «Dehesa», que sirve de inmenso parque y esparcimiento para los veraneantes que acuden aquí en gran número desde Zaragoza, se han plantado 80.000 árboles de la especie denominada «chopo papeler». Y en cuanto a las laderas del Moncayo, se han repoblado con 840.000 pinos.

Otra obra de envergadura en Agreda son las 100 viviendas protegidas que se entregarán próximamente.

La Biblioteca Municipal también es obra de don Pedro Cilla y al frente de ella está el maestro don Arsenio Sanz. Esta Biblioteca, al anochecer, se llena de muchachas y muchachos agredanos que leen la buena literatura que se alinea en sus estantes.

El cultivo de la remolacha se ha incrementado enormemente. Ahora, solamente en el término, sin contar el partido, se recogen 12.000 toneladas, y en años sucesivos se aumentará esta cantidad, constituyendo una buena riqueza para la villa.



Cofrades de la Vera Cruz, con su típica vestimenta



## LA «SEÑORA MAESTRA» DE MURO

De los 47 pueblos que componen el partido de Agreda, Muro es el más famoso por su historia. Para unos fué campamento romano capaz para tres mil soldados. Para otros fué la ciudad de Augustóbriga. El caso es que los vestigios romanos se encuentran aquí por todas partes. Murallas, arcos y hasta una piedra miliar. Los chiquillos que hurgan el suelo jugando, encuentran a flor de tierra vasijas y monedas romanas. Ahora Muro es un pueblo de 110 vecinos y rico y agrícola que se ha aprestado con entusiasmo al cultivo de la remolacha. Muro es más que unos recuerdos históricos y más que un campo fructífero. A Muro, lo llevaba yo incluido en mis planes porque en él hay una mujer, anciana ya, que es todo un tipo de mujer de la raza. Gran valor humano éste de la «señora maestra» de Muro, como se la conoce en esta comarca por todas partes. Doña Crisógona Fernández Martínez es la maestra por antonomasia. Hace unos días tan sólo, el pueblo de Muro, que estaba en deuda con ella, le ha rendido un homenaje. En este pueblo no hay un solo analfabeto de las generaciones que se sucedieron en los cuarenta y cinco años consecutivos que esta admirable mujer dió clase día por día, sin faltar ni uno solo a su escuela que entonces era de modalidad mixta.

Antes de subir a Muro, en el mismo Agreda, la gente se hacían lenguas de ella.

—Mire usted—me contaba don Gumersindo Sanz, que vive ahora en Agreda, después de haber ejercido durante cuarenta años el cargo de secretario del Ayuntamiento de Muro—, esta mujer ha sido un caso excepcional. Su nobleza de espíritu es extraordinaria. Ya ve, es casi costumbre que los secretarios y los maestros tengan alguna divergencia; pues yo aseguro a usted que jamás ella me contradujo en nada. Todo estaba bien para ella. Sólo tenía el deseo de hacer bien, con una extremada dulzura en sus palabras y sus obras.

—En Muro no hubo hasta que ella llegó ningún título. Yo soy discípulo de ella—interviene el sacerdote don Florencio Calvo—. Y como yo, muchos sacerdotes.

También son discípulos de ella abogados, médicos, registradores y maestros y maestras en gran difusión. Ella levantó a Muro, que era sólo un pueblo labrador. Parece mentira, pero ésta es la obra de una mujer. Todo lo que le digamos es poco.

Hermilo Pardo, maestro en Agreda ahora y también discípulo suyo, me explica:

—Aunque ya esté jubilada, para mí como para todo el que la conoció ejerciendo su labor docente, doña Crisógona siempre será «la señora maestra». Es un caso perfecto de vocación y un valor espiritual muy grande. Era cumplidora de su deber, de un temple magnífico e incansable. Siempre iba pulcra y bien arreglada y nos trataba a todos con un cariño de madre.

Por eso, cuando yo emprendí el camino de Muro ya parecía que había conocido de toda la vida a esta mujer. Ella también había tenido noticia mía. El teléfono desde Agreda a Muro anduvo más de prisa que el auto que me conducía y cuando llegué fué para mí una sorpresa el ver que «la señora maestra» ya me esperaba en el zaguán de su casa y había mandado aderezar unos pollos en mi honor. Yo me emocioné cuando sus manos de anciana se cerraron sobre las mías:

—Hija, hija, que se ha molestado en venir hasta aquí... No merecía yo tanto. ¡Cómo se ha formado todo esto desde mi homenaje! No debían de haberme hecho nada. No hice más que cumplir con mi deber.

Luego, dentro de la casa, rodeado de los nietos, del hijo Andrés y de la hija Juanita, sus otros dos hijos están en Madrid, doña Crisógona con golpes ingeniosos de niña, a veces, me habla:

—Cuanto más gente tengo en casa más contenta estoy. Viven siempre con nosotros mi hijo Andrés con su mujer y sus hijos, Juanita y sus niños sólo están de temporada. Yo no sabría vivir sola con mi marido. No solamente ahora que ya somos viejos, sino siempre. Vivía conmigo mi madre y mi hermana Mercedes. Ellas me cuidaban los hijos mientras yo atendía a la escuela. No me gustaba faltar nunca. Después, cuando mi madre murió y mi hermana se casó vino conmigo mi sobrina



El traje típico de las agredanas tiene reminiscencias árabes



Esta muchacha aficionada a la espeleología explora la caverna de Ucero



Doña Crisógona Fernández, la «señora maestra» de Muro desde los dieciséis años



Monjas de la Concepción (Descalzas), de Agreda

Flavia. Yo no estuve mala nada más que cuando tenía los hijos. Y esto también parecía Providencia. Venían a nacer después de algunas vacaciones y entonces yo las cambiaba. Daba clase en los días aquéllos para los que tendrían que venir después en que no me fuera posible asistir a la escuela. Así pasó cuando nació mi hijo Pascual, el que está ahora de delegado del Trabajo en Madrid. Nació después de Navidad y los días de las vacaciones les di clase a los niños. Así no perdían de estudiar.

La sobrina Flavia interrumpe: —También le ocurría una cosa graciosa. Mi tía padecía mucho de jaqueca. Pero no le daba en los



días de trabajo. Le atacaba justo los domingos y se tenía hasta que meter en la cama. Pero el lunes otra vez a la escuela. Para ella no hubo jamás ni jueves, ni sábados sin escuela, ni nada. No sé cómo lo podía resistir.

—Ahora lo que sí me pasaba era que mi marido y mi madre me reñían mucho. Decían que como yo tenía un carácter tan blando los niños me iban a perder el respeto. Pero todos eran buenos, no me dieron nunca un disgusto. Yo creo que el simple cariño engendra respeto y no hace falta ser severos con los niños.

Y la señora maestra se anima al hablar de sus discípulos. Yo creo que el instinto maternal y el corazón de esta mujer eran tan grandes que no tenía bastante con sus hijos y era madre de todos los chavalines de su escuela. Esto me lo confirma estas lágrimas que vierte ahora.

—Lo que a mí más me ha emocionado en mi vida fué una carta que me escribió uno de «mis niños» desde la cárcel. Fué tremendo aquello. Los dos hermanos habían sido discípulos míos y ya de mayores los dos se enamoraron de la misma muchacha. Un día el mayor que era muy impulsivo acometió al otro con un cuchillo. Solo para defenderse, Dionisio levantó un palo que tenía a su alcance y le dió un golpe a su hermano que le produjo la muerte. Desde la cárcel de Soria me escribió una carta pidiéndome perdón porque no había seguido la mansedumbre que yo siempre le enseñaba. Después lo sacaron libre.

Y esta mujer de setenta y un años llora vencida por su ternura cuando refiere esto y cuando su hija me lee las cartas que los discípulos ausentes le mandaron el día del homenaje.

—¿Es verdad que usted ejerció a los trece años?

—Sí, ya lo creo, hija mía. Yo vivía con mis padres en Castellar, un pueblo de esta provincia, donde mi padre estaba de secretario del Ayuntamiento. Estudiaba el grado elemental e iba a empezar el superior, cuando a mi profesor, don Juan Santos de la Orden se le ocurrió aconsejarnos hiciera oposiciones a maestra. ¡Dios le pague aquella buena ocurrencia! No ponían tope para la edad entonces. Tenía trece años y me examiné en Zaragoza. Me acuerdo que me decían: «Mira la soriana, tan pequeña y tan templada». Pero era que yo entonces no tenía sentido. Por eso no me impresionaban los exámenes. Con decirle a usted que momentos antes de llamarme el Tribunal estaba yo jugando en la puerta de la Universidad a las tabas...

Y doña Crisógena ríe con una



Tres momentos en la vida de doña Crisógena. Arriba: A los diecisiete años, con su madre y su hermano. Centro: Hace treinta años, con su hija Conchita. Abajo: Con su marido, en la actualidad.

graciosa risa juvenil. Ha debido de ser muy guapa. Aun ahora tiene la cara sin casi arrugas. Anda ligera y derecha y me asegura que jamás se pintó:

—Sólo agua y jabón entraba en mi cara.

Y luego la coquetería femenina que no se pasa ni a la vejez:

—Salgo muy mal en los retratos. No soy fotogénica.

Y yo creo que a doña Crisógena le dan ganas de quitarme los retratos, los que hace un momento me ha dado su hijo.

—Pues, sí, crea usted, que cuando ya logré el título, tuve que hacerme mujer a la fuerza. No pude tener adolescencia. Me parecía que tenía que ser muy seria cuando llegué a mi primer pueblo de ejercicio, que fué Tajahuerce. Pero casi me descubrieron y todo el mundo decía: «La señora maestra parece muy joven...». A mí me daba una vergüenza... En este pueblo cobraba 250 pesetas al año. Después pasé a Villafranca de los Barros. Mi tercer pueblo fué Aguaviva, que pedí por estar más cerca de mi familia. En él cobraba ya 450 pesetas. En Aguaviva el párroco se negó a asistir a mi toma de posesión alegando que yo era una niña aún. Cuando me vino de maestra a Muro tenía ya dieciséis años. Nunca pude ir a un baile con las muchachas porque yo era la maestra y tenía que dar dignidad al cargo. Sólo podía pasear. Mis amigas eran una muchacha muy buena que se llamaba Petra, y Nicolasa, la hermana del señor cura. Yo era muy risueña y comunicativa, pero me tenía que frenar. No tuve juventud. Y a los veintidós años me casé. Y ya no tuve más ilusión que mis hijos y mi escuela. Jamás desee salir de aquí y ya ve que el pueblo es muy pequeño, pero yo nunca me aburría. Era una gracia que Dios me daba. En 1925 quitaron las escuelas mixtas. Lo único que a mí me había angustiado de estas escuelas mixtas era el pensar si yo, como mujer, no sabría bien inculcar el patriotismo en aquellos niños que un día serían hombres y tal vez tendrían que ir a una guerra. Pero cuando nuestra Cruzada volvió a tener los niños, estaban los maestros en el frente y los niños se habían quedado sin escuela. Un día estaba yo dándoles clase a mis niñas y los pobrecillos desde una ventana parecían que nos miraban con tristeza. Entonces yo no me pude contener. Salí y les dije: «Pasar. Os voy a dar clase a vosotros también». Yo no sé si hice bien o mal o si fui en contra de las leyes de la Enseñanza. Pero desde entonces hasta que volvieran los maestros yo estuve al cargo de ellos.

Cuando dejo Muro es ya noche cerrada. Sus calles están alumbradas débilmente. En medio de la plaza se alza el enorme paredón del juego de peleta. Enfrente, diluida en sombras, la antiquísima iglesia. Un poco más allá, una casa vieja y sin enlucir, y la voz de «la señora maestra»:

—Esta era mi escuela y mi casa. Aquí viví durante cuarenta y cinco años, hasta que me jubilé...

En el coche, ya carretera adelante, siento a mi alrededor el silencio impresionante de la noche sobre el campo.

Blanca ESPINAR  
(Enviado especial)

SUSCRIBASE A  
POESIA ESPAÑOLA





# PLAZA DE LA CIUDAD

Por F. Maldonado DE GUEVARA

A Pilar y Ramón de Garciasol

UNO de los días del pasado septiembre me encontraba en el centro de la plaza Mayor de Salamanca, allí donde falta algo, y lo que falta es el brocal que cuadra en el centro de todo patio salmantino. Estaba entregado en obliación total a una demorada y vaga contemplación. No sé si era profunda, ni siquiera confundir lo profundo con lo intenso. Intensa y anegadora contemplación, si me parece a mí que era.

Estaba literalmente con la boca abierta y los ojos y su mirada en proyección lejana, pero detenida, de cerca, por los paramentos de piedra que devolvían recia y armónicamente los rayos de la contemplación. Estaba rodeado de lo igual en lo bello: de lo igual estremecido por ciertas estaciones más nobles en el complejo pétreo, como son los arcos triunfales de los accesos y la fachada del Consistorio.

Y aquello no era una prisión: por eso no sentía la necesidad horizontal de evadirme. Pero tampoco sentía el ímpetu de evadirme, en ascenso, a un plano superior, por ejemplo, a otra plaza, a una plaza aérea, a una celestial Jerusalén. Mi beatitud era plena en un intemporal «allí», en un tiempo aquel «desespaciado». Estaba fuera de los horrores de la existencia y en el centro mismo de la vida.

Era día de feria, una de las famosas que unen y ligan en la actitud, en la expectación, en la vivencia a muchas generaciones, a los nacidos, a los difuntos, a los por nacer. Es decir, a las generaciones que asisten (es decir, que «son») al complejo urbano, campesino y gentil de la feria: a la irrupción del presente que se ceta para develarse, para «repetirse» para ser siempre. Tal es el sentido de la palabra «solemnidad». «Solemne» es lo que vuelve todos los años, como el sol es solemne e indefectible siempre. Repetición del tiempo en que se cifra la misma grandeza de la repetición en el movimiento y en el espacio: así las olas en la playa y las columnas en el templo.

Pero lo que interviene, sobre todo, en el evento «solemne», propiciando el fondo y aun la ligación misma de los elementos complejivos de la feria y la plaza, es la atmósfera y el tempero del mes de septiembre.

Era, pues, en la gran plaza del gran septiembre donde yo me encontraba sumido en una arrebatadora contemplación.

Repito y prosigo: embobado, con la boca literalmente «abierta», «envalído», como dice el rústico, encontrábame yo a la sazón en que, con pisadas mizas o gatunas, en silencio, sin que yo me catase, se me acercó un desconocido, un maldito y bendito hombre, que me sacó bruscamente de mis casillas y aun de mis arrabales anímicos.

Yo no sé decir exactamente cómo era. Creo recordar que era corpulento, acaso más viejo que maduro, y más bien urbano sin dejar de ser rústico. ¿Un echacuervos, un caballero de industria o de la mohatra? No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que mi actitud en día de feria era típicamente seductora y casi imperativa para ejercitar las artes de la superchería.

Pero casi me arrepiento de lo dicho respecto al sujeto que interrumpió y desvaneció el trance de la contemplación, porque de hecho y de ocasión no fué sino simplemente un desconocido que, tal vez, «ejercitaba un derecho comunal sobre una situación excepcional como la mía».

Y la manera como ejecutó la interrupción (brusca y efectiva como por el manejo de un interruptor mecánico), si no fundada en un tópico de discreto propio de marchante, fué, a mi parecer, harfo original.

—¿Le gusta la plaza?—me dijo—. ¡Se la vendió! Y en la penumbra en que se sale de todo trance, pero ya con cierta lucidez, a la desafortada, pero muy festiva oferta de compraventa, le respondí:

—Imposible: toda la plaza es mía.

Todo esto lo ha contado en un artículo periodístico, con garbo, estilo y meditación, mi amigo Emilio Salcedo a quien he de referir el donoso decir y el insólito evento poco después de acontecido.

No me arrepiento de mi respuesta. La contemplación es un acto posesorio; el que contempla hace presa en lo contemplado. Pero el acto posesorio es doble y recíproco, porque lo contemplado hace presa tam-

bien en el contemplador.

Lo que del agente contemplado hace presa en el que contempla es la expresividad que juega allende de todo discurso. Si el signo orientador siempre lo es de otro, y es camino para iniciar —sólo para iniciar— un proceso discursivo y un entañamiento integral, la expresividad es signo de sí misma.

Yo contemplaba lo que «era» y «estaba», sin pretender evadirme, sin pretender transitar a lo otro, ni a lo mejor o más bello. Mi situación era intramundana.

Contemplaba la armonía de las limas de piedra, la faz soberana, el reclamo de la femineidad de:borcante y mi sensación era de plena felicidad. «¡Cuán hermosa eres, hija de Reyes!», balbuceaba mi verbo interior.

El añil del cielo, no empañado por ninguna veldija de humedad, ni por ningún incendio ofuscante del sol, sino continuo, denso, etéreo, se dejaba encuadrar por la flordelisada crestería. Los arcos triunfales se abrían a las antiguas calzadas en una mágica escenografía, en que hacía su aparición, como fondo, el mismo azul de la bóveda del firmamento. Los porches regulaban el interior y el exterior de la plaza, y su esbeltez detenía toda la atención extática, ajena al bullicio procesionario de la masa humana. Todo era para mí claridad y silencio. El cielo, ahora intemporal, decía «mediodía», un mediodía eterno sobre las cosas vulgares y sobre los hombres. Y «contemplación» quería decir duración intemporal, es decir, eterna.

Contemplaba también mi propia felicidad. Y lo que la mente ponía, proyectando un rayo blanco en la dorada densidad de la dicha, era un egoísta «carpe felicitatem, carpe diem faustum».

Yo estaba en el centro de la plaza, es decir, de una construcción hermética, que estéticamente impide toda salida. Cuadrada y hermética la plaza, y por hermética, circular. No decimos «dar vueltas a la plaza», sino dar vueltas. Frente a esta sugestión circular, caben dos actitudes: la de negarse a la seducción extática y circular ociosamente por la periferia, sin esperanza y sin renovación; o la de negarse a la circulación cotidiana y procesionaria, y, sobre eso, secularmente interrumpido.

También en mi caso se trataba de un ocio; pero puesto en una figura de excepción, de privilegio. Y este privilegio fué lo que vino a interrumpir aquel maldito y bendito hombre, que supo sacarme de mi ensimismamiento estético, producido, en parte, de mi educación burguesa.

Estaba en su derecho y más si era un hombre ajeno a la plaza, un forastero, un feriante, a quien su instalación esencial y personal le puso en los labios una palabra que, aunque fuera un tópico estamental, fué pronunciada con el prestigio de lo inesperado y de lo insólito.

Este desconocido, este tercer hombre, que iba a la ciudad a hacer su negocio, el que fuere, pero no su ocio, no pertenecía a ninguno de los otros dos gremios del ocio, ni al de la periferia, en rodar incesante, ni al del centro, en quietud estática.

¿Cómo conjugar los dos ocios? Son, en efecto,



conjugables, y hasta indisolubles, el ocio del detentamiento colectivo y el de la contemplación señera. Sin el uno, no puede darse históricamente el otro.

¿Tenía yo derecho a recibir la gracia de la contemplación? Sí, porque luengos años de mi vida no había sido, al igual de todos, sino un «diletante» de la belleza de la plaza. La ausencia, la distancia que antes no tuviera, me convirtió en un aspirante a contemplador. Varios años de distancia y ausencia, me instalaron espacial y anímicamente en el centro funcional de la maravilla artística. El resultado ha tenido, pues, un proceso enteramente democrático, que me ha liberado de la arrogancia de tratar de provocar una situación y un estado de excepción como es el estado del trance en un plano superior.

Si aplicamos a la contemplación el consabido dicho de los místicos «fruitio sine labore cum fructu», hay que confesar que el fruto no pasa de la misma felicidad sentida y gozada, la cual, desde luego, no es fruto donable a los demás, es decir, que de mi perfección transitoria en la contemplación no se sigue la perfección ajena.

Esta felicidad anegadora, atendida al contemplador singular, ¿qué relación guarda con la libertad? Es desde luego alegría y felicidad de siervo, exenta en cuanto servil, de toda responsabilidad. La alegría del siervo es la más pura y más auténtica imaginable, porque el siervo no está fatigado por la preocupación y hasta por la obsesión de retribuir el beneficio ni corresponder con el bienhechor. En el caso de la servidumbre estética, los dos particioneros simplemente se poseen, en permuta y commutación de gozo y de amor. Es servidumbre no exenta de grandeza, porque más que singular es, como he dicho, recíproca y por decirlo así, conyugal. El acto posesorio, como tal, es, a pesar de la servidumbre, libre. Servidumbre, en el mundo predicativo de la objetividad, es impotencia, y la felicidad contemplativa es, al contrario, afirmación en el poder. El que pueda, pueda, y no todos son capaces de auparse a la cima de la situación. Si no son libres entre sí los particioneros, la nueva entidad de la unión es libre y poderosa. De la contemplación se sale más fuerte que se era antes de entrar en ella; y esta fortaleza la acusa la línea en que suena el rebato y la alarma perturbadora que impone la realidad temporal al poner coto a la evasión intemporal. Y es entonces cuando aparece la auténtica libertad. La catarsis que lleva a la libertad, no tiene preámbulos unitarios. Se logra en la tensión de contemplación estética y angustia cotidiana. Es entonces cuando el pensamiento, de vuelta de la intuición, gozoso de ella, es concebido como un obrar fecundo y libre. El pensamiento se corona en acción libre cuando realiza la tensión de los fondos del ser: esencia y existencia; y de los modos del ser: seguridad e inseguridad.

La expresividad estética no es, como se ha dicho, «un aire de un querer decir», sino un decir en silencio captado por la contemplación. Es un estado de seguridad. El contemplador se siente amparado por una femineidad, por el poder sumiso de la expresividad estética.

Pero el normal y radical estado del hombre es la inseguridad y el desamparo. Y el hombre es hombre y desamparado antes que contemplador. «Sollicitum est», dice Séneca en la última de sus epístolas, «quod potest esse securum»: solícito, es

decir, cargado de cuita y de cuidados, es aquello que tiene la posibilidad de ser seguro. Esta solitud es el estado—actual siempre—de inseguridad. Y en la misma epístola añade que el bien de Dios lo perfecciona su propia naturaleza divina; y el del hombre lo lleva a perfección la cuita. El hombre, en verdad, consume su humanidad en una perpetua cuita, quedando la seguridad relegada al orden de lo posible, que para los autores cristianos, admiradores de Séneca, había de ser el orden de la trascendencia.

La seguridad de la contemplación, si cabe hablar de seguridad transitoria, o, digamos mejor, la sensación de felicidad contemplativa, está siempre normal y necesariamente en trance de ser perturbada y disipada. La perturbación ejerce los derechos de la inseguridad anteriores a cualquier gozo puesto en la contemplación como seguridad y como dicha. La inseguridad constituye un modo existencial. La evasión, no puesta en la trascendencia, constituye un modo deficiente de seguridad.

La contemplación estética, antes de que llegue la inevitable y necesaria perturbación, como la felicidad de los locos amantes, está calificada, por la ausencia de la gratitud, y por la ausencia de fruto que no sea la misma felicidad. La gratitud y el fruto emergen más tarde en el claroscuro de seguridad e inseguridad, producido por la tensión perturbadora: allí, interviniendo la fatiga y el arte, a vueltas con el sosiego de la beatitud anterior, es donde se logra el fruto de la obra de arte, de la obra filosófica, de la obra viva del rito y de la ceremonia religiosa.

En este claroscuro, puesto más allá del tránsito de la penumbra, es donde el contemplador descubre una dimensión sobrenatural que le mantuvo en el momento feliz; allí descubre, en reverencia, a amparadora femineidad. La diosa desciende del emporio para alumbrar la tensión de seguridad e inseguridad y para alentar al esforzado que lucha. Por las líneas anteriores se habrá visto que para mí la expresividad de la creación es de signo femenino; ahora añado que el poder auxiliante que la cobija y que a la par alumbró su desvanecimiento y la lucha subsiguiente, es femenino también. El hombre libre pelea ante la muralla y ante las almenas donde asiste la diosa amparadora de los que vencen y de los que caen. La obra de arte es presente de agradecido, fundado en contemplación, pero también en fatiga, objetividad y claridad.

Mi contemplación de la gran plaza, mientras no llegó el beneficio de la perturbación, era intramundana y desagrada, cifrada en el pasmo y en la presencia de la novia de piedra, dadora de una sobreabundante beatitud.

Fué la llegada de aquel maldito y bendito perturbador lo que me puso en el fiel de seguridad e inseguridad que, en buena lid debiera producir un fruto del espíritu; mas esto lo que en vano se pudiera esperar de mí.

Dados los supuestos reales de contemplación y descontemplación, la falta del fruto debido, en quien puede y debe hacerlo, constituye un delito. Pero si la falta de fruto se debe a esterilidad, constituye un pecado que cierra las puertas de la vida. Tal es mi caso, pues lo que del evento perdura más en mi memoria es su resolución puramente anecdótica. La anecdota cifrada en aquel desafortunado, muy festivo, y no muy decidido decir: «¿Qué, le gusta la plaza? ¡Se la vendo!».

## UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTTERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación sin molestias y sin dolor. Y lo que es más importante se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil.

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11.65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14.80 PESETAS

PÍDALO EN PERFUMERIAS

De no encontrarlo en su localidad, dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso



## UN PROBLEMA SANITARIO, ECONOMICO Y SOCIAL

# EL MUNDO Y SUS HABITANTES SE HACEN MUY VIEJOS



¿Llegará un momento  
en que nuestro planeta  
esté poblado, en su  
mayoría, por ancianos?

Entrevista con el doctor  
**PIEDROLA GIL**



La población de la tierra crece a marchas forzadas; pero al mismo tiempo, con igual ritmo, esa población envejece. Este es uno de los fenómenos típicos que, como auténtico problema, se ha presentado en lo que va de siglo, a todos los países.

En torno a este actualísimo tema—problema de precisa y rápida solución—ha publicado un interesante monografía el jefe de la Sección de Gerocultura y Geriátrica de nuestra Dirección General de Sanidad, doctor Piédrola Gil.

Profesor del Instituto de Higiene Militar y profesor asimismo de la Facultad de Medicina de Madrid, el doctor Piédrola Gil pertenece a una estudiosa y activa promoción universitaria, que casi se puede decir ha llegado a su plenitud, ocupando puestos destacados en el ejercicio de la profesión, en el profesorado y en las avanzadillas de las investigaciones.

El doctor Piédrola Gil ha visitado recientemente, como becario de la Organización Mundial de la Salud, Londres y París. Ha estudiado en estas capitales los Servicios de Gerocultura y Geriátrica y el bienestar del anciano. Con sus observaciones, tanto españolas como extranjeras, ha publicado dos documentados estudios.

La charla tiene como escenario su laboratorio y despacho particular. Hablamos primero, como tanteo inicial, del descenso de la natalidad—otro de los conocidos problemas actuales—, que fué neutralizado con exceso por la



El doctor Piédrola Gil recibe a nuestro redactor en su laboratorio

disminución general de mortalidad.

Es decir, en resumen, que si bien nacen menos niños, viven más tiempo y se conservan en mejores condiciones físicas y mentales los viejos.

El doctor Piédrola Gil muestra en sus maneras de expresarse su vocación de profesor—sencillez y claridad—y al mismo tiempo la naturalidad y poco aparato del auténtico hombre de ciencias, del investigador serio.

Tenemos, pues, que ha crecido

la población del mundo, pero sólo por uno de sus extremos. Se ha incrementado el número de las personas de edad superior a los sesenta y cinco años de edad.

Surge una pregunta, un mucho angustiosa y angustiada: ¿Llegará un tiempo en que nuestro planeta esté habitado, en su mayoría, por pueblos de ancianos?

—El envejecimiento de las poblaciones está empezando ya a ejercer una influencia notoria en la economía e industria mundial. Este equilibrio se podrá mantener en tanto no sea muy rotunda la diferencia de número entre el grupo de los que trabajan y producen y el grupo de los niños y pensionistas. Si en este segundo grupo es mayor la presencia de niños que la de ancianos, se puede mirar con cierto optimismo el futuro; pero si, por el contrario, la cosa no sucede así y hay una mayoría de viejos—caso de las poblaciones envejecidas—, el porvenir se presentará tan inquietante como sombrío.

Mientras el doctor Piédrola Gil atiende a las tareas de su laboratorio, nos imaginamos un mundo de población envejecida, compuesto de familias de ancianos, pavoroso mundo silencioso, pobre, de bajo nivel medio de vida, sin estímulo y sin trabajo.

Con cierto rigor sistemático nuestra charla se encauza por la vertiente científica.

—La protección a la vejez no es sólo un problema sanitario, sino que representa también un problema múltiple de tipo social, económico y psicológico.





«La protección a la vejez no es sólo un problema sanitario, sino que representa también un problema múltiple de tipo social, económico y psicológico.»

Para establecer una diferencia en nuestras preguntas y respuestas, el doctor Piédrola Gil nos señala la diferencia que existe entre el concepto de Geriatria y el de Gerocultura o Gerontocomia.

—La Gerocultura o Gerontocomia es el arte de cuidar a los viejos y a los que van a serlo para conseguir una buena vejez. Trata de proteger al hombre de los peligros y causas de las enfermedades que originan una vejez prematura y decrepita. No olvidemos que la vejez es una de las más importantes causas de pobreza de los pueblos, ya que impone al resto de la población cargas económicas, aumentando no sólo las pensiones originadas por la misma, sino las de viudez e invalidez.

—¿Cuándo, doctor, la Gerocultura ha de emprender su labor?

—De los cuarenta a los sesenta años de edad de las personas. En este periodo crítico previene o retarda las manifestaciones progresivas de los desórdenes de la senescencia.

Hay unos momentos de silencio. En tanto saboreamos una taza de café observamos al doctor Piédrola Gil. Es joven, de presencia simpática, frente despejada y mirada taladrante. Encaja bien en esta zona científica del laboratorio y se desenvuelve con seguridad y tacto entre estos delicados y precisos medios de investigación.

El doctor Piédrola Gil nos señala ahora cómo la creación de un organismo especial no sólo responde a la necesidad de cul-

dar a la numerosa población de ancianos que se está formando en estos últimos años, sino que también al acrecentamiento de la importancia de las enfermedades crónicas, ya que se ha prolongado la expectativa de vida, motivando la modificación proporcional de los grupos de edades que constituyen una población.

—¿En qué proporción, doctor, se puede establecer en el censo de España este aumento de personas de edad avanzada?

—Las cifras de los que han pasado de los cuarenta y cinco años de edad representan el 26 por 100 de la totalidad de los españoles, y si la natalidad no aumenta en buena proporción se puede estimar que para 1930 este grupo constituirá el 40 por 100 de la población, necesitando el solo el 80 por 100 de los servicios médicos. El envejecimiento de la población española es progresivo desde 1768, y fué más acusado durante los años 1949 y 1950.

—Estas cifras, en proporción a las de otros países, ¿son bajas?

—Desde luego. Hay otros países, como Francia, donde el envejecimiento de la población es algo realmente pavoroso. El porcentaje de la población francesa de sesenta y cinco años de edad en adelante es de 11,7 por 100.

—Como es natural, se deben dar poblaciones en extremos juveniles en este mundo que envejece. ¿Cuáles son ellas?

—Las de Turquía y Hawai.

—¿Qué causa principal, doctor, motiva este envejecimiento?

—La natalidad y mortalidad a

través de los años. Las estadísticas reseñan cómo en 1950, por ejemplo, nacen un 58,31 por 100 menos de niños que en 1900, y que si, a pesar de ello, la población ha aumentado, es por la disminución de la mortalidad y el aumento de la expectativa de vida en la vejez.

#### ENVEJECER NO ES ENFERMAR.—SE HA ALARGADO LA VIDA HUMANA

El doctor nos muestra una serie de expresivas estadísticas. Venimos por ellas cómo el término medio de la vida del hombre fué en la edad de bronce de dieciocho años de edad; en los comienzos de la Era Cristiana, de veintidós; en la Edad Media, de treinta y cinco, y en el año actual, de sesenta y cinco, pico de más o de menos.

—La lucha se plantea contra el evidente envejecimiento de la totalidad de la población de la tierra. Y es una lucha muy difícil. La natalidad, como observamos, ha disminuido respecto al año 1900 en un 50 por 100, y, como dice Pemán, «la mitad de la juventud actual está esperando poder casarse, es decir, esperando para lo que en el orden natural admite menos esperar, y, por otra parte, la longevidad, que antes era excepción, es hoy la regla. Como todas, la población española envejece progresivamente, y sólo se puede ganar la batalla procurando conseguir en ella una mejor salud en la madurez tardía y una sentilidad sana y fuerte, no achacosa porque envejecer no es enfermar.

Nos servimos una nueva taza de café. Por unos momentos el doctor Piédrola se consagra a la visión de su microscopio, un mundo reducido y temible de pequeños seres guerreros, en donde no se presentan problemas de envejecimiento.

—¿Con qué medios podemos reducir el avance de este mal?

—Con los dispensarios, piedra básica de la Gerocultura y Geriatria. En ellos se trata de la corrección y mejora de los procesos infecciosos, de las afecciones orgánicas incipientes etc., así como de la educación y corrección de los hábitos y géneros de vida, sueño, ejercicios, comida, etcétera. Se impide, en general, que el proceso de senescencia e involución tienda a manifiesta enfermedad orgánica.

Cualquiera hubiese hecho al doctor Piédrola esta pregunta:

—¿No existen actualmente asilos para ancianos?

La respuesta del doctor es precisa:

—Es lástima que con el orden, limpieza, cariño, etc., que en ellos existen, la asistencia médica, por otra parte, sea inadecuada. Todos ellos, verdad es, tienen médicos; pero, en general, sólo para una visita rutinaria y sin medios de exploración adecuados, faltando la especialización deseada para mejorar muchos de los múltiples cronicismos que padecen sus residentes. Y no es por culpa, ni mucho menos, de los que rigen dichos establecimientos, que tienen el mérito de sostener unos 11.000 ancianos sin más ingresos que la caridad



pública. Es que, a nuestro juicio, se debe legislar de modo que se beneficien al máximo de los avances de la ciencia sus residentes.

El doctor Piédrola nos muestra algunas fotografías. En ellas se reflejan los aspectos de unas residencias modelo. Son fotografías tomadas en el «Hogar de la Ancianidad» de Tarrasa, y en la Residencia de Ancianos de Carabanchel.

Las propias palabras del doctor pueden ser los «pies periodísticos» de estas fotos.

—El Hogar de la Ancianidad de Tarrasa es una obra benéfico-social desarrollada por la Casa de Ahorros de Tarrasa y está destinada a recoger y sostener en los últimos años de su vida a aquellos ancianos de ambos sexos o a matrimonios carentes de asistencia material y familiar dándoles aquel calor de hogar a que son acreedores después de una larga vida de esfuerzos y la laboriosidad. Y otra moderna institución es la Residencia de Ancianos de Carabanchel, dependiente de la Dirección General de Beneficencia. Se ha procurado que desaparezca la idea de limosna y de asilo, y en la que es de admirar la disciplina y el orden, a pesar de que alberga unas 240 mujeres y 280 hombres, además de un pabellón o sección especial con 45 habitaciones para matrimonios ancianos y desvalidos para que los que durante su vida disfrutaron de paz matrimonial, al llegar al trance de vejez no tengan que separarse.

—¿Qué problemas se presentan en las residencias de ancianos?

—Se pueden clasificar en tres grupos: de ingeniería sanitaria, de higiene de la alimentación y personal y de asistencia médica, higiene mental y recuperación.

#### ANCIANOS PARADOS EN BUSCA DE TRABAJO.—FRANCIA. PUEBLO DE VIEJOS.—INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS TAMBIÉN ENVEJECEN

Ahora tocamos un extremo periodístico casi sensacionalista:

—En el futuro, dado el descenso de la población juvenil y que trabaja y el aumento del número de ancianos, ¿será el mundo futuro como enorme asilo?

El humor andaluz del doctor Piédrola —es granadino— suaviza la posibilidad de un mundo envejecido.

—De ser posible, este mundo necesitaría menos industrias de leche preparada, menos puericultores y pediatras, no muchas escuelas y pocos maestros, casi ninguna fábrica de juguetes, pocos coches de niños... y, en cambio, sería un mundo en donde se multiplicarían los carritos de ancianos, los cines y el gasto de tabaco, y habría numerosas residencias y Clubs de viejos más reuma, más tos, más geriátras y muchos especialistas en cáncer... Después, más en serio, continúa:

—El mejor tratamiento de todas las enfermedades, en general, hacen llegar a los sesenta y

sesenta y cinco años de edad en excelentes condiciones físicas y mentales, y resulta que la mayor parte de los que llegan al retiro no quieren hacerlo, y así, por ejemplo, en Inglaterra el 46 por 100 de las personas de sesenta y cinco y setenta años siguen trabajando, y el 29 por 100 de las de setenta a setenta y cuatro también continúan su labor; pero, en lo que se refiere a obreros, porque los funcionarios se ven, por el mismo Estado que les tiene que pagar, retirados, creando nuevos problemas sociales y psíquicos.

Sobre este hecho nos habla con detalle el doctor Piédrola. Constituye, según se deduce de sus palabras, un grave problema. Sabemos, pues, que un tercio de los hombres retirados y un quinto de las mujeres desean seguir trabajando. Sabemos también que unas de las preocupaciones actuales es en todos los países la de buscar empleo a los ancianos.

—Pues bien, si cuatro personas en actividad trabajan, además de para sí para otros cuatro—dos niños y dos viejos—, al sobrevenir este rápido envejecimiento de la población resultará que sólo son dos los que tienen que trabajar para seis—dos niños y cuatro ancianos—, dando lugar a un desequilibrio que puede aliviarse en parte si por lo menos uno de aquellos ancianos trabaja, con lo que ya son tres para soportar de tres viejos y dos niños.

Pero este problema tiene así mismo otro aspecto. Es el que nos señala el doctor Piédrola: la preocupación muy actual de «mantener a los ancianos en sus hogares el mayor tiempo posible» antes de ser enviados a clínicas o residencias:

—Hay que tener en cuenta que el gasto de un anciano en su casa, con la familia, es aproximadamente la mitad que en una residencia y la cuarta parte que en la clínica geriátrica.

Este problema, como se puede observar, tiene una envergadura tal que no se circunscribe a la actuación de un servicio ni de un Ministerio, sino que constituye una obra auténticamente nacional.

Para que nos demos una idea de la clase de problema que se presenta al envejecer la población, el doctor Piédrola Gil nos pone el ejemplo de un pueblo tipo como es el de Francia:

—Es algo impresionante. El número de nacimientos franceses bajó de un millón veintidós mil en 1875 a seiscientos doce mil en 1938. Por otra parte el número de francesas que actualmente viven y que han sufrido intencionadamente un aborto pasa de los tres millones, y el Departamento del Sena de 90.154 nacimientos, el 16,45 por 100 o sea 14.837, son ilegítimos, nos daremos cuenta del tremendo problema demográfico y social de este país.

El doctor Piédrola nos exhibe un nuevo gráfico, instantánea de la población en continuo y cre-

ciente envejecimiento de Francia. Con angustiosa claridad se perfila en el gráfico cómo si se aplica a la población francesa la división de edades, se nota que cinco personas activas, mantienen con su trabajo a 2,65 jóvenes o inmaduros y a 1,65 senescentes. O sea que la población francesa reúne una cifra baja de natalidad, una escasez de población entre treinta y seis y cuarenta y un años—edad en la que el hombre es más productivo—y gran porción de ancianos.

—Ello explica que Francia tenga que recurrir ansiosamente a la mano de obra extranjera.

También Inglaterra puede servir de ejemplo. El caso fué estudiado directamente por el doctor Piédrola Gil en una próxima y pasada visita. En Inglaterra sabemos ya que la población desde 1870 creció hasta ahora el 85 por 100; pero en una proporción enorme se cuenta el número de personas mayores de sesenta y cinco años de edad.

Por eso el envejecimiento de la población inglesa es también un hecho manifiesto y en ella se distribuyen copiosamente grupos de inactivos.

—Si en 1900 había dos millones cuatrocientas mil personas mayores de sesenta años en 1946 ascendió a seis millones seiscientos mil. Así, en 1901 doce activos mantienen a seis inmaduros y un senescente, y en 1946 doce activos soportan a cuatro inmaduros y a dos y medio senescentes. Y se calcula que en 1969 doce activos tendrán que soportar a tres y medio de niños y a tres y medio de viejos.

También son numerosos los pensionistas en Inglaterra. Más de los que ellos quisieran. Tanto que en actualidad son pensionistas en los cuarenta y cuatro millones de ingleses seis millones novecientos mil, costándole a la nación 334 millones de libras esterlinas.

—Y se calcula que en el 1956 habrá un millón más y esa cifra será abrumadora. Es decir que la



«No olvidemos que la vejez es una de las causas de pobreza de los pueblos», dice el doctor Piédrola



población que trabaja bajará en un seis por ciento, mientras que la de cincuenta a sesenta años aumentará en un veinte por ciento.

Nos extraña, pero es así, que una población como la de los Estados Unidos vaya envejeciendo progresivamente. Nosotros en verdad, pensábamos que en este pueblo joven y ambicioso no se daba este grave problema actual. Pero el doctor Piédrola nos ha sacado de dudas. La población norteamericana envejece...

—La población total de este país desde 1939 a 1940 creció en un siete por ciento, y en ella, la formada por personas de sesenta y cinco y más años de edad lo hizo a un ritmo de un treinta y cinco por ciento.

Disminuye de una forma manifiesta en Estados Unidos la natalidad y aumentan los ancianos. Hacemos una pausa, impresionados ante las perspectivas de la población del mundo. Los grandes problemas sanitarios, es cierto, quedaron resueltos. No son tales los procesos infecciosos, como la peste, cólera tífus exantemático, etc... Pero el porvenir de una población que envejece no es, ni mucho menos, risueño. El mundo y sus habitantes se hacen muy viejos. El curso de la vida tiene que variar... Está ya variando a causa del envejecimiento. Es necesario evitar que la tierra termine por ser, primero, un enorme asilo, y después, como un desierto abandonado de los últimos pobladores.

Antonio COVALEDA



El hombre de sesenta y cinco años actualmente no puede considerarse viejo. El mejor tratamiento de todas las enfermedades, en general, prolonga la vida

Los lectores de EL ESPAÑOL están bien enterados de los libros de éxito en el mundo

## EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

UNA SECCION DE NUESTRO SEMANARIO QUE SIGUE AL DIA EL MOVIMIENTO EDITORIAL EN TODOS LOS PAISES

### ULTIMOS TITULOS RECOGIDOS:

- El variable mercado americano, por los redactores de «Fortune». Publicado por Hanover House Garden City, N. Y.
- Los comunistas no han vencido, por Luigi Barzini. Publicado por Arnoldo Mondadori, Editor, de Roma.
- La realidad supera a la ficción, por Albert Aycard y Jacqueline Franck. Publicado por Gallimard, de París.
- El Club Carlton, por Charles Petrie. Publicado por Eyre & Spottiswoode, de Londres.
- Cruzada en Asia, por Carlos F. Romulo. Publicado por The John Day Company, de Nueva York.
- Berlín 1955, por Ewan Butler. Publicado por Sidgwick and Jackson, de Londres.
- La tercera revolución, por Karl Stern. Publicado por Editions du Seuil, de París.
- La red del espionaje soviético, por E. H. Cookridge. Publicado por Frederick Muller, Ltd., de Londres.
- Ejércitos y armas atómicas, por F. O. Mische. Publicado por Faber and Faber, Ltd., de Londres.
- Imperialismo soviético, por G. A. Tokaev. Publicado por Gerald Duckworth & Co., Ltd., de Londres.
- La crisis religiosa de los tiempos nuevos, por el R. P. A. Desqueyrat, S. J. Publicado por Spes, de París.
- ¿Se puede comunicar con los muertos?, por el R. P. Reginald-Omez, O. P. Publicado por Librairie Arthème Fayard, de París.
- Portugal en la política de Palmerston, por F. P. de Almeida Langhans. Publicado por Companhia Nacional Editora, de Lisboa.





# POESIA DE RELIGIOSOS

Por José GARCIA NIETO

HACEN número ya, y bueno será dar noticia de ello. La Poesía en España empieza a contar con un grupo importante de escritores religiosos que forman en la vanguardia del género. Acaso todavía sin definitivas maestrías, sin campanadas de rebato; pero ahí están. Cumpliendo un segundo y maravilloso sacerdocio, operando para una distinta forma de salvación, quién sabe si coincidente al fin con la última y verdadera. La singularidad del fenómeno, su indudable entidad, puede movernos ahora a decir, sin reservas, algunas cosas a su alrededor.

«Poesía es oración», se ha dicho. Y como rezando unas veces, y como dejándose caer de las manos otras, la mejor poesía española de un tiempo, quizá la mejor poesía española de todos los tiempos, había sido escrita por religiosos. San Juan de la Cruz, Santa Teresa y Fray Luis, en las más altas y trascendidas cimas; Lope, en la más humana y emocionante religiosidad; Calderón y Góngora, en la terminante perfección. Puente maravilloso de los hombres hacia Dios que el religioso militante, dueño de poderes y sabidurías de singular acercamiento, puede tender de manera excepcional.

Pero se había perdido la enorme tradición, y la verdad es que los tiempos áureos fueron seguidos de otros en los que el instrumento había pasado a manos de endeble disposiciones que producían acomodadas florecillas de sacristía, sin más importancia que la que pueda tener el noble empleo de la buena voluntad. Clérigos poetas creían mantener el fuego atizando insignificantes llamitas que no prendían sino sobre lo incendiado, que no hacían sino disolver en el sonsonete de unos malos versos el ejemplo bíblico repetido o la jaculatoria de estampita. Y es verdad que la cuerda tenía lo más flojo donde más entera debiera ser su fortaleza, porque la voz que tocara tan excelsos temas tendría que volar tan alto, «que le diera a la caza al cance», como el santo poeta decía, y no conformarse con rimar pobremente preces de catequesis infantil.

Hay que exigir más al que elige estas zonas, porque los temas ya en sí tienen tal poder de sugerencia y evocación, caen sobre tan aérea y poética —propriamente poética— ciencia, que no se puede perdonar la que no lleve una andadura capaz. Paul Valéry, refiriéndose un día al caso de su tocayo Claudel como poeta, llegó a decir: «¡Ah, si yo tuviera la Eucaristía!». La observación es patética y tiene un ámbito ejemplar.

Pero llegamos a unos días en los que, como nunca, el hombre se siente angustiado en la encrucijada de su vida y su trascender; en que, como nunca, el dolor, la soledad y la inquietud, le hacen mirar al cielo, y preguntarse y preguntar. Y entre todos los hombres, ese desvelado inquisidor de sí mismo y de su alrededor que es el poeta, se ve impelido a lanzar su primera piedra al cielo, que ya no es aquella con que apedreaba a la luna, en un gratuito pasatiempo, sino que tiene cósmica trayectoria e importancia de moneda que, tirada al azar, ha de volver a la tierra con la «cara» reveladora. Pero para este diálogo hay que contar con tantas y tantas cosas contestadas, con tantas y tantas respuestas de que el católico dispone a través de textos, y revelaciones, y dogmas, que con este caudal de seguridades, el camino se allana y el resultado se enriquece. Y el poeta seglar oficiaba muchas veces sin la preparación suficiente en un delicado menester donde la más sutil declinación podía ser grave para él mismo, y serlo mucho más para el lector.

Por eso ha de ser anunciada con luces de triunfo la llegada de estas huestes de eclesiásticos, que, con absoluto conocimiento de la materia que manejan—lo que no quitará temblor ni novedad a su mensaje—arriben a la poesía y formen como adelantados en el eterno descubrimiento de la palabra «esencial», que ahora lo será doblemente, por

que tierra y cielo pueden tocarse en la «oración» total del poema religioso conseguido.

No somos nunca partidarios de dar nombres. Menos ahora, cuando los señalados no necesitarían de ninguna vanidad al margen de su profunda y musitada labor. Y a las unidades, ya seguras en la calidad, han seguido los grupos, firmes en la intención. Y así, extienden su «sermón»—sí; otra manera efficacísima de «siembra»—a través de unas publicaciones que están a la cabeza entre las de su género. La «Elica» carmelitana, desde Burgos, o la «Estria» de los seminaristas del Colegio Español de Roma, pueden servir de ejemplo. Una docena de libros de primerísima bondad subrayarían nuestro testimonio.

Conforta ver cómo, a mayor gloria y servicio de Dios, llega la más selecta y adelantada palabra poética. Y es de destacar cómo la Poesía—ahora, mejor que nunca, con mayúscula—se ha anotado en su haber otra nueva forma de primicias. Esa disociación que en otros campos del arte existe hoy entre lo que «sirve» y lo que «subvierte», en su acomodación a lo religioso, no se dará en el lenguaje lírico. El poeta verdadero es, vuelve a ser, el que mejor le habla a Dios: el que le dice, le proclama, le pregunta y le ensalza con la hermosura de la palabra recién creada. Y el oficiante religioso, por derecho propio, tiene que dar gozosamente a los hombres esta música, que, según el verso de Fray Luis, podríamos decir «de todas la primera», una de las únicas que puede salvarnos de «aqueste bajo y vil sentido».

Vd. se moja  
porque quiere...



use una

**Friples**

La trinchera de mayor protección contra la lluvia y el frío.

Confeccionada con gabardina de puro algodón egipcio JUMEL.

Colores super sólidos indanthreno, inalterables a la luz solar, al sudor, al lavado y al roce.



GARANTIA DE ALTA COSTURA



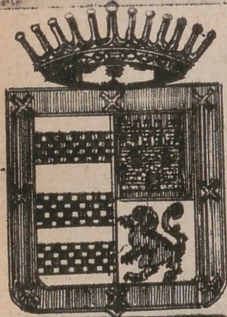
**AQUI ESTA LA ISLA DE FUERTEVENTURA**, como una langosta. Parece como si sus nombres de letra menuda fueran barbas tentaculares, y el puntuado que señala los fondos, el hilllo de baba del sifón de Jandia. Tan bello crustáceo pardusco tiene puntos y granos que pretenden ser montañas, pero que en verdad tienen poco relieve. Es una isla como deben ser las islas honradas: aislada.

Le da solemnidad el llevar sobre sus lomos un letrero, como marca de propiedad, esta langosta-isla: Santa María de Betancuría. Esto representa rango, sobre todo si se tiene debajo la vega del río Palma y a la derecha Antigua.

Una cosa curiosa: los que hicieron este mapa el siglo pasado aun consideraban que valía la pena mantener sorprendente mente la distancia entre Majorata y Jandia. Había que recordar en aquella parte de isla sobre la que nada pintaban, que dejaban sencillamente en blanco, el mito de «la pared», la muralla «china» que defendió a un reino de otro, las piedras que nos emparentan con Orcomenos y el Atica, y pusieron a la bahía que se forma al sur del istmo bahía de la Pared.



**Fuerteventura, isla de las Canarias, la más extensa y en la que más escasas el agua. Tiene 1.722 kilómetros cuadrados y 12.000 habitantes.**  
Es tan grande como la provincia de Guipúzcoa. Es de contornos regulares y la más acidentada del archipiélago.



**Escudo del Cabildo Insular de Fuerteventura. Las armas de los Saavedra y las del Reino de Castilla**

**AL** visitar la isla de Fuerteventura quedé sorprendido por un país que la imaginación puede animar muy bien con el más nutrido ejército de los fantasmas.

No ha sido posible saber cómo surgió el nombre de Fuerteventura, o como antes se escribía, el de Fuerte Ventura. O Forte Ventura; porque no hay que olvidar los primeros mapas de Canarias, con la cruz de Génova sobre la vecina Lanzarote, que nos inclinan hacia el origen itálico de ambos nombres, de los de dos islas tan cercanas, que siguieron en el curso de la historia siempre la misma suerte, la conquista normanda, las ambiciones portuguesas, las «razias» de los piratas bereberes y las disputas señoriales

y, por último, la desecación progresiva.

Pero el nombre autóctono aun subsiste. Los «majoreros», habitantes de Fuerteventura se siguen llamando majoreros de Majorata, el Reino mayor de la isla, que la abarcaba toda, excepto la península de Jandia, separada de ella por una pared, una especie de muro que demuestra la hostilidad que los primitivos debieron tenerse entre sí, imitación de esas murallas que también construyeron los neolíticos de Europa y sus sucesores en España, en las Galias, Germania e Inglaterra. Todavía subsiste parte de la muralla; pero lo que es más importante: subsiste el espíritu.

El nombre de Majorata y de majoreros tiene su correspondencia con los de otras islas. No es un caso único en Canarias. Todo el que ha estado en ellas sabe que a los campesinos de Tenerife siempre se les ha llamado «magos» y que, por extensión, este nombre ha pasado a otras islas. No se trata de los Magos de Oriente, sino de los hombres de los altos laderos del interior de las islas que conservan mejor su tradición autóctona.



**Una típica iglesia del centro de Fuerteventura**

# UN CA FUERTE

LA IMAGINACION PUEDE  
DE ESTA ISLA DAR  
EJERCITIO

PARAISO DE LA  
MARAVILLOSA

UNA CAPITAL QUE  
RE CAMBIAR DE

Pero la importancia decisiva en Fuerteventura se de alguna forma, tiene decisiva en Fuerteventura. Un muno dijo de Fuerteventura era la isla de la ciudad Antigua, capital de un Municipio, no tenía un guo; que en La Oliva de los antiguos coronados ventura, no había en Pájara no había en Puerto Cabras, la tual, residencia de su poco exagerado, por tiene Fuerteventura magníficas cabras, que recen en nada de las zas conocidas.

Sin embargo, los se hallan contentos nombre de su capital razón. A los nombres la historia majorera, po de los conquistados tuvo su capital en ría de Betancuría, señoriales, en La Oliva roneles, se une hoy el nombre de Puerto quieren transformar los en el de Puerto de Puerto de Nuestra Señario, del todo justicia antigua advocación

**EL POLVO ROJOS  
GUE AL**

La extraña impreduce esta isla semicoge uno nada más ródromo de Puerto único aeródromo que ne paso a nivel en grandes llanadas. En carretera lo atraves es todavía un simple tierra sin pistas de se, pero el parador anima la primera viala. Sólo que cuando arranca de nuevo



# CAMELLO DORMIDO:

## REVENTURA

ON PUE ANIMAR MUY BIEN EL PAISAJE  
A CABRIA CON EL MAS NUTRIDO  
CITE LOS FANTASMAS

DE LA CAZA Y LA PESCA

## LOS PAISAJES EN LA CASTILLA NOVISIMA DEL OCEANO



AL QUIE-  
R DE  
EMBRE  
ancia  
amar-  
na, la  
sler-  
tiene  
rueba  
tevent  
Una-  
erteva  
que  
despa  
que  
de Ma  
tenso  
enia p  
anti-  
Olive  
encia  
ronel-  
que  
abia  
ni  
s, la  
al ac-  
le su  
In-  
sas. E  
ya un  
por  
tura  
s, que  
es ra-

ta, en Lanzarote, es necesario cerrar las puertas por la enorme nube de polvo rojo que levantan sus hélices.

Alrededor se extiende el paisaje solitario y desértico; algún camello con su camellero; en mitad del camino, una casa con el nombre de «villa»; unos depósitos de agua, y después, Puerto Cabras, con sus vías empedradas, el brillo del mar, un barco de guerra en el muelle en construcción y una animación familiar de zona portuaria indudable, con sus montones de piedra, de cal, sus «tascas», sus pocas agencias y un grato refugio llamado pomposamente hotel Fuerteventura, pero que está por debajo del nivel del turismo que se podría atraer a esta isla encantada.

Mirando hacia el mar, a la derecha se extiende un barrio de casas de una sola planta, típicas de Canarias, con las tres puertas-ventanas y azotea; pero entre ellas destacan edificios de dos o tres pisos cuadrangulares como cajones, de seis ventanas por cada costado, o por lo menos de cuatro o cinco, con un sencillo dibujo en el dintel, completamente encajadas de blanco reluciente, pero las cuatro esquinas jaqueadas de piedra del país. En cambio, a la izquierda se levanta la población militar, un gran cuartel; las residencias de oficiales y sargentos, y terrazas y pistas que dan sobre el mar. En el centro está el barrio oficial, con el edificio moderno y desgarrado construido para Delegación del Gobierno; el que todavía ocupa el Cabildo Insular, el Ayuntamiento en una casa terrera, la oficina de la Iberia, la farmacia, el Registro, el Juzgado y la Iglesia del Rosario, los depósitos del agua y el parque—plazas sin casi vegetación—. Las calles empedradas y la que pudiera ser avenida marina, una carretera costanera alquitranada.



Una playa de Fuerteventura. Arriba: El puerto de Cabras.

### EL PUERTO DE LAS CABRAS

«¿Qué quieres que te traiga de Lanzarote?» «Una cabra peluda con su bigote.» Pero ahora, donde abundan las cabras, unas magníficas cabras, es en la isla cuya capital es Puerto Cabras: en Fuerteventura. Cerca del barranco de Río Cabras está Puerto Cabras. Jorge Glass le daba en el siglo XVIII todavía muy poca importancia. Estos barcos de vela, que ocupan el muelle, pueden tanto dedicarse a la pesca como al cabotaje entre los numerosos puertos, calas y caletas de Fuerteventura y Lanzarote y las islas menores, y aun Gran Canaria y la costa y está otras veces ocupado por el «acorrellon», o por un yate, o por un barco de guerra. Está tomado desde el punto de vista del muelle pequeño, semiderruido, construido en

otro tiempo como doscientos metros al sur del actual. Por estos arrecifes sacan a la calle los pescadores majorereros diestros en la nasa las cestas de pescado repletas de seres marinos. Un día vi un pulpo gigantesco, cuya cabeza tenía sus cincuenta centímetros bien medidos. Los bloques que se ven detrás de los barcos están destinados a la construcción del muelle, que se prolonga en martillo, siguiendo paralelo a la costa en dirección Norte.

Circulan soldados y trabajadores del muelle, gentes que salen al anochecer al fresco de la brisa marina o a agruparse en torno a las pocas luces de aquellos contornos animados, donde se concentra la vida del puerto en las primeras horas de la noche. Ha cesado por completo el ruido del motor eléctrico que da energía a los trabajos portuarios, que es



el único ruido mecánico de Puerto Cabras, pues hasta los carretones llevan llantas de goma para saltar menos sobre estas calles mal empedradas.

El presidente del Cabildo Insular, don Roque Calero, considera como obra más urgente la terminación del muelle de Puerto Cabras, obra a la que es preciso imprimir un ritmo seguro de eficiencias. Es preciso que la capital de la isla de Fuerteventura cuente con un puerto de refugio suficiente a sus necesidades presentes y futuras, un puerto mejorado que haga posible aprovechar en todas sus posibilidades la proximidad de Puerto Cabras al gran banco pesquero de la costa africana.

—La ampliación del puerto de nuestra capital insular—nos dice—podría acompañarse con el restablecimiento de la escala de los barcos que quincenalmente venían del norte de la Península. También en Puerto Cabras se podría establecer alguna industria pesquera coordinada con las grandes posibilidades del banco africano. El puerto, ampliado, resolvería también el problema urbanístico de la ciudad de Puerto Cabras, ya que entonces podría construirse a lo largo de la costa, que resultaría así protegida.

**POR CASTILLA LA NOVÍSIMA**

Así como existen Castilla la Vieja y Castilla la Nueva, y en América Nueva Castilla, Fuerteventura, este camello dormido, este gran espacio vacío, pudiera ser, con sus grandes llanadas rojas del centro, con sus molinos y largos hontanares, sus norias y sus tierros de pan llevar, la Castilla Novísima del Océano. Para ver Fuerteventura es necesario recorrer varias veces la carretera o camino empedrado—pues el alquitrán casi ha desaparecido—que atraviesa de Norte a Sur este paisaje castellano. Sobre todo el trayecto central de Casillas del Angel a Agua de Bueyes, cuyo centro es la Antigua—tiene este típico carácter, al que se une por lo general un sabor de abandono y desesperación, de país de regreso, donde las grandes casas arruinadas, en medio de campos desérticos, y los bancales en alturas, donde ya no queda tierra vegetal, nos hablan de otros días

más prósperos y sonrientes para estas gentes que van tapadas, sobre todo las mujeres, protegidas con sus sombreros de paja, con sus grandes refajos, con sus medias tupidas y rostro casi oculto, a la moruna, y las manos con guantes primitivos o mitones, defendiéndose como pueden de los soles, de los vientos que horadan montañas con el ariete de las arenas y el polvo, más destructores que las diferencias de temperaturas y los hielos de otros climas.

Pues bien, en el punto medio entre nuestro Sahara y nuestra Castilla, o mejor dicho, nuestra Mancha de Don Quijote, se encuentra el paisaje de Fuerteventura, con su tierra roja y llana, y con su horizonte de molinos de viento paleando el aire. Esta realidad humana del viejo artefacto corresponde a un país de grandes extensiones cerealícolas y, por lo tanto, de población diseminada, escasa, formando pequeños grupos en el centro de extensos cultivos, que en otro tiempo conocieron gran prosperidad. Desde Puerto Cabras a Gran Tarajal existen molinos de viento, testigos de que las lluvias fueron en otro tiempo más importantes que hoy. Las «cadenitas» insignificantes, que casi llegan hasta la cumbre, no muestran señales de haber sido cultivadas recientemente. En otro tiempo las construyeron los naturales del país para impedir que las lluvias terminasen por arrastrar las pocas tierras cultivables que guardan.

Pero el significado geográfico de los molinos de viento subsiste. Los molinos de viento abandonados son el signo seguro de la desaparición de esta primitiva economía agrícola mayorera, pero aun permanecen los suficientes para que percibamos lo antiguo con toda su robustez. Aun los chicos saben todas las partes de que se compone el viejo artefacto hasta el punto de que hemos interrogado a uno al margen de nuestro andar y nos ha contestado sin vacilar.

El molino estaba andando, en la Breña, cerca de Antigua. Tenía sus velas totalmente desplegadas sobre los «paños de dormir» de madera, el eje bajo el capacete y por la parte opuesta, el rabo, como un largo arado que sirve para colocar las aspas en la dirección de donde venga el viento. La rueda movía dentro el husillo y el husillo, la piedra, dejando que la tolva llevase la molienda. Pocos molinos hemos visto andando. Casi todos están recogidos en esta época del año, con sus velas sobre los paños de dormir, en las aspas quietas, pero entre este dormir simbólico de la Fuerteventura legendaria, y el activo movimiento constante de los molinos metálicos que sacan agua, barbotante y fresca, sobre los pequeños estanques, está toda la realidad de lo que muere y resurge, las dos ramas descendente y ascendente del paisaje geográfico de la isla, de este Campo de Cripтана trasladado al océano.

Se hace difícil resumir los contrastes de la tierra, lo que nos van sorprendiendo a lo largo del camino. En la Ampuyenta hemos visto el hospital construido por la fortuna de un médico, Mena, que era natural de este pueblo. Queriéndole hacer a su terruño un favor supremo, el dificio ha permanecido sin utilidad años y años, porque aquí nadie se enferma y la densidad de población es tan poca que no se necesita una institución de esta clase. Hoy está dedicado a escuelas que tampoco tienen muchos alumnos.

Fuerteventura es lo mismo país de ilusiones para el futuro que país de ruinas. Produce una sensación desolada sus casas sin techo, sus muros defondados, las piedras abandonadas entre Antigua y Agua de Bueyes, donde la población se ha trasladado más al Sur, al extremo de Fuerteventura donde florece el cultivo del tomate y la industria de exportación de esta huerta ha progresado en los últimos tiempos. Las gentes se han marchado llevándose los maderos de las casas y por ello se derrumban los techos.

Viajo con un profesor austriaco, el doctor Sepp Matznetter, de la Universidad de Viena, secretario general de la Sociedad Geográfica de Austria y me dice que el mismo fenómeno humano lo ha percibido en los Alpes de su país; las gentes han bajado al llano dejando arruinadas sus casas de las alturas. Aquí han bajado de los llanos más altos a la costa Sur que permanece casi vacía, hace ocho años.

Es precisamente Agua de Bueyes el límite en que comienza el agua de regadío, de agua de pozos, algún ensayo de enarenado. En algún rincón parece que va a aparecer la medianía de Gran Canaria. Tal es el contraste con las ruinas que también vemos en Tuineje, donde sin embargo ya alterna todo lo castellano con más numerosos pozos, con muchos molinos americanos, metálicos, con un comienzo de mecanización que se extiende rápidamente porque el agua está aquí en Fuerteventura por otro contraste de su naturaleza, a muy poca profundidad.

**LA «ROSA» DE CATALINA GARCÍA**

Este es el nombre de una gran hacienda al sur de Tuineje, cuya vista me causó una fuerte impresión la primera vez que la vi. En los alrededores, el típico desierto llano, ondulado, de Fuerteventura, aquí las tierras han perdido ya el color arcilloso de más al Norte, para alcanzar una tonalidad amarillosa, blanquecina o gris. Lejos de la carretera, un gran cortijo blanco, de azotea, con olivares pequeños a su alrededor, y tierras preparadas para la labor. Aquella es la «rosa» de Catalina García. «Rosa» es, en toponimia mayorera, lo mismo que conjunto de tierras cultivadas sean en gavias, o en la forma ordinaria del regadío. La gavia es una forma especial del cultivo de secano en que logra que la lluvia encharque el terreno dándole bordes altos y no dejándola salir. Tiene



Un molino como los del «Quijote», en plena Castilla del Océano



que ver seguramente esta denominación de «rosa» con el «roso» canario, operación que consiste en hacer una labor profunda de vueltas a las tierras, principalmente a aquellas que se van a dedicar al cultivo de la platanera. Pero no sabemos qué relaciones pueda tener con otra palabra castellana o indígena. El bello y armonioso nombre de «rosa» de Catalina García es esta finca, cuyo centro ocupa algo así como una casba marroquí, con sus almenas apuntadas en las esquinas, y extensas tierras con palmeras, dátileras, cortas de talla pero de hermosísimos dátiles amarillos, turgentes y alargados.



La villa de Santa María de Betancuría. En el centro, la iglesia fundacional de Canarias

### EL PUERTO DE GRAN TARAJAL

Y por fin aquí, al Sur, el puerto de Gran Tarajal, el punto de salida, comercial, activo, de los productos de toda la zona tomatera, y también el más activo comercio de importación de la isla. Su muelle, todavía pequeño, indica que se ha de alargar. Vemos, en su entrada, los mismos montones de piedra de cal para alveo y para construcción que en el de Puerto Cabras y un barquito pequeño que se lleva los tomates. Grandes almacenes—cuatro concretamente—que empaquetan la fruta de exportación, pertenecientes a tres firmas de Las Palmas de Gran Canaria y a una de Santa Cruz. El pueblo con su aspecto de Oeste americano—muchísimos bares y tascas, una marina extensa, comercios de todas clases, indiferenciados, casetas de consignatarios y despacho de buques—se extiende sobre una playa anchísima de arena negra. Bajo la luna las gentes pasan la noche.

### EL AGUA DE LOS «NATEROS»

Una de las más curiosas utilidades que existen en Fuerteventura de las aguas de lluvia de las corrientes invernales es dado precisamente por usos que son distintos a los del riego. Nos referimos a la construcción de los llamados «nateros», cuya existencia se debe a la mano del hombre combinada con los arrastres de las lluvias. La forma más sencilla posible del natero es un muro de piedra seca gruesa, de una altura que no sobrepasa los 50 centímetros y que se coloca en forma perpendicular a la corriente del barranco. El «natero» se complica después con varios escalones y pocetas, y el mejor de ellos deriva en forma de caño de desagüe, que casi siempre sigue la dirección por medio de un codo, de la margen izquierda de la marcha de la corriente. Tiene por objeto hacer que las aguas de lluvia se re-

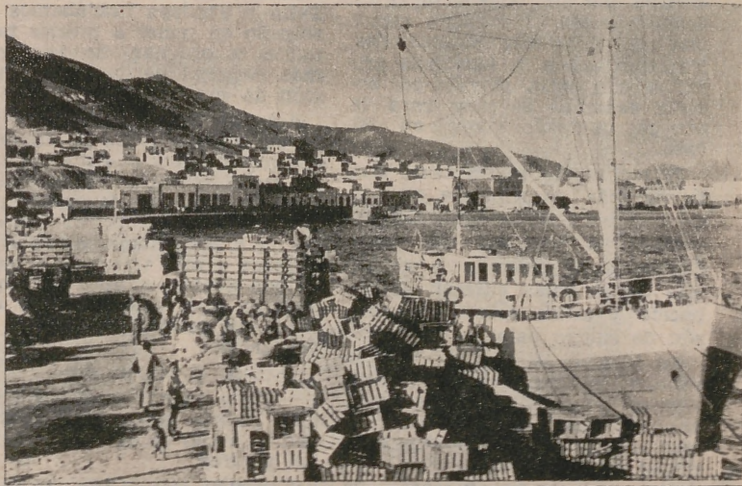
mansen y depositen en el fondo del barranquillo—éste tiene que ser superficie poco profunda y de corriente no muy violenta—las tierras féculas que traen de los altos. Al poco tiempo de haberse construido el natero, ya es posible plantar allí cualquier árbol. Hemos visto en estas «cadenitas» producidas por las aguas numerosas higueras, algunos almendros, tuneras y alguna gramínea y pasto. El natero se encuentra casi metido en las calles de la población de Puerto Cabras y en toda su región, siendo frecuente en cualquier parte de Fuerteventura.

Es indudable que Fuerteventura tenía en el siglo XV aguas corrientes mucho más abundantes que las actuales. Su procedencia no nos la podemos imaginar, pero sin su existencia no se puede explicar la leyenda del monje inmerso milagrosamente debajo del agua, ni tampoco las ruinas de un puente poderoso en la villa de Santa María de Betancuría.

Todavía hace treinta años era necesario buscar un vado para

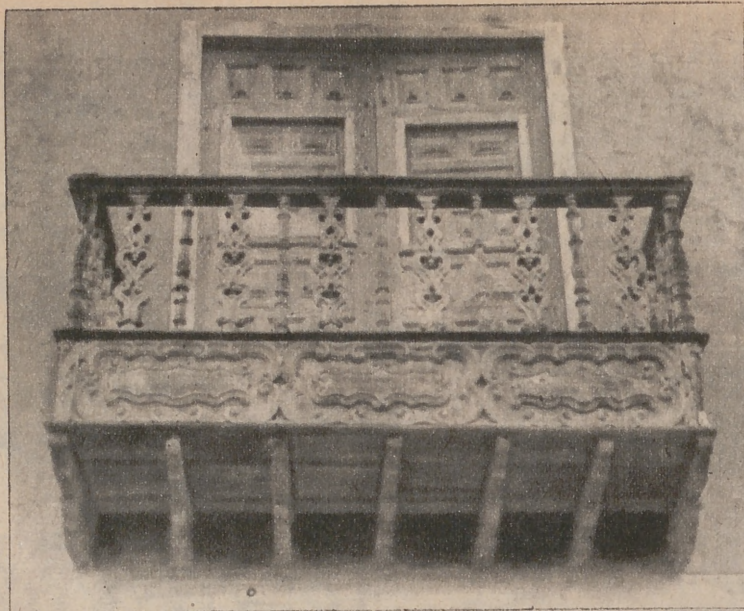
atravesar la vega del río Palma. Queda el testimonio de la toponimia, que no puede prescindir de los nombres antiguos: Río Cabras, el citado río Palma y otros lugares.

Las aguas de manantiales hoy utilizadas para el riego y abasto son, sin embargo, realmente pocas. Las más parecidas por su distribución a la clásica organización de heredamientos que tienen las de Gran Canaria son las del barranco de Ajuy en la vertiente Oeste del centro de Fuerteventura, mucho más corta que la oriental, que tien su entrada y su salida por el Puerto de la Peña. Estas aguas se distribuyen entre dos grupos de herederos de los antiguos señores, correspondiendo en su aduclamiento semanal cinco y tres días, a unos y a otros. También hay manantiales propiedad de algún Municipio o de alguna aldea. Los pequeños abrevaderos de montaña se utilizan por lo general para el ganado y sobre ellos hay pleitos sobre su pertenencia, pues ahora los reclaman los Municipios como bienes co-



Gran Tarajal y su muelle, durante la zafra del tomate





Balcón de la Casa de los Coroneles, en La Oliva, un soberbio palacio en medio de un desierto

munales, a pesar de haberse siempre utilizado como bienes privados de los dueños de los grandes predios donde nacen.

### ALEGRÍA DEL POZO Y EL MOLINO

El centro y el sur de la isla es el gran emporio de la extracción de agua del pozo para riego por medio de los molinos de viento. Especialmente es abundante la cantidad de molinos de viento desde Agua de Bueyes en la carretera central de la isla hacia el Sur. Los regadíos modernos de Fuerteventura están principalmente nutridos por estas aguas de pozo, abiertos arbitrariamente en cualquier lado. Los pozos suelen tener de 20 a 30 metros de profundidad y su primera fase es muy rústica: tres palos cruzados que sostienen un cubo con el que sacan la tierra del hoyo que se va haciendo. Lo más corriente es sacar el agua de ellos con un molino metálico americano, cuyo líquido es vertido por un acueducto muy sencillo hasta el próximo estanque de pequeñas dimensiones. También existe la saca más primitiva con noria, movida por asno o camello. Es muy rara la pértiga, que sólo vimos en un caso.

El molino de viento tiene una forma más esquemática que la de los molinos de molinera de granos, ya que sus seis aspas dispuestas en exágono regular sólo tienen velas, carecen de capote y están sobre un armazón de cuatro palos.

En la zona central de Fuerteventura construyó el mando económico el embalse de los Molinos, con parcelación y colonización de terrenos situados bajo riegos de esta presa. Treinta familias con media hectárea de regadío cada una disfrutaban de este agua embalsada que no representa, por tanto, nada impor-

tante ni aun en Fuerteventura, con todo su secano. Embalsa la presa unos 500.000 metros cúbicos de agua y fué proyectada con 1.500.000 metros cúbicos y 40 metros de altura de presa.

Pero, en realidad, la que mas impresión causa por estar a la vista de la carretera y por estar en un valle que todo él es de regadío, es la presa de las Pefitas, hoy regentada por un Patronato, en el que también participa el Cabildo Insular. La altura de su muro de presa en la actualidad es de unos 20 metros, y se trata de aumentarla.

### DE CAMINO HACIA ERAS NEGRAS

Marchando hacia La Oliva, en el centro de las amplias llanadas del norte de Fuerteventura, fué donde conocimos a don Juan Guardiel, Delegado insular de Sindicatos, hombre sencillo, de voz apagada y cordial, muy exacto y preciso en sus observaciones.

Pasado el trío de tes de Tetir, Tefía y Tindaya hablábamos del empeño en poner a precios razonables y ordenar, de la forma más racional posible, la instalación de «enarenados».

Actualmente Fuerteventura tiene ya 200 hectáreas de enarenados nuevos. Hoy el ritmo de saca de arena puede permitir el instalar 60 hectáreas de nuevos predios en producción. Es admirable oír a estos hombres hablar de terrenos y más terrenos. A medida que avanza el auto por aquel desierto rojo, azul, negro o morado, que pueden ser puestos en producción.

—¿Este de quién es?

—Tiene buena tierra. Pide mucho. Habría que contar también con la mano de obra para quitar las piedras.

Guardiel nos habla ahora de la forma que ha impuesto en la explotación de las montañas de picón o arena negra propia para

el enarenado. Ya se han proscrito los antiguos métodos por los cuales lo que se hacía era derrumbarla sobre los camiones. La tierra de la parte superior se iba mezclando con la piconera pura inferior, y al poco tiempo la montaña entera quedaba inutilizada.

El procedimiento es tremendamente sencillo, muy económico también, de momento, pero a la larga llevaba camino de agotar rápidamente las posibilidades de enarenado y convertirlo en algo prohibitivo por su precio.

### CON TIERRA DE VOLCAN

Hemos desembocado de pronto frente a un paisaje maravilloso: las tierras próximas de Fuerteventura, el mal país, los volcanes o Las Calderas, la costa, el mar azul de la Bocaina, y enfrente Lanzarote como un maravilloso país de ensueño, lo suficiente cercano para ver sus detalles y lo bastante lejano para que apereciere como una isla de misterio de las que hemos visto en los sueños acercarse a barcos que corrían como exhalaciones.

—¿Cuál es el método actual?

—¿Con qué medios cuenta?

—Sindicatos tiene actualmente un tren de enarenado que puede poner a disposición de los agricultores de la isla de 20 a 24 metros cúbicos de arena diaria, que ellos extenderán sobre las tierras a cultivar en una capa de nueve centímetros de espesor.

Los majorereros y los lanzaroteños y las gentes del sur extremo de Tenerife utilizan la propiedad que tiene el picón de mantener la humedad en las tierras, extendiéndolo sobre ellas y dejando medio ocultos los cultivos que han de plantar apartando previamente el enarenado en cada surco para después volverlo a colocar.

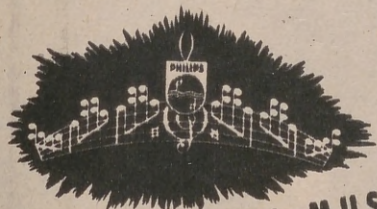
En una isla de clima de tanta sequedad ambiental como la de Fuerteventura, para que el enarenado surta efecto se necesita cierta altura. Con este método de absoluto secano no hace falta regar y ni siquiera que llueva. El picón o arena de los volcanes se dispone en el campo que se va a enarenar de nuevo en montones de 50 cm. para después ir adquiriendo el grosor de la capa uniforme. Estos campos, limitados por muros de piedra, simplemente dispuestas unas sobre otras, son de gran belleza, con su mosaico de negros y rojos al verde de los cultivos.

### PARAISO DE LA CAZA Y LA PESCA

La isla de Fuerteventura es hoy un paraíso para los aficionados a la pesca y a la caza, pero el turismo posible no tiene ni un lugar completamente adecuado y confortable donde hospedarse. Un hotel que haga asquible al viajero las plurales bellezas, la emoción fuerte y auténtica de ese pedazo entrañable de la España insular.

Antonio DE LA NUEZ





DIADEMA MUSICAL

LA ERA

# novosonic

## PHILIPS

RADIO 1956



1.263, PTAS.



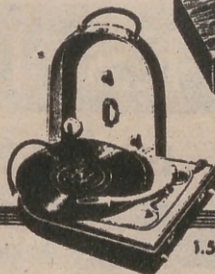
2.973,35 PTAS.



1.578,75 PTAS.



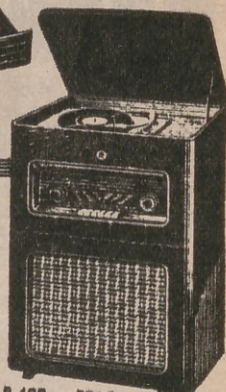
1.947,15 PTAS.



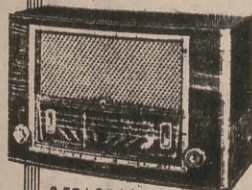
1.526,15 PTAS.



1.789,25 PTAS.



8.420,— PTAS.



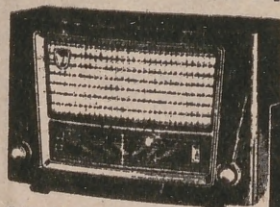
3.894,25 PTAS.



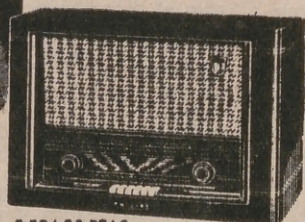
2.526, PTAS.



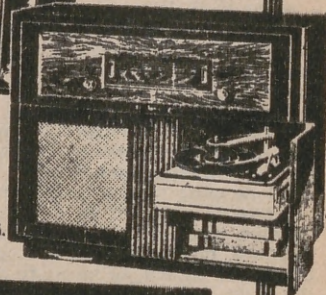
4.999,40 PTAS.



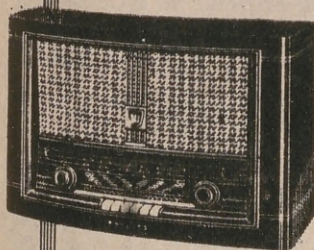
3.104,90 PTAS.



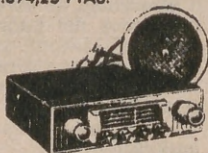
3.894,25 PTAS.



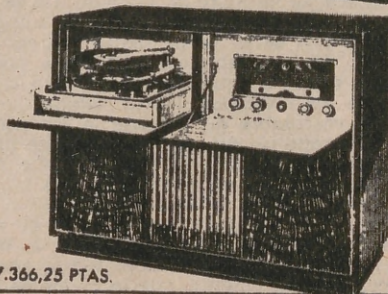
11.998,50 PTAS.



5.894, PTAS.



4.426,40 PTAS.



17.366,25 PTAS.

LOS TROLES S. F.

4RO

INFORMESE EN EL DISTRIBUIDOR PHILIPS MAS PROXIMO

21





# EL RIO ES DE TODOS

NOVELA

Por Segismundo LUENGO

—¡VENGA, díos a la cama pronto, que mañana, al salir el día, hay que estar en el río!—ordenó el viejo.

—Deja a los chicos, demonio, no los atsigues tanto. No piensas más que en hacerles dormir para que al día siguiente trabajen el doble de lo que pueden. Apenas consiguen un rato de distracción. ¡Y... además, no sé qué diablos vais a hacer en el río!—arguyó la esposa.

—¡Tú, a callar; yo sé de sobra lo que hago! ¡A la cama todo el mundo!

—Bueno, bueno, mejor será que os acostéis..., porque, si no, se le va a poner un genio que no va a haber quien le aguante. ¡Hala, hala, a la cama! —recomendó la madre a los chicos.

Las herraduras de las chancas que calzaban Marcos y Pedro (y el padre, y la madre, y las hermanas) restregáronse al andar sobre las lastras mal casadas de la cocina.

Pedro colgó de una estaca, brufida y negra del humo, sus «esparrillas» nuevas. Durante las veladas iba sustituyendo las viejas por otras flamantes para ponérselas, emboscadas, todas las mañanas de abril de cada año, a los pájaros; a los pobres pájaros que se posaban en el «picapán» y se quedaban cogidos por las patas, chillando desesperadamente. Después de haberlas contado, metiéndolas una a una en la estaca, se incrustó en la cama. La zambullida, de primera intención, fué molesta. Luego ya era otra cosa. Las sábanas de lienzo moreno, tiesas y ásperas, se iban amoldando poco a poco al cuerpo con el calor. Un profundo e infinito bienestar le invadía los músculos. Hacía tiempo que había cogido la costumbre de tomarle la delantera a su hermano, porque un día observó que este primer estreñecimiento le hacía bien. Así agradecía mejor su carne elástica la tibieza que a los pocos momentos inundaba el lecho.

Marcos dejó el calendario agrícola en el vasar, entre la jarra del vino y una orza en que la madre guardaba la manzanilla y el «canillero» (flor de sauco), y pensó, simplemente, que lo mejor de aquel librito eran los chistes y los refranes jocosos. Lo demás, de nada les servía a los labradores. «Consejos útiles» que, llevados a la práctica, provocarían

en la cosecha más desastres que una plara de conejos. ¿Qué sabían de las faenas del campo los

hombres de la ciudad. los señoritos? Aunque, por otra parte, de algo habrían de valer-

les los estudios a los ingenieros que compusieron el calendario. Dejó de pensar y se metió en la cama, empujando con la cadera a Pedro, tendido, sin miramientos, en medio del colchón.

—Arrímate más a la orilla. Si me descuido, me haces dormir toda la noche en el larguero.

—Vamos, no te quejes... Casi todas las mañanas amanezco yo sin manta, y no armo ese escándalo. Y, sin embargo, Pedro se fué al otro extremo, fresco aún.

En la cocina se oyeron todavía, durante unos minutos, los pasos de la madre. Chocaba el llar contra el chupón de la chimenea mientras intentaba ella colgar el caldero con las patatas para los cerdos. Sonaba el último fregoteo. Y se oía a la madre amontonar los rescoldos del hogar para que durase el fuego hasta la mañana. Así no tendría que gastar cerillas al día siguiente. Una sola brasa y el fuelle le bastarían para encender el haz de leños menudos. Aún se detuvo un poco más a salar los garbanzos y a barrer los «marabayos» (la hojarasca).

Silencio absoluto. El rumor de la noche no llegaba hasta la alcoba. Únicamente la carcoma se entretenía en cantar su crac-crác en las cuevas de los cuartones retorcidos del techo de escobas podridas, apelmazadas y polvorientas. Sólo la carcoma, a diferencia de otros días, en que predominaban los ronquidos del padre.

—Oye, Marcos, ¿tú crees que con la madea que saquemos del río nos haremos ricos?

—Hombre, ¿quién sabe? Si logramos apilar mucha, buen dinero nos valdrá.

—¡La verdad es que como sigan bajando como bajaban ayer!...

Pero se le quebró a Pedro la frase en los labios con un escalofrío que le invadió inesperadamente.

—¿Qué te ocurre, Pedro?

—No, nada.

—No seas embustero... ¡Tienes miedo!

—¡Miedo! ¿De qué?



—Sí, miedo. El río baja hecho una furia. Y ya te ves envuelto entre los tablones y los cabrios, hundiéndote en un remolino..., con los pies sólo fuera del agua.

Hubo unos angustiosos segundos de silencio.

—¡No creas..., también yo tengo miedo! ¡Sí, mucho miedo! —dijo Marcos.

Ni una sola palabra más. Marcos, el mayor, tiró del embozo hacia sí, se revolvió para ajustarse a la espalda la pesada manta y a los pocos minutos dormía hondamente.

Pedro se quedó mirando al techo, imaginando, quieto, la tarea del día siguiente, del primer día: oyendo las voces del padre, que daba órdenes para aprovechar las riadas de tablas y cabrios y lanzar en el momento oportuno los lazos y los garchos. Metiéndose en los remansos y dirigiendo hacia la orilla la fabulosa cantidad de madera, buena presa para enriquecerse en poco tiempo. Los gritos de las aves salvajes sobre su cabeza y los bancos de peces chocando contra sus piernas. Y sintió el regusto de la novedad, no saboreada aún.

Como la alcoba estaba a oscuras, se le hacían a Pedro extraños rosetones de colores en el fondo de los ojos. Ni el estrecho agujero que dejaba una teja removida daba luz alguna. La noche estaba oscura y las estrellas se escondían tras las nubes. Se durmió.

## II

—¡Eh, Pedro, no echéis tan abajo! Luego no va a haber quien arranque el carro de ahí. Anda, da la vuelta por la otra rodera y pon las vacas mirando «pa» casa. ¡Vosotros, por no trabajar, sois capaces de reventar el «ganao»!

Las últimas sílabas de cada palabra del padre fueron repetidas por el eco en un pizarral cuya cima avanzaba sobre el río, en la otra orilla.

Pedro no replicó. Metió la aguijada por entre los cuernos de la yunta y hundió el aguijón en la cruz de la vaca roja, que iba a su izquierda. El carro viró en redondo hacia la derecha al primer tirón de la bestia. Era una novilla recién uncida, cuya sangre le brincaba por todas las venas, afituyéndole incluso a los ojos, que le echaban fuego, porque aun no había parido ni estaba preñada siquiera.

—¡Hay que tener alma; quiere más a las bestias que a nosotros! No le importa que uno se parta el alma con las piedras o con los troncos. ¡O con los demonios! Lo mismo hizo el otro día con la troza del tinado. Tuvimos que arrastrarla a brazo desde el teso hasta la carretera para que no sufriesen las vacas bajando la cuesta. Si nos descuidamos, te emos que llevarla sobre los rodillos hasta la misma portada. ¡Como un día me líe la manta a la cabeza..., no me vuelve a ver el pelo ni!... ¡Maldi o!

—¡Marcos, cierra la boca...; si no, te voy a romper de un puñetazo los dientes!...

—¿Acaso no tengo razón? —replicó.

—La tengas o no, creo que hay otra manera de hablar de padre.

—A mamá la trata lo mismo.

—¿No es verdad!

—¡Tienes una estúpida admiración por él! Te tiene cegado. Mamá sufre mucho por su culpa.

—¡Madre, no mamá! Esa manera de llamarla se queda para los medio hombres, para los peles. Madre se alegra de que padre sea así. Le asquearía tener por marido a un tipo fácilmente manejable, a un pelanas cualquiera. Padre es un hombre, ¿lo entiendes bien? ¡Lo que nunca podrás ser tú..., desgraciado!

—¿Pedro!

—¡Qué!..., lo de siempre: soy el más pequeño y abuso de ti porque tengo más fuerza. No pienses que quiero dominarte, imponer mis puños. Sólo trato de hacerte hombre. Si en esta tierra no somos hombres, si no nos atamos bien los machos, los pisotearán las tripas cuando menos lo esperemos.

—Pero..., si yo...

—«¡Pero si yo, pero si yo!»... Siempre igual. Tienes sangre de comadreja. Procura mirar desde arriba siempre, como las águilas, imbécil. Sólo en onces podrás andar con el pecho fuera, no encogido como los tísicos.

Llegaron los dos hermanos a la explarada que marcaron el padre. Ambos hubieran querido no regresar hasta allí. Al tender la vista hacia las vueltas y revueltas de las «arribas» se miraron con desaliento. Sin embargo, Pedro cambió violentamente de expresión. No podía aparecer débil ante su hermano.

—¡Hala!, soltad las vacas y echad los tentemozos.



Ya hace rato que podíamos estar en el río. ¡Cada día os cuesta más madrugar!

—¿Hacia adónde echamos el «ganao»? —preguntó Marcos.

—Al vallinzón de Los Regatos. Allí hay buena hierba y no se desmandará. ¡Eh, tú, Pedro, llévalo allá!

A Marcos le dolió que fuese Pedro el elegido para llevar las bestias. Se le desvanecieron, pues, las esperanzas de pasarse un buen rato holgazaneando, panza arriba, al sol, sobre un buen rimero de hojas secas. Masculló entre dientes:

—La culpa la tengo yo, por haber preguntado. Está visto: el que pregunta se queda de cuadra.

Recordó el cuartel y pensó que entre los cabos primeras y su padre había poca diferencia. Bastaba que un soldado quisiera una cosa, aunque no lo manifestase, para que el cabo ordenase lo contrario. Ambos olían el pensamiento.

—¿Qué rumias, Marcos? ¡Ya podías ir aprendiendo a hablar claro! ¡No me gusta eso! —objetó el padre.

Pedro tiró hacia el pradecillo de Los Regatos, hostigando a las bestias. Marcos y el viejo empezaron a bajar las cuestas con los aparejos al hombro, camino del río, a trompicones, por un atajo sembrado de guijarros de cuarzo y cuadradillos de piritita de hierro.

Mugió la novilla roja. Y volvió la cabeza hacia el rincón que formaban un peñasco y la cerca de una viña. Luego se quedó indecisa.

—Vamos, «Rubia», vamos, que te espantas de todo. ¡Hala, hala, bonita!

Cabeceó la «Rubia», arrancando violentamente con sus dientes limados unas briznas de escoba. Pedro vio surgir la cabeza airosa de Esther.

—¿Pedro!

—¿Qué haces tú aquí a estas horas?

—Esperándote. Sabía que bajabais al río.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo adiviné.

—Te lo ha dicho Luz, la chismosa de Luz.

—No, no me lo ha dicho ninguna de tus hermanas. Te equivocas.

—¡Alguien te lo habrá dicho!

—Lo oí en casa de tu tía Teresa. Estaba yo con Tere en la sala.

Pedro miró a Esther. Sostuvo sus ojos duros sobre los de la muchacha.

—¿Esther!...

—¿Qué?

—Debía cogerte en brazos y ponerte en casa sin contemplaciones.



—Sé que vais a bajar todos los días al río. ¡Y no me gusta! Por eso vine.

—¿Y a ti quién te ha preguntado si te gusta o no?

—No hace falta que nadie me lo pregunte. Es el río el que manda hablar. Baja demasiado loco para que os andéis con bromas...

—¡Esto no es ninguna broma.

—Ya veo que lo habéis tomado muy en serio.

Las bestias se entretenían en mordisquear su propia piel, hundiendo el hocico entre las patas y las ubres. El perro se sentó sobre sus patas y se puso a mirar a Pedro y a Esther, secundando los gestos de ambos. El rumor del río llegaba sordo, inquietante y mítico, cual la voz de un dios irritado, profundo y sabio; un dios multimilenario cuyo arcano empezaba a descubrirse a través del hierro y el cemento de los saltos.

Un aeroplano irrumpió en el cielo despejado, tableteando con un ruido infernal. Volaba por encima de una escuadrilla de ciervos que venteaban, ansiosos, la carroña de un mulillo loco despenado. Era el correo de Lisboa.

Entretenía Esther sus dedos nerviosos en retorcer los flecos de su toquilla. Su cuerpo estaba tenso como el cable de un funicular.

—¡Pedro!—rompió en un sollozo desgarrador e incitante a la vez. Se le abrazó. El perro, al ver así a su dueña, alzó sus patitas delanteras, apoyándolas en las piernas de ella, y empezó a gruñir lastimero.

Pedro se limitó a acogerla en sus brazos. Ni siquiera la abrazó, como otras veces, con fuerza. El corazón de Esther palpitaba sobre su pecho, encendiéndose. Hubiera querido desasirse de ella y hablarle con dureza, porque estaba convencido de que si se toman en cuenta las lágrimas de las mujeres no se va a ninguna parte.

Esther alzó sus ojos hacia los ojos de Pedro. Este clavó sus pupilas cálidas y frías, serenas y tormentosas, punzantes y tranquilizadoras a la vez, en la mirada suplicante de su novia, sacudida aún por el hipo de los sollozos.

—Esther, piensa que si no bajo al río, jamás podremos casarnos. Tú sabes que en cuanto se divida la hacienda de mi padre...

—Lo único que me importa es tu vida. Y tú te empeñas en ir a la muerte derecho. Y lo haces para que no te crean un cobarde. Pero... ¡tienes miedo! Sabes que no te salvarán ni ese maderaje flotante. Sí, todos tenéis miedo, menos tu padre: un bárbaro que siente placer al maltrataros. Tu padre es un infame!...

—¡Esther, calla! ¡No te consiento!...

La zarandeó brutalmente. El perro se lanzó a él con los dientes erizados. La apartó, a poco, con aspereza. Y empuñó al perro, de una patada, a un zarzal que vallaba un precipicio.

Pedro volvió la espalda y arreo sus bestias hacia el pradeclilo. Esther se quedó un instante sin percatarse siquiera de lo que había pasado. Mas cuando la figura de Pedro, corpulenta y vigorosa, desapareció tras un recodo, Esther cayó de bruces sobre un peñasco alombrado de musgo y se puso a llorar.

Las zancadas de Pedro intentaban no parecer vacilantes. Procuró disimular la congoja. Situó el ganado y echó a andar hacia el río, silbando una canción de moda. Ya llevaban allí un par de horas el padre y el hermano.

—Pedro: te envié a ti, porque sueles ser más diligente. ¿Qué has estado haciendo? Entreterí'o con alguna mocosa, ¿no? ¡Siempre andáis lo mismo!

El viejo había visto a Esther. Y Pedro imaginó que se refería a ella. No despegó Pedro los labios. Y empezó su tarea entre el mar de tablas del río.

Le molestaba el tono de voz de su padre. Se estaba metiendo éste por un camino turbio, del que Pedro andaba muy lejos con respecto a Esther. Mas prefirió callar.

Se pasaron la jornada arrancándole al río el o o que traía sobre sus lomos: aquel maderaje desprendido a martillazo limpio de la presa de los saltos; tablas gruesas y largas encostradas por el cemento y moteadas de hermosos clavos en las puntas. Madera casi virgen y clavos no oxidados aún, porque los saltos estaban un par de pueblos más arriba y el río bajaba con furia, haciendo avanzar la madera a brincos, como peces golpeados sobre las peñas resbaladizas en una riada atroz. Como las avenidas no eran continuas, se pasaban muchos raudos de brazos cruzados.

Cuando al anochecer estuvo el carro cargado hasta las teleras, emprendieron el regreso al pueblo.

Por el «arribanzo», ninguno de los tres podía con el alma.

### III

Estaban cenando. Llamaron a la puerta.

—Tan, tan. ¡Ay, María!

«¡Ay, María!» o «¡Hay María?» es la deformación del «Ave María» con que saluda quien se llega a un postigo, sea o no forastero.

—¿Quién?—y cesó el ruido de las cucharas en la cazuela común, momentos antes repleta de patatas deshechas, con un bienoliente refrito de ajo, cebolla, laurel y pimentón. Se quedaron de brazos cruzados, en la cocina, bajo la campana de la chimenea, esperando que la madre dijese quién era. Las visitas extrañas dejan siempre en suspenso a las familias en los pueblos. Se quedaron, pues, silenciosos, dejándose retratar en las paredes humosas por la luz de un candil de petróleo que proyectaba cabalísticamente sus sombras sobre los rincones y sobre las puertas de la despensa y la pieza de casa.

Salió el viejo y se quedó plantado frente al forastero. Entraba la luz de la luna por los postigos y recortaba al viejo rudamente en el marco de la puerta.

—Sé que andan sacando madera del río. Creo, vamos, si no tienen compromiso, que podríamos llegar a un acuerdo. Les compraré toda la que apilen. Sí, toda.

El forastero estaba apoyado en el manillar de su bicicleta, en trance de liquidar cuanto antes el negocio. Había aún barrizales por los caminos muertos y le quedaban veinte kilómetros de viaje. Y la luna se ponía temprano.

—Hombre, no sé... La verdad es que no he pensado en ello aún. Por ahora voy a emplear lo que vaya saliendo en adecentar un poco esta choza. Además, ya sabe usted, esto es también cosa de los muchachos.

Los muchachos; una buena excusa para huir de la precipitación. Se le pasó al viejo por la cabeza la idea de que podía ser un buen negocio el asunto de la madera.

—Usted verá. No creo que vaya a pagarle nadie lo que yo.

Pulsó el viejo las intenciones del tipo de la bicicleta, un carpintero de primera de la cabeza de partido, y se recogió por dentro. Aparént, sin embargo, con los gestos, cierta insatisfacción.

—Claro...; eso de las toneladas no me entra a mí bien en la chola, digo: en la cabeza. Uno, ¿sabe?, habla así. La tonelada, la tonelada... vendrá a ser, más o menos, digo yo, el «sojado», es decir, la caña del carro sin «cogiélm». Uno, no le extrañe. habla así... a la costumbre. Y para el peso, claro, si llegamos a un acuerdo, ahí está la báscula de la feria del «ganao». Bueno, ya le mandaré un «recao». Irá un muchacho mío. Y ahora, si quiere acompañarnos a la mesa...; poca cosa le podremos ofrecer, pero es de buena voluntad.

—Gracias, me voy picándole a los pedales, aprovechando esta lunita.

El viejo volvió a la cocina.

—Vamos, a terminar de cenar, que mañana hay que estar pronto en el río y doblar el trabajo. Ya hay un pretendiente, que me parece que no va a pagar mal, y hay que exprimirle el jugo a la riada.

Como de costumbre, nadie rechistó. Volvieron a sonar las cucharas en la cazuela, sentada la familia a la mesa baja; una mesa recia de encina, antigua, pulimentada por la grasa y el uso. En realidad, no hubiera necesitado explicar más. Todos habían oído claramente la conversación con el forastero. El viejo lo sabía asimismo. Sin embargo, estas palabras fueron pronunciadas para recalcar que el trabajo no era baldío, y, al mismo tiempo, pensando en hacerles intensificar a Marcos y a Pedro, en adelante, el esfuerzo.

—¡Y serías capaz de vender las tierras!

—¿Por qué no? ¿Servirían de algo sin cultivar?—replicó el viejo a su esposa, encendido aún el candil a la cabecera de la cama. Contestó sin mirarla, mientras se daba palmadas suaves en los empeines y en las plantas de los pies para sacudir la arena de los calcetines de lana gorda sin despertar el dolor de sus pies reumáticos.

Ella, ante semejante contestación, se atrevió a salirle al paso:

—No, no puedes hacer eso! Los chicos ya tienen edad de dar su parecer...; y sé que van a oponerse.

—Muy segura estás. Aprende a ser un poco más lista. Esto del río les va despertando una fiebre que



les abrasa. Además, ya sabes que cuando digo una cosa...

—...¡No quieres que ninguno se te plante en medio! Sí, lo de siempre; pero ahora es distinto. No lo consentiré. Por otra parte, mis hijos...

—Los tuyos y los míos..., hoy por hoy, irán donde yo disponga. De momento, a seguir sacando madera. Sí, venderé las tierras y meteré el dinero en el Banco; los réditos son altos. Con lo que saque de ellas y lo de la madera, un día podré comprar el tejlar... O acaso el molino... ¡Quién sabe!

—¡El dinero en un Banco..., para que dé en quiebra y te pase lo que al Evaristo! Y meterte en negocios que no entiendes..., ¡sólo porque estuviste dos meses, cuando niño, en el molino! Ya que quieres hundirte tú, no hundas a tus hijos. ¡Oodias a la tierra, sí, la odias! Siempre te han deslumbrado esas fatuidades de las fábricas. ¡No tienes ojos, no ves que la tierra es la que saca siempre de los atoladeros! ¡Dios mío, es para volverse loca! ¡Estás loco tú y quieres volvernos a los demás! ¡Será posible que no veas que la tierra es lo único que no traiciona!—la viejecita parecía aún más pequeña de lo que era, removiéndose inquieta y furiosa en el lecho.

—¡Cállate, no te consiento!...—se volvió el viejo hacia ella, con el puño levantado, iracundo. Mas volvió sobre sí al darse cuenta de que se había pasado de la raya.

—Bien; tú podrás conservar tu parte, todas las inútiles tierras, ¡tus productivos peñascales! Yo, de las mías..., ¡haré lo que se me antoje!; ¡lo oyes?—añadió el viejo, no sosegado; sin tanta dureza en la voz, sin embargo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la esposa, que se volvió de espalda cuando entró el viejo en la cama. Este apagó de un soplo el candil. Luego mojó las yemas del índice y el pulgar con saliva y las cerró sobre la brasa de la mecha para que el humo aceitoso no apastase la angosta y sórdida alcoba y no les hiciese toser bruscamente.

—¿Has oído, Pedro, con qué brutalidad trata a mamá?—preguntó Marcos, no sin ironía.

A Pedro no le disgustó esta vez que Marcos llamara así a la madre. Se le cifó la palabra «mamá» a los pliegues del corazón y empezó a formarse un nudo en la garganta. Estuvo a punto de llorar. Pudo dominarse, a pesar de todo.

—¿Ves cómo tengo razón?—insistió Marcos ante el silencio de su hermano.

A Pedro se le hinchó el pecho y la angustia estuvo a punto de hacérselo estallar.

—Y a las chiquillas las trata igual. Cuanto más débiles ve a las personas, más se ensaña en ellas. A ti, como te cree con sus mismas hijadas, rara vez es la que te grita...—siguió todavía Marcos.

—¡Querrás callarte de una vez!—se revolvió Pedro, mordiéndose los labios a continuación, empeñándose en no llorar, en no sollozar, tal como se lo estaba pidiendo el cuerpo.

Los padres y los hijos habían escuchado mutuamente sus discusiones. Las alcobas respectivas no estaban lejos y era necesario hablar quedo, como lo hacían normalmente, para no enterarse de cuanto ocurría al otro lado. Pero nadie dijo nada. El silencio sumió todo vestigio de vida en la casa, mas una mortal angustia resoplaba en el pecho de todos los moradores como un caballo apuñalado.

#### IV

La litera se bamboleó bruscamente y fué a dar contra las guardas de madera machihembrada de la escalera que conducía al piso alto de la posada. Pedro se despertó sobresaltado y se encontró, como sin pensar, sentado en un cajón rectangular, en un esquinazo del zaguán, mirando hacia la puerta de la cuadra, donde se cocebaban las mulas y los burros que habían llevado los feriantes a la ciudad.

Se contempló unos instantes y le pareció ridícula aquella cama suspendida del techo por largas cadenas enganchadas o los machones ennegrecidos. Semejaba aquel trapecio un ataúd de tercera en una barraca de feria; un columpio macabro. Mas en seguida dejó de pensar en ello porque tuvo de pronto sobre la espalda la sensación que produce en la nuca una persona que no vemos, pero que adivinamos. Se acordó del chaleco y echó atrás las manos para cogerlo; pero en vez del chaleco se encontró, al volver los ojos, la sombra de una mujer huyendo por el pasillo.





—¡Dios, me han robado el dinero!—y saltó de la litera tratando de atrapar a la ladrona. Porque de seguro era una mujer. La había percibido vagamente a la luz difusa de la amanecida. Quienquiera que fuese, cerró tras sí una puerta lejana y echó un cerrojo. Pedro llegó hasta aquella puerta y empujó con el hombro, empleando toda su fuerza. La puerta, una vieja puerta de cuarterones, crujió, sin ceder apenas. Probó de nuevo. ¡Nada!

Dentro oía una risa contenida. Esperó. Por su mente pasaron en unos segundos las ideas más extrañas. Lo que estaba ocurriendo le parecía totalmente absurdo. Pero lo cierto era que le habían quitado el chaleco con todo el dinero, un dinero sudado por tres hombres hechos y derechos y acumulado a fuerza de días y meses enteros, sin apenas descanso.

Al empujar de nuevo la puerta se abrió sin dificultad. Clavado en el umbral, le echó una ojeada al cuarto. ¿Cómo no oiría descender el cerrojo? Sin duda lo hicieron mientras él estuvo ensimismado, buscando la solución al enigma que giraba en torno suyo. Entraba por un ventanilla la luz incierta del amanecer. El cuarto estaba desierto. Ninguna puerta que condujese a otra habitación aparecía a la vista. Sólo, como a una vara del suelo, en un ángulo matado de la pieza, había, disimulada, una alacena.

Pedro dió dos zancadas y abrió la alacena de golpe. Era un armario empotrado. Las ropas colgadas en él—unas batas largas, unos abrigos viejos de piel y un delantal blanco—estaban en orden y quietas como si nadie las hubiese tocado. Sin embargo, Pedro oyó dentro una respiración contenida. Separó de un manotazo las prendas y dejó al descubierto a una muchacha. Una muchacha como de quince años, una adolescente haciéndose mujer, más bien hermosa y de aspecto nada vulgar.

—¡Eh, tú, no te hagas la tonta! ¡Devuélveme el chaleco si no quieres que te estrangule y te deje aquí emparedada como...—el olor de la muchacha se le metió nariz adentro de golpe, violentamente. Un olor sano, delicado y decente.

La chica se rebulló lo mismo que una bestezuela en su madriguera, pero no se movía del armario, grande como las hornacinas de los santos de los caminos de Castilla. La chica entornó los ojos y suspiró:

—¡Pedro!—susurró dulcemente, como en sueños.

Pedro apretó con los duros dedos de su diestra callosa el brazo de la muchacha.

—¡Vamos, dame eso, no seas estúpida!—Pedro cerraba su mano de hierro sobre el brazo de la chica, hasta producirle un dolor fuerte y un entumecimiento que la desasosegaban.

—Por Dios, Pedro, me destrozas el brazo—dijo ella frunciendo el ceño.

—¿Por qué diablos me llamas Pedro, si no me

conoces de nada? ¿Qué pretendes, di, qué pretendes?

—¡Suéltame!—intentaba desasirse.

—Te soltaré si me das el chaleco.

—No sé de qué me hablas—se soltó de golpe, tras una gran carcajada, una carcajada casi histérica, y se entalló en la misma esquina del armario, ocultándose detrás de una larga bata de pánna roja. Le asomaban los pies desnudos, sus diminutos y blancos pies desnudos en que azuleaban algunas venillas. En el suelo de aquella especie de nicho, entre unos ropones envueltos que cubrían el suelo, vió asomar Pedro un pico de su chaleco. Ella, que había dejado avizor uno de sus ojos, con un pie lo empujó hacia Pedro.

—¡Ahí lo tienes.

—Pedro lo tomó en sus manos, casi sin saber qué hacer con él, y clavó los ojos en la chica.

—Si guardabas ahí los cuartos, ahí estarán; no me dedico a robar. Aunque quizá fuese mejor que robara—dijo ella.

La muchacha cambió su actitud insolente por un aire humilde, casi vergonzoso.

—¿Tú crees que sí yo...?—volvió a hablar.

—Yo no creo nada.

Pedro sintió más bien lástima.

—No, no eres como las otras, a pesar de que hayas cometido esta torpeza. Ta podido costarte caro. Pedro giró sobre sus pies y se encaminó hacia la puerta. A poco se volvió:—Oye, rapaza, escú. chame bien: si es la primera vez que haces esta tontería, procura no repetirla. Eres demasiado joven para andar en estos juegos. Has dado conmigo... ¡Si llegas a dar con otro...!

La chica, cuando Pedro traspuso el umbral después de haberle contemplado en el marco de la puerta, vió al hombre entero y verdadero. Porque había sido, sí, hombre hasta en aquel gesto de desprecio por la presa fácil. Sabía ella que era hermosa y que ni los mismos ingenieros que paraban en la posada la creían una criada como las demás criadas. En sus maneras se veía su origen. Al ver a Pedro por primera vez en el zaguán, el día anterior, sentado en un rollo de cuerda, se había quedado como electrizada por el hombre fuerte que adivinara en él. La hoja de la Comisaría de Policía, exigida ahora con rigor a todos los viajeros, fué lo que la inició en el conocimiento de Pedro.

Si ella se hubiera preguntado con qué objeto había hecho aquello, tan ingenuo y tan atrevido a un tiempo, seguramente no hubiera podido contestarse. Lo que sí sabía era que su madrastra tenía la culpa de que ella cometiera estas estupideces. Y aun después de haberse liberado de aquella bruja que se casó con su padre sólo por obtener morfina con recetas falsificadas, sentía el yugo. Y su padre, un gran médico, acababa de morir para ella, como quien dice, porque a la hora de decidirse por uno o por otra se quedó con la maldita arpía que iba convirtiendo poco a poco la clínica en una guarida de aficionados a los estupefacientes. Sí; la morfomana fué la ruina de la casa. Del padre hizo un pelele; de la hija, una desgraciada.

Cayó de bruces sobre la almohada y lloró convulsiva, histéricamente. La ofensa que se había hecho a sí misma la sentía aguda y dolorosa sobre las sienes, sobre los ojos, sobre el pecho; y la angustia le venía, amarga, a la boca como un vómito de hiel. Al través de este dolor y esta angustia se iba purificando su alma, sin embargo.

Pedro metió el dinero en el Banco, montó en el macho y regresó al pueblo. Por el camino se dedicó a pensar en la chica de la posada. Y le pareció extraño, muy extraño cuanto sucediera aquella madrugada. Por más vueltas que le dió no fué capaz de encontrar el cabo del ovillo. Ni pudo tampoco apartar de sus ojos la imagen de ella. Empezaba, sin adivinarlo y sin quererlo, a romperse dentro de él el amor a la tierra. Y el vino de la aventura le emborrachaba cada vez más. Quizá estuviese el origen en el tráfico a que le obligaban, ya sin remedio, las riadas de madera de los Saltos.

V

Una mañana, antes que saliese el sol, bajó otro carro casi hasta la orilla del río, hasta donde el viejo no se atrevió a meter el suyo. Lo adivinaron antes de llegar a él, por los relejes en la tierra húmeda de rocío. Los intrusos se habían ido un





par de centenares de metros río arriba, a otro remanso. Un remanso más peligroso que el suyo, pero también más estratégico.

A Pedro se le crisparon los puños y le echaban chispas los ojos. Ya llevaban muchos meses sacando madera y consideraban el río un coto cerrado. Tenía el viejo a punto de firmar la escritura de venta de las fincas y apalabrada la compra del molino; la llegada de aquellos tipos podía, pues, ser un grave entorpecimiento. No sabían exactamente con cuánto tiempo contaban para la extracción de tablones: el río podía negarse en cualquier momento a dar más. Y era necesario trabajar de firme y ahorrar. No quería el viejo que se le frustrase el asunto del molino. El molino era más bien una gran fábrica de harinas con una poderosa maquinaria, especialmente traída de Alemania. A él acudían los carros de trigo y de pienso de toda la comarca.

—¡Lo van a pagar caro!—dijo Pedro con los dientes apretados.

—¡Dios te libre!—cortó el padre.

—¡Esto es nuestro!—replicó Pedro.

—Esto es nuestro, sí; pero por eso mismo hay que tratar de defenderlo. Si les atásemos una piedra al cuello, nos hundiríamos nosotros con ellos. No lo dudes—concluyó el viejo.

Aquel día bajaron por el río menos tablas. Y el padre y los hijos volvieron a casa de mal humor.

—¿Usted cree, señor juez, que no tengo derecho a hacerle ir más abajo?

—Hombre..., yo creo que el río es de todos. Y lo que baje por él..., del que tenga más riñones pa sacarlo. Ya digo.

El juez de paz no quería comprometerse. El reloj de pesas largas de la sala de la casa del juez, un reloj desnudo, cuyo péndulo se movía como un badajo acabado de soltar, media los momentos de silencio y hacía incómoda la entrevista.

—Lo que puedes hacer tú es remontarte, irte por encima de él—sugirió el juez de paz.

—Y así vendrá él a preguntarle lo mismo que le pregunto yo ahora... Y usted le contestará lo que me ha contestado a mí... Y usted así queda bien y no gasta—se atrevió a reprochar, quemado como estaba, el viejo.

—Hombre, hombre, no digas esas cosas—y al decirlo, le temblaba la barriga de risa.

—Adiós, señor juez—se despidió el buen viejo asqueado de la blandura de aquel hombre gordo, que encarnaba la primera autoridad judicial del pueblo.

—¡Habrás visto...! ¡En los compromisos que le pone a uno esta gente!—pensó, malhumorado, el juez.

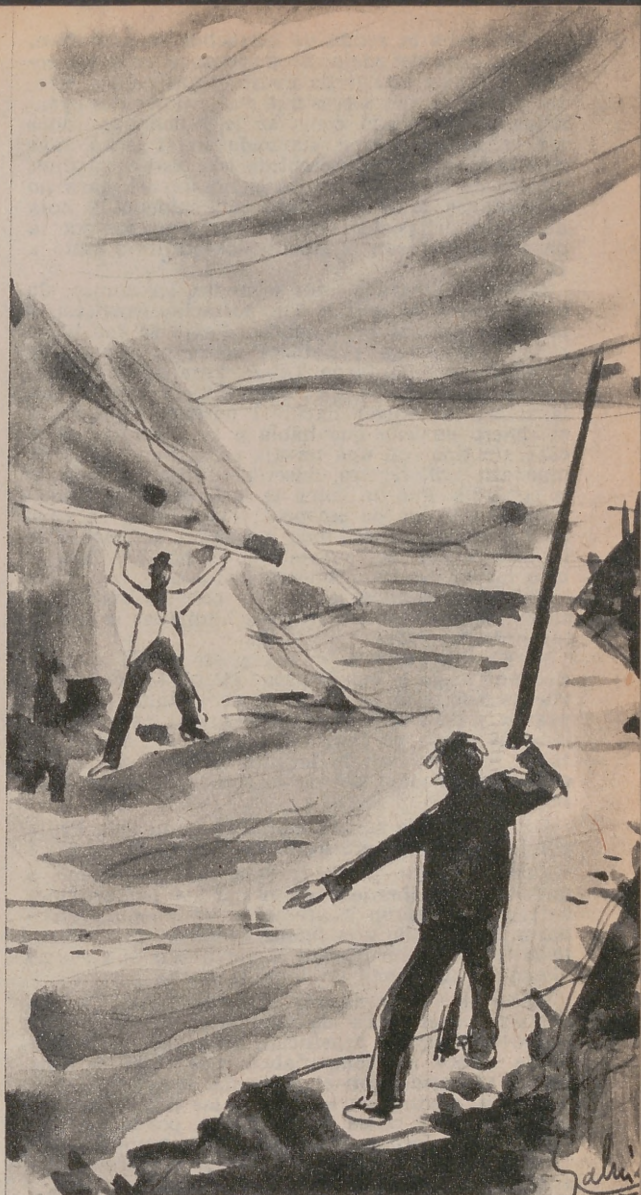
El viejo estuvo por ir a un abogado. O al Juzgado de Primera Instancia del partido. Luego reflexionó y cayó en la cuenta de que más valía dejarlo como estaba.

Río arriba, sobre el remanso de los intrusos, no había ya más remansos. La confluencia de los dos ríos hacía que la corriente se presentase demasiado rápida, excesivamente brusca en aquel trecho. Y era el afluente el que traía los tablones y los cabrios. Ellos estaban situados en la margen izquierda del gran río. La madera llegaba por el río pequeño, pero encabritado, que entraba en el grande por la margen derecha. Sólo les quedaba, pues, la posibilidad de maniobrar en plena corriente. Porque ni la otra orilla pertenecía al pueblo ni era fácil atravesar, con aquella rápida corriente, las aguas.

La faena se convirtió en una quehacer duro y arriesgado. Ya no podían meterse en el agua y guiar las tablas. Tenían que hacerlo todo desde las peñas pulimentadas, resbaladizas, cortadas a pico. Además, la dificultad de arrastre aumentaba doblemente. Pero no había más remedio que mantener el ritmo de extracción.

Llegaban a casa derrengados y, a veces, con la noche encima. La madre y las hermanas tenían siempre el alma en un hilo y lloraban en silencio. La casa se volvió taciturna y desabrada.

Hubiera querido el viejo volverse atrás cuando le dieron en el Ayuntamiento la pluma con que había de firmar la escritura de venta de las fincas. Mas esto sería una traición al hombre entero que llevaba dentro. Firmó. Y al sonar la pluma arras-



trándose torpemente por el papel, le parecía que rasgaba al propio tiempo su misma carne.

Ya estaba todo hecho.

—Que sea lo que Dios quiera—exclamó para sus adentros mientras bebía con la parte contraria y con los testigos una cuartilla de vino.

## VI

Y a medida que el tiempo avanzaba acampaban junto al río nuevos desertores de la tierra. Sí, la miserable tierra. Cuajada de peñas y malezas, era en los claros un puro cascajar. Sólo los huertos alineados a lo largo de la rivera disfrutaban de abundante limo en una tierra de aluvión, negra y esponjosa. Había que comer pan de centeno todo el año y morirse de asco segando unas espigas ralas y enclenques, abrasadas de «gatufñas» y «reventinos», terribles parásitos. Los duros de plata que empezaron a botar los tipos que andaban a la madera en el mostrador y en las mesas de la taberna recién abierta alucinaron los ojos y la mente de los labradores. Sólo unos pocos, los que llevaban fama de sensatos, los que serían capaces de dejarse matar por un rayo antes que permitir que la tormenta arrastrase las parvas de la era, siguieron arreando amorosamente sus vacas, mientras sorteaban las peñas con el arado en sus diminutas parcelas. Y éstos compraban las tierras de los otros.

Y nacieron tres tabernas más. En las jornadas de ocio, que también las había, el «mus» y «las siete y media» eran el pan nuestro de cada día. Y al final, ya se sabía: los borrachos alborotaban el pueblo con obscenidades cantadas entre hipo y vomitonas.



Una noche la ronda de borrachos se paró frente a la casa del viejo. Se pusieron a cantarle coplas a las hermanas de Pedro; unas coplas atroces y turbias, tan soeces que dolían los oídos oyéndolas. Pedro sintió cómo se le hinchaban todas las venas del cuerpo, tumbado en el lecho, mas desvelado por haber discutido con Esther algunos puntos de vista. Se deslizó sigilosamente para no despertar a Marcos y abrió con cuidado la hoja de arriba del postigo, que chirriaba menos que la de abajo. Sonaron levemente los goznes y saltó a la calle.

Se quedó plantado unos segundos, en camisa, sin notar apenas el relente. Los borrachos volvieron a la carga con sus brutalidades. Pedro se fué hacia ellos, cerrando a puñetazos sobre el grupo. En principio le aguantaron. Luego, ante los golpes rudos, secos, bárbaros, de Pedro empezó a disolverse la ronda. Al volver hacia el postigo saltó, desde el rimero de leña que había a la izquierda de la casa, un tipo con una navaja en la mano. Fué un pinchazo ágil, certero, miserable: hijo legítimo de la cobardía. Fué un golpe «a traición». En seguida sonó un disparo de escopeta; luego, otro. El viejo no había llegado del todo a tiempo. En medio de la calle quedó el cadáver de un hombre. Era el hijo mayor de los primeros intrusos.

Pedro, sujetándose el vientre con las manos, se metió en casa. La madre y las hermanas se levantaron desfavoridas.

—¡Vamos, vosotras meted a ése en la cama y decidme luego lo que le pasa! ¡Y tú, Marcos, antes que se nos eche el pueblo encima, salta por esos prados y trae al médico en seguida! ¡Vamos, vamos, de prisa; yo guardaré la puerta! ¡Al que intente meterse aquí le levanto la tapa de los sesos!—dijo el viejo, salvando con rabia, sin moverse del postigo.

Un reguero de sangre marcó el camino de Pedro por la casa. Todo era agitación dentro de ella.

Contra lo que pensó el viejo, sólo acudieron a curiosear el tabernero y un par de parroquianos o tres. Ni llegaron a acercarse totalmente. Adivinaron lo ocurrido y se fueron sobrecogidos. La gente le tenía mucho respeto al viejo. Mas el viejo no abandonó la puerta en toda la noche.

Antes que llegaran las primeras luces del día fueron por el coche de alquiler y se llevaron a Pedro al Hospital Provincial. La madre y la hermana menor le acompañaban. Los oídos le zumbaban al herido, con el ruido del motor, y por la carretera, camino de la ciudad, las tripas intentaban salirse, a causa de los baches, por la herida.

El pueblo dormía y vigilaba a un tiempo.

Poco después de salir el sol llegó el Alcalde con el juez de Instrucción y una pareja de la Guardia Civil. La gente estaba alborotada. El viejo seguía con la escopeta en la mano, detrás del postigo semientornado. Cuando los vio asomar, depuso el arma, abrió la puerta y saludó cortésmente. Luego

contestó, sereno, a las preguntas que le hicieron. Se lo llevaron esposado.

—Marcos, pórtate como un hombre. Cuida de tu hermana. Y de tu madre y de tu otra hermana, si vuelven sin Pedro. Que no se pueda decir nunca que te escondes como una comadreja—le recomendó al hijo mayor, al despedirse.

El pueblo, al verle marchar entre los correajes amarillos y los tricornos relucientes, sintió respeto y admiración por él. Sí, un hombre, por muy bárbaro que pareciese.

La muchacha de la posada surgió en la sala del hospital sin que Pedro hubiese podido sospecharlo, pues ni siquiera se había acordado de ella. Miraba a una cama y a otra, caminando despacio por el pasillo que dejaba la fila de enfermos. A Pedro se le desbocó el corazón en el pecho.

Le tendió la mano al herido. El se la estrechó débilmente, desmadejado por la fiebre. Ella le infundió ánimos con los ojos. Pedro le sonreía, inquieto, al mismo tiempo, cómo lo había sabido, por qué motivos estaba allí, a su lado. Ella comprendió, aun sin hablar él.

—El chófer. Sí, ha ido a comer a la posada—explicó—. ¡Dios mío!

A Pedro estuvieron a punto de saltársele las lágrimas. La ternura y el agradecimiento le embargaban. La madre y la hermana se miraron en silencio, sin comprender nada.

—Debes tener ánimo, mucho ánimo. No es demasiado grave. El médico de guardia me lo ha dicho. No, no es demasiado grave. Ojalá estuviese papá aquí, en la ciudad, en esta ciudad. Te operaría él. Sí, se lo pediría yo y lo haría. Mas, no, no; es preferible no hablar de esto... ¡Ten ánimo, mucho ánimo!—recalcó la chiquilla.

A poco se despidió. Había hecho una escapada y necesitaba estar pronto de vuelta. Ni Pedro ni ella comprendía lo que ocurría entre ambos. Era absurdo, mas existía ya una ligazón insoslayable.

—Vendré alguna vez más—prometió al marcharse.

Pedro se acordó de Esther. Y de las tierras vendidas. Y reflexionó un instante sobre la tragedia que las tablas del río habían engendrado. Y oía la música de los atardeceres de primavera: el croar lejano de las ranas; los cencerros de las vacas en los valles; la falta de los pastores en los riscos; las campanas convocando a los feligreses al rosario; el silencio de los mozos en la escuela nocturna, frente al encerado, plagado de raíces cuadradas y quebrados.

Se durmió.

Al cabo de un rato, tras el sobresalto de un sueño atroz, salió, en una camilla, para el quirófano. Y la madre y la hermana escondían la cabeza entre sus manos, junto al lecho vacío, esperando la vuelta de Pedro. Porque no podían comprender, a pesar de la advertencia del cirujano, que no volviese, que se lo llevasen al depósito.

—Este timpanismo del vientre no me gusta—había dicho el médico, momentos antes de poner los enfermeros en la camilla a Pedro.

El postigo de la casa del viejo permanecía cerrado y las gentes del pueblo miraban de soslayo para allí al pasar. Y el que se acordaba del suceso desviaba sus pasos del sitio donde cayera como un fardo el asesino de Pedro.

Una mañana, a poco de salir de la cárcel el viejo, se abrieron los postigos y la familia enganchó los machos. Los machos, porque las vacas habían sido vendidas con las tierras. Las tres mujeres estaban pálidas y tenían los ojos enrojecidos. Marcos y el viejo andaban con aire cansado, fruncido el ceño. Marcos, sin embargo, parecía más hombre.

Cuando estuvo todo preparado, salieron del pueblo. Nadie logró adivinar hacia dónde partía la caravana.


Y el pueblo siguió extrayendo madera del río. Y gastándose en borracheras que no conducían sino a la miseria.

Y llegó un día en que el río se negó a arrojar tablas. Y cundió el hambre. Y los hombres parecían mendigos, tumbados al sol. Y las mujeres, arpias, y los que no se resignaron a convertirse en mendigos, se dejaban las uñas en sus propias tierras. En las tierras que un día les vendieron por cuatro cuartos a los amos de ahora, a los cinco o seis amos del pueblo.

Y todo trascendía a muerte, sin resurrección posible.





A stylized, high-contrast illustration in white and black. On the left, a figure is composed of various geometric shapes: a large circle at the top, a smaller circle below it, a central figure with a face-like shape containing two small crosses, and a body made of rectangles and trapezoids. The figure's hands are shown as simple shapes. To the right of the figure is a large, open cardboard box, also rendered in a stylized, geometric manner. The background is a solid dark color.

envase de carton

protege  
pero  
no  
pesa

es el practico envase  
para todo producto  
que llevara su mercancia  
hasta el punto de destino  
en las mejores condiciones  
de seguridad y economia  
INFORMESE EN SU  
PROVEEDOR HABITUAL

LA MATERIA PRIMA DE LA VIDA MODERNA ES EL PAPEL



CLARIN



EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# LA IGLESIA ANTE EL CAPITALISMO

Por DAUPHIN-MEUNIER



EL hecho ha precedido con mucho a la palabra.

Desde hace siglos en todos los países de Europa occidental se instauró, lenta, progresivamente, un conjunto de reglas conscientes o inconscientes, dentro de las cuales se efectuaba una actividad económica que todavía no había recibido un nombre. Un tipo de hombre nuevo había aparecido haciendo rápidamente escuela: había roto con todos los comportamientos tradicionales y sustituido sus métodos. No se sabía todavía con qué términos se le podría mejor definir: negociante, aventurero-comerciante o burgués-empresario.

## APARICION DEL CAPITALISMO

No es hasta el segundo cuarto del siglo XIX cuando las palabras capitalismo y capitalista aparecen en el vocabulario. Es probablemente Luis Blanc el inventor de la palabra. La emplea como un neologismo, del que parece excusarse en su libro sobre *La organización del trabajo*. Albert Schaeffle, el economista alemán, lo volverá a utilizar veinte años más tarde, asegurándole ya un auditorio universal cuando lo ponga a otro término en una obra célebre: *Capitalismo y Socialismo*. Desde entonces se designará como capitalistas a los animadores del régimen económico de los tiempos modernos, y en la boca o en la pluma de los epígonos del marxismo, un matiz peyorativo recubrirá este término.

El régimen capitalista, en un primer examen puede ser definido como el régimen que asiste al progreso económico por la acumulación sistemática y el empleo eficaz de los bienes de capital. Este contribuye a acrecentar el rendimiento del trabajo humano y la explotación de los recursos naturales. Para que la acumulación del capital conserve toda su fecundidad, importa que intervenga la innovación. Y es aquí en donde aparece en toda su importancia el papel del empresario capitalista. Pero el capitalismo no reposa solamente sobre la acumulación y la fecundidad de los capitales, y tiene también bases jurídicas. Así, al lado de los capitales técnicos, de los cuales la máquina es el mejor ejemplo, aparecen también los capitales jurídicos, que no se identifican con los bienes materiales y que son la expresión y que proporcionan a su propietario un ingreso periódico sin contrapartida del trabajo actual de su parte. El propietario de una acción de sociedad anónima, jurídicamente copropietario de esa sociedad, puede al fin del ejercicio financiero y obtener un dividendo resultante de los beneficios obtenidos por la sociedad, sin que haya suministrado a ésta otra contribución que una aportación inicial de fondos.

EN doscientas páginas escasas, Dauphin-Meunier ha sabido resumir concienzudamente toda la doctrina de la Iglesia ante el problema del capitalismo. Abordando el tema desde sus orígenes más remotos, el autor presenta la actitud de los Santos Padres y Pontífices durante el desarrollo de este fenómeno económico y pone de relieve la contribución, no pequeña, que aporta el calvinismo a la forja de la mentalidad capitalista. Libro encaminado a compendiar toda una serie de largas cuestiones, por ser todo lo que en él se trata de extraordinario interés y de una palpitante actualidad.

DAUPHIN-MEUNIER (A.). «L'Église en face du Capitalisme». Bibliothèque «Ecclesia». Librairie Arthème Fayard, París, 1955.

## DOMINIO ESPIRITUAL DE LA IGLESIA MEDIEVAL

Los dos aspectos, técnico y jurídico, del régimen capitalista han sido perfectamente comprendidos por los Soberanos Pontífices. Ha sido en virtud de su magisterio lo que ha llevado a la Iglesia a definir, a su vez, el régimen capitalista—sistema que saca su nombre de la acumulación de bienes privados—, con el fin de poder juzgar no si lleva a cabo correctamente una determinada técnica,

sino si sirve o no a los fines últimos del hombre.

El capitalismo vale como un instrumento. En la medida en que este régimen testimonia su fecundidad técnica y contribuye al reforzamiento de las virtudes cristianas, o, por el contrario, viola el orden y marca un retorno hacia el paganismo, la Iglesia lo aprueba o lo censura.

La Iglesia, en efecto, no tenía nada que temer del capitalismo en sus orígenes. Como en la Edad Media dirigía la vida espiritual y moral de toda la sociedad, como había llegado a someter a sus propios fines las técnicas económicas de la antigüedad, después de la conversión de Constantino, y más tarde, al coordinar el ritmo de la actividad económica de la Edad Media, estaba autorizada a creer que el espíritu del capitalismo continuaría siendo suyo.

Desde el Concilio de Letrán, en 1215, disponía, además, de un medio de acción poderoso y directo sobre las almas, la confesión auricular, convertida en obligatoria, una vez al año por lo menos para todo adulto. Fué para ayudar a los confesores a disipar las dudas de los penitentes por lo que los teólogos multiplicaron las sumas teológicas, colecciones de preceptos para todas las circunstancias de la vida, comprendidas en ella las de los negocios. La teología moral cubría así una verdadera teología económica, de la cual la doctrina social de la Iglesia contemporánea no es más que un ulterior desarrollo.

Los hombres de negocios eran sinceramente religiosos. Los libros de razón que han llegado hasta nosotros, y en los cuales transcriben los hechos salientes de su vida familiar y profesional, nos lo atestiguan, así como las fundaciones piadosas que instituyeron testamentariamente. Cada uno vivía verdaderamente en el respeto de los Mandamientos de Dios y de su Iglesia; todos se jactaban de ser ortodoxos y su cuidado por la ortodoxia les llevaba cada vez más a una profundización mayor de la cultura, pues entonces no había en Europa otra cultura y otra civilización más que las cristianas. Fué en este clima en donde se desarrolló la doctrina de la avaricia.



A diferencia de los economistas clásicos de los siglos XIII y XIV, que enseñaban que todo hombre se guía por el interés personal y el deseo de enriquecerse, los teólogos católicos no han cesado de condenar la persecución de la riqueza como fin por sí solo. Para ellos, la búsqueda de la riqueza por el placer de la ganancia es avaricia, uno de los siete pecados capitales.

Ya los Padres de la Iglesia, desde Clemente de Alejandría a San Ambrosio y San Agustín habían ampliado las condenas dadas por Cristo y registradas en los Evangelios de San Mateo y de San Lucas. Para los Padres, las riquezas no son malas en sí, pero presentan peligros para la vida cristiana. Lo que les parece condenable es el amor a estas riquezas, la avaricia en su búsqueda o la codicia y la terquedad en su posesión. Estos tres elementos constituyen la avaricia, habiendo pertenecido a Santo Tomás de Aquino el definir de una manera definitiva este gran pecado.

Santo Tomás vió en la avaricia el amor immoderado por el dinero y los bienes exteriores que este representa. Es un pecado contra Dios, pues hace preferir los bienes temporales a los bienes eternos; es un pecado contra el prójimo, porque cualquier hombre que tenga superabundancia de riqueza daña a otro que le falta lo necesario; es un pecado contra sí mismo, por el desarreglo del corazón que lleva consigo y porque hace siervo al hombre, ser razonable de los bienes materiales de naturaleza inferior.

Considerados los actos exteriores que hace cometer, la avaricia es contraria a la justicia. El hombre sometido al dinero no busca, en efecto, otra cosa que amontonar éste más allá de lo que tiene derecho y a obtener beneficios por vías y fines opuestos a los que son justos. Opuesta a la liberalidad, virtud aneja de la justicia, la avaricia es un pecado intermedio entre los de la carne (lujuria) y los del espíritu (el orgullo), que va directamente contra Dios. Tiene rasgos originales que le asignan un lugar muy especial en el comportamiento humano. Contraria a la justicia, arrebatada al que la posee toda quietud moral y toda paz material, introduce el desorden en el juego de las fuerzas económicas y en las relaciones normales en el seno de la ciudad. Mantenido esta doctrina por todos los escolásticos, se enriquecerá repetidas veces en el curso de la Historia y conocerá una nueva floración en la época contemporánea, fruto de la actividad de los Papas León XIII, Pío XI y Pío XII.

LA MENTALIDAD PURITANA

Esta doctrina, durante los siglos XV y XVI, contribuirá a fortalecer las fuerzas morales de los empresarios, y, por lo tanto, dará al régimen capitalista de entonces un matiz claramente cristiano. Fué Calvino el que iba a ponerse enfrente de las posiciones católicas, y allí donde la Iglesia romana consideraba la acumulación de capitales como un medio para favorecer al bien común, Calvino va a presentar la adquisición de las riquezas como un fin en sí agradable a Dios.

El gran capitalista en su enriquecimiento encontrará una prueba de su predestinación en su bienestar; el pobre será un pecador a quien le falta la gracia. Calvino exalta el individualismo. Bajo su influencia, el espíritu del capitalismo será un espíritu de lucro y de injusticia, teñido de fariseísmo. El hombre del capitalismo será desde ahora el puritano. «El puritano se honra con ser rico—ha escrito André Siegfried, y su opinión merece tanta más atención cuanto que su autor pertenece a una vieja familia protestante—; si saca beneficios, gusta de decir que es la Providencia la que se los envía; su riqueza incluso se convierte, tanto a sus ojos como a los de los demás, en un signo visible de la aprobación divina. Llega a no saber lo que hace por deber y lo que hace por interés; ni siquiera quiere saberlo, porque se acostumbra a explicarlo por su sentimiento del deber de sus propios actos que le sirven más útilmente... se hace difícil en estas condiciones distinguir la aspiración religiosa de la persecución de la riqueza... El dinero se convierte no solamente en el símbolo del poder de crear, sino una especie de justificación moral: la eficacia en la acción aparece como una virtud cristiana, y no se distingue ya más que incompletamente lo que se realiza por Dios y lo que se hace para contribuir al desarrollo económico de la nación.»

Como los judíos, los puritanos han contribuido a difundir por todas partes en donde su influencia se ha hecho sentir, una mentalidad diferente de la mentalidad católica. Al confundir más o menos conscientemente los valores espirituales y los valores temporales, han dado al espíritu del capitalismo una orientación que no podía por menos de suscitar las reacciones y las condenas pontificias. En dondequiera que aparece, rápidamente el calvinismo testimonia un dinamismo y un proselitismo que no conoció nunca la reacción luterana.

PROTESTANTISMO Y VOLTERIANISMO DEL REGIMEN CAPITALISTA

Por todas partes el calvinismo penetra en las clases que se encuentran más directamente en contacto con las manifestaciones del capitalismo. La herejía parece sumergirlo todo. Cuando al mismo tiempo una crisis financiera de una gravedad excepcional ocasiona la doble bancarrota de las dos grandes monarquías católicas, arruina a los banqueros de la curia romana, destruye las condiciones que hicieron en un tiempo posible la cooperación entre la Iglesia y el capitalismo naciente. Es esta misma crisis la que abre las puertas a los financieros y a los hombres de negocios impregnados del espíritu de Ginebra, dándoles unas posibilidades de acción inesperadas.

Marx ha podido definir el protestantismo como la religión burguesa por excelencia, definición más calibrada aún por su yerno Lafargue: «El protestantismo es la auténtica expresión religiosa de la forma capitalista de la producción y del intercambio.»

Al día siguiente de las guerras napoleónicas, cuando parece que toda la Europa obedece desde entonces servilmente a los Emperadores y a los Reyes, reunidos en una «Santa Alianza», de hecho y en todos los países la realidad del Poder está en manos de los capitalistas. El régimen que va a marcar con su sello la época que va de 1815 a 1913 no ha sido bautizado por la burguesía de ne-

**Bajo un techo de piel**

CENTRAL FUSIONADO

**ALFA**

LA MAQUINA DE COSER Y BORDAR FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

Una imagen paradójica... pero cierta. En las reservas indias, los "skows" emplean también la super máquina de coser y bordar ALFA. Por su resistencia y economía ALFA se ha impuesto en todas partes, siendo un lazo de unión entre las mujeres del mundo entero.



gocios. Han sido los historiadores y los economistas los que le han calificado de capitalismo liberal, para distinguirlo de la forma primitiva del capitalismo comercial.

El espíritu de este capitalismo es un espíritu usurario que tiende a la degradación de los valores morales. Subordina toda la búsqueda de la mayor ganancia monetaria al beneficio y desdena a la justicia. Finalmente, el capitalismo liberal ignora voluntariamente los derechos de la persona humana; régimen amoral, sacrifica la persona de los asalariados, considerándoles como simples herramientas de la actividad económica, así como la de los empresarios menos aptos para sostener una competencia implacable. El paro de los unos, el fracaso de los otros constituyen la condición misma de la vitalidad del régimen; la miseria obrera, la proletarización de los artesanos, en resumen la explotación del hombre por el hombre, son sus consecuencias inevitables.

Entre el capitalismo liberal e industrial y el protestantismo se enlazan desde su origen lazos innegables, como los que unieron al capitalismo comercial y al calvinismo. Estudiando la historia económica de Alemania, Schnabel llega a encontrar exacta la fórmula según la cual «la máquina tiene algo de protestante». En Francia, tanto durante la Restauración como durante la Monarquía burguesa, los promotores de la industrialización principalmente en Normandía y en las regiones del Este, son todos ellos protestantes. Igualmente lo son los teóricos del régimen en todos los países. En las naciones como en Italia, donde el protestantismo no ha representado ningún papel, es el jansenismo—importación extranjera, injerencia calvinista en el seno del catolicismo—quien parece haber sido el introductor y el sostenedor del capitalismo liberal.

Según los países, la actitud de la mayor parte de los jefes de empresa, con respecto a la Iglesia, varía. Inglaterra, hostil al Papado, muestra también reservas hacia la Iglesia Anglicana. En los países de mayoría católica, como Bélgica, la Prusia renana y sobre todo Francia, el votarianismo era la filosofía, por no decir la religión de la mayor parte de los jefes de empresa. Sin embargo, éstos no hacían abiertamente una profesión de ateísmo. Creían sinceramente que es necesaria que exista una religión para el pueblo; la educación y la moral religiosas, le parecían la mejor garantía del orden social. Y es que, precisamente, hasta cerca de 1860, la clase obrera permanece junto a la religión tradicional. Se puede incluso decir que hay dentro de ella una renovación religiosa, menos estudiada y menos conocida que la que se expresó en ciertos medios literarios, y sin duda más profunda y más duradera.

#### LA IGLESIA ANATEMATIZA EL CAPITALISMO

Gregorio XVI había denunciado públicamente los errores del liberalismo. Su sucesor, Pío IX, no contento de renovar las condenas frecuentemente lanzadas por la Iglesia contra el racionalismo, quiso pronunciar un juicio solemne sobre los errores que acompañan al capitalismo moderno codificando en cierto modo toda una serie de textos sobre este tema. Tal fué el objeto de la encíclica «Quanta Cura» publicada el 8 de diciembre de 1864, en la fiesta de la Santísima Virgen, a la cual el Papa era muy devoto.

Pío IX reconoce en todos estos errores una fuente común: el liberalismo. Anatematiza finalmente el espíritu del capitalismo liberal y en términos solemnes afirma que «todas las opiniones y doctrinas perversas recogidas en la presente encíclica y cada una de ellas, las rechazamos, las proscribimos y condenamos por nuestra autoridad apostólica, y queremos y ordenamos que sean consideradas por todos los hijos de la Iglesia católica como reprobadas, proscribas y condenadas».

La emoción levantada en el mundo católico fué enorme. En efecto, la encíclica parecía definitivamente condenar todas las tentativas de conciliación entre la Iglesia y el mundo moderno, iniciadas por Lamennais y por los que se llamaban católicos liberales y que contaban entre sus filas a obispos y teólogos de gran mérito.

La encíclica iba acompañada de un «syllabus» o catálogo de los principales errores de nuestro tiempo. El Papa condenaba sin apelación al régimen capitalista liberal: su naturalismo, su materialismo

y su racionalismo absoluto. Finalmente, denunciaba las proposiciones del liberalismo político, proposiciones singularmente nocivas.

#### LA IGLESIA ANTE LAS FORMAS DEL CAPITALISMO EN EL SIGLO XX

Los trece primeros años del siglo XX pertenecen aún al XIX por su estilo de vida, su filosofía y su economía. La primera guerra mundial marca la ruptura y abre un mundo económico, social y político nuevo; desde entonces será imposible a los Gobiernos y a los pueblos restaurar el estado de cosas precedente. El régimen capitalista va a conocer una crisis, pero no de coyuntura, como las que periódicamente han acompañado su crecimiento, sino de estructura. El capitalismo liberal desaparecerá, cediendo su puesto al capitalismo de los grupos y monopolios.

Esta sustitución no se hace bruscamente y en las mismas fechas. El capitalismo liberal conoció una insidiosa degradación muy anterior a la guerra de 1914-1918. Es, sin embargo, esta contienda la que precipita y hace evidente su decadencia. La guerra y la posguerra suscitan en todas partes violentas sacudidas de un nacionalismo frecuentemente ciego, que favorece el desarrollo del proteccionismo y el reforzamiento del estatismo. Al abrigo de la protección, las empresas capitalistas se refuerzan, forman asociaciones y coaliciones de intereses con el fin de actuar con mayor poder sobre los Poderes públicos, con el fin de conservar sus ventajas. En la industria, en la banca, en el comercio, en la hotelería incluso, las grandes empresas eliminan a las pequeñas por absorción o por destrucción. La concentración no se limita al interior de una rama de actividad; engloba frecuentemente diferentes ramas cuando una empresa llega a colocar bajo su dirección a firmas tituladas en estadios sucesivos de la fabricación.

Después de 1929, tras el desencadenamiento de la crisis mundial, el problema de la asociación se plantea en el plano internacional. Los precios mundiales de las principales materias primas se han desplomado verticalmente. Las alianzas internacionales de productores, para mantener su monopolio, practican el malthusianismo económico; a falta de una organización satisfactoria relativa al reparto de materias primas o a una reglamentación de la producción nacional, provocan «la miseria en la abundancia». Es ésta misma la que deprecia al capitalismo de los grupos privados y la que la clase obrera tolera tanto menos fácilmente cuanto que ella misma ha constituido otras combinaciones monopolísticas: las centrales obreras, las federaciones obreras de la industria que se presentan ahora en el mercado del trabajo dominando la oferta. Los Sindicatos, con el acrecentamiento de sus efectivos y de su importancia económica ven aumentar su papel legislativo y no vacilan en esbozar programas de renovación estatal.

El liberalismo no está solamente condenado a muerte por los hechos, lo está también por los espíritus. La crisis del capitalismo del siglo XX es sin duda una crisis técnica y económica, pero lo es también y quizá antes, una crisis metafísica.

En 1931 la angustia ha llegado a su cúspide. La crisis económica que comenzó en 1929 se ha transformado rápidamente en una crisis mundial de crédito y desequilibrio de precios. No se trata de una crisis de funcionamiento del régimen capitalista, sino de una crisis de estructura. En el momento más agudo de esta gran depresión, todo parece perdido. Los lazos económicos internacionales están prácticamente rotos y cada nación se refugia, al abrigo de las fronteras aduaneras en la autarquía. El paro alcanza cifras gigantescas; el estatismo se refuerza y la confusión esta en todas partes. Y es entonces cuando se eleva la voz de Pío XI. Este gran Papa «tiene el don de sentir vivamente en su alma esta nueva miseria humana y de comprender las necesidades del orden futuro». Cuarenta años después de la «Rerum Novarum», el 15 de mayo de 1931, publica la encíclica «Quadragesimo Anno».

El Papa se ocupa primeramente de los profundos cambios sufridos desde León XIII en el régimen capitalista. La dictadura económica de las combinaciones de monopolios ha aplastado la libre competencia. Esta dictadura busca esclavizar para sus fines el poder político. ¿Cómo restablecer el orden económico y restaurar el Estado? El ca-



pitalismo de los grupos es incapaz por sí mismo de reformarse y de reemplazar la vida económica bajo la ley de un principio justo y eficaz. «Por ello—dice el Papa—es a principios superiores y más nobles a los que hay que pedir que gobiernen con una severa integridad los poderes económicos, es decir, la justicia y la caridad social. Esta justicia debe penetrar completamente las instrucciones de la vida de los pueblos y su eficacia verdaderamente operante debe manifestarse por la atracción de un orden jurídico y social que informe toda la vida económica.

Pío XI indica cómo deben ser construídas las instituciones del nuevo orden social, resueltos los problemas que angustian a los contemporáneos. Si el Papa se pronuncia con semejante autoridad sobre los problemas económicos, y si en el propio preámbulo de la encíclica reivindica el derecho y el deber de hacerlo, no olvida, sin embargo, su magisterio espiritual. Antes que otra cosa hace ver que el desorden contemporáneo es por encima de todo intelectual y moral. El fracaso del racionalismo mecanicista deja un vacío que hay que llenar utilizando de nuevo los principales motores del catolicismo. No basta con comprobar cómo las condenas pontificias han sido justificadas por los hechos y que el tiempo del cientifismo orgulloso ha pasado. Es necesario galvanizar las fuerzas religiosas y promover una auténtica «racionalización cristiana». Y Pío XI se emplea en esta tarea.

#### LA IGLESIA Y EL CAPITALISMO DEL ESTADO

Hubo un tiempo en que el infierno soviético parecía mantenerse bien apartado gracias a aquello que se llamó cordón sanitario. Pero en 1937 sus llamas prenden a España. Hay que reconocer que en julio de 1936 algunos buenos observadores pudieron equivocarse asimilando la insurrección, que el general Franco iba a ponerse rápidamente a la cabeza con un pronunciamiento del tipo clásico español. Algunos meses más tarde era necesario rendirse a la evidencia: la guerra que se desarrollaba más allá de los Pirineos no era un lucha civil, sino el prodromo de un conflicto entre el imperialismo soviético y las fuerzas cristianas. Franco era el Jefe de una Cruzada que combatía por la reconquista de una tierra de cristiandad.

Los horrores del comunismo en España suministraron al Papa Pío XI la ocasión de intervenir «Esta espantosa destrucción—escribe—se ha perpetrado con un odio, una barbarie y un salvajismo que no se había creído posible en nuestro tiempo. Ningún juicio particular sano, ningún hombre de Estado consciente de su responsabilidad puede pensar sin estremecerse de horror que los acontecimientos de España puedan repetirse mañana en otras naciones civilizadas.» El 19 de marzo de 1937 apareció la Encíclica «Dumini Redemptoris». No era la primera vez que la Santa Sede elevaba su voz contra el comunismo. El comunismo, en su presentación actual, es denunciado desde el punto de vista religioso, filosófico y social. El mayor agravio del Papa respecto a la planificación soviética no es de tipo económico. Esto Pío XI se lo deja a los economistas. La crítica pontificia se coloca sobre un plano superior: la supresión de las libertades económicas que trae consigo la sustitución de la planificación sobre el capital de competencia provoca la desaparición de otros valores infinitamente más preciosos.

Posteriormente Pío XII definirá los puntos esenciales de la doctrina económica de la Iglesia, y en su mensaje de Navidad de 1951 mostrará sus reservas hacia los dos bloques en que se encuentra dividida la tierra: «El mundo que gusta llamarse con énfasis libre se hace muchas ilusiones y no se conoce realmente. Su fuerza no reside en la verdadera libertad... En el otro mundo, el colectivista, la sociedad no es más que una inmensa máquina, cuyo orden es sólo aparente, pues no hay más orden que el del espíritu, la libertad y la paz.»

La civilización contemporánea, sin renunciar a ninguna de las admirables adquisiciones de la técnica capitalista, será cristiana si los cristianos lo quieren y si ellos se penetran, tanto en su vida íntima como en su comportamiento económico y social, de las enseñanzas de la Iglesia. Y es a la consecución de esta victoria a la que nos invita Pío XII con energía y caridad paternas.



## CABALLEROS

*Elegancia de otoño en*

**Galerías Preciados**



# FIN DE CURSO EN LA ESCUELA JUDICIAL

## 49 ALUMNOS QUE VAN PARA JUECES Y FISCALES

### CHARLA CON DON MANUEL DE LA PLAZA, DIRECTOR DEL CENTRO



NO soy pintor. Pero si pintase, pintaría a don Manuel de la Plaza así: de pie, hablando de pie con los dos brazos abiertos, sonriente, o tal vez muy emocionado, paternal y proyectado sobre el edificio de la Escuela Judicial. Así veo humanamente al nuevo Presidente de la Sala Primera del Tribunal Supremo.

No sé si situar la charla en la Escuela o en su casa. Lo he visto en su casa, pero en realidad él está en los dos sitios. O mejor todavía, la Escuela continúa en su casa. Los jueces jóvenes, los de las cuatro promociones que por su aula pasaron y que hoy ocupan la casi totalidad de los Juzgados de Entrada y no pocos de ascenso escriben preferentemente a su casa. A don Manuel. Y don Manuel les contesta pronto.

- Concretando: de la Escuela, ¿qué queda entonces?
- Lazos espirituales. En el peor de los casos, eso por lo menos. Subsisten.
- Los propósitos, los fines de la Escuela, ¿cuáles son?
- Enseñar lo que inmediatamente ha de practicar y crear en los unos una conciencia moral y profesional.
- Las oposiciones de antaño, claro, no bastan.
- Como mal menor...
- Don Manuel no desdén las

oposiciones, pero las considera insuficientes.

—En las oposiciones no se conocen las calidades técnicas ni morales—insiste rotundo.

Esta fué su tesis en una conferencia pronunciada en la Academia de Jurisprudencia. Tesis que recogió el entonces Ministro de Justicia, don Eduardo Aunós, para ir a la gestación de la Escuela, abierta en tiempos de don Raimundo Fernández-Cuesta, y alentada, vivificada por ellos dos, como por el actual, señor Iturmendi. Y, en todo momento, el paternal cuido, desvelo y entrega personal de don Manuel.

—¿La Escuela es un ensayo?

—Ya, no.

—¿A qué conclusión ha llegado usted al cabo de estos cinco años?

—Que es un elemento insustituible para la formación de jueces y fiscales.

—¿No hay peligro de crear un espíritu de clase?

—No. Sólo un sentimiento de hermandad, producto de la unidad de destino. Se conocen, se compenetran. Coinciden en el fin.

El proceso es claro y corto: oposición, pero para ingresar en la Escuela. Y, aprobado, se convierte el alumno en aspirante a

Judicatura. Para ser juez, hay que pasar por la Escuela. Un año, dos... Ahora, a causa de las numerosas vacantes un año dividido en dos cursos semestrales. Pronto, muy pronto, más.

—En tanto tiempo puede reconocerse la vocación. ¿No es uno de los objetivos?

—Sí. Puede atisbarse la vocación.

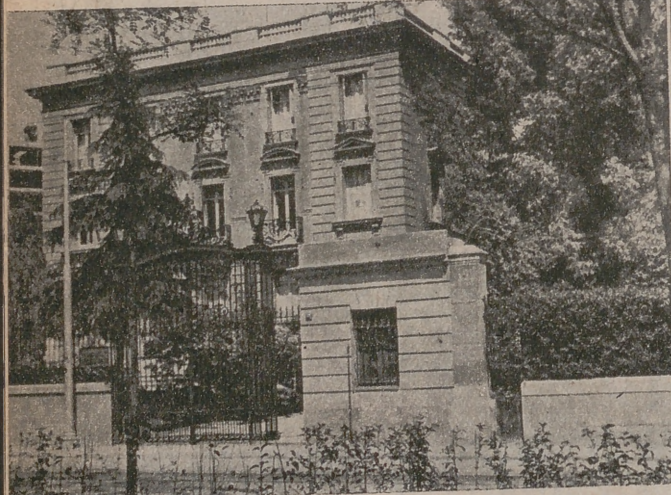
Y de repente empalma: —No hemos tenido que eliminar ningún alumno.

#### TRESCIENTAS PESETAS DE «BECA» PARA UN ESTUDIANTE

Los años parecen haber guardado mucho respeto. Don Manuel, muy ágil, tan pronto está sentado como de pie, tras la mesa del despacho de su casa. Un despacho no grande, pero bien aprovechado; es decir, no hay espacio sin libros. Predomina un tono oscuro. Sólo hay color gris en su traje y en su pelo. Sus ojos vivaquean tras las gafas, casi con la misma rapidez que las palabras, que no son lentas ni perezosas, bajo la dulce fonética granadina, ciudad natal y muy presente en todas sus cosas.

Inteligente, muy diligente y dinámico y con las pruebas al canto. Pero quieto, muy quieto y estático, fijo, casi paralizado, cuando escucha. Y cala. Cuando para probar algo que dijo necesitaba de una revista, anduvo y desanduvo en la búsqueda, para terminar convocando a la donce-

Edificio de la Escuela Judicial y una clase de la misma





lla de la casa que, con escalera en mano, facilitó el hallazgo.

—He leído ese diploma.

El diploma, uno de los dos cuadros que decoran los poquísimos espacios libres de la pared —el otro es el título de abogado— es de largo texto manuscrito, firmado por don Antonio Maura como presidente, y por Cotarelo. Pude leerlo bastante aprisa aprovechando una ausencia. En él se hace la concesión de un premio de trescientas pesetas al sacerdote don Francisco Ortiz Pérez por haber recogido un niño y a costa de su bolsillo particular sufragar los gastos de estudio de bachillerato, Derecho y luego su estancia en Madrid. Otorga el diploma y premio la Real Academia, en 1915, que ejercía el Patronato de la Fundación San Gaspar.

Don Manuel de la Plaza me mira fijo y escrutador.

—Ese niño soy yo.

Cae un telón de silencio, corto y denso. Un segundo, o dos, de silencio, como tributo de homenaje. Gira de pronto para darle la vuelta a un retrato con pie existente en su mesa de trabajo.

—Este es don Francisco. Hoy, precisamente, se cumple el duodécimo aniversario de su muerte.

El silencio sigue envolviéndonos. Mientras repone el retrato, le contemplo recordando que me dijo que hoy por la mañana no podría recibirme por tener que cumplir algo de carácter privado. He sabido después que pasó la mañana en la iglesia. Algo meditando útubea y, por fin, se dirige a uno de los lados de la pequeña sala, descubre unos cortinones de terciopelo rojo y descubre una capilla.

—Esta es su capilla.

Un altar de tamaño normal, bien dispuesto, con retablo y una imagen de la Purísima Concepción. Una artística lámpara con llama viva. La licencia pontificia de Su Santidad Pío XII. Y tres reclinatorios, muy cercanos al altar. He aquí el inventario de la capilla, contigua, unida al lugar de trabajo.

—Pero ¿residió aquí, en Madrid?

—Me acompañó siempre.

Y aun hoy parece que le acompaña la bondad cristianamente heroica de aquel sacerdote.

### LA CASACION CIVIL, OBRA PREDILECTA

Mirando y remirando libros, dimos con unos de color grisáceo muy oscuros, situados en lo alto del estante.

—Los primeros que compré.

Los compré siendo ya juez. Antes, sólo libros prestados. Así, las carreras de Derecho y Letras en la Universidad de Granada. Y matriculas de honor en todas las asignaturas, con premio extraordinario en la Licenciatura. Y más: el premio local «Ovelar del Arco», por oposición, como también la pensión que se otorgaba al alumno más brillante de la Facultad de Derecho. Y, sobre esto dibujo, literatura, hasta versos de circunstancias. Aun quedó tiempo para pergeñar apuntes, utilísimos a sus compañeros. Por fin, doctor en 1907, y en Madrid.

—Ya doctor, serían inmediatas las oposiciones.



Los futuros jueces y fiscales, en un momento de descanso entre clase y clase

—Sí; pero a oficial administrativo del Ministerio de Gracia y Justicia.

—¿Tardó mucho en entrar en la judicatura?

—En 1911.

Aliaga, de la provincia de Teruel, fué el primer destino. De aquí, a Orce, en la Sierra de Segura. Y luego... En 1925, magistrado en Cádiz. De aquí a la presidencia de la Audiencia de Salamanca. Presidente fué también de la Audiencia Territorial de Tetuán, y más tarde secretario general de la Alta Comisaría de España en Marruecos, que culminó con su designación para la Dirección General de Marruecos y Colonias en el primer Gobierno nacional. Y fiscal del Tribunal Supremo, la única vez que ha sido fiscal, pero bastante duradero. Diez años de fiscal en el más alto Tribunal, récord de tiempo.

—¿Cuáles son sus obras fundamentales?

—Los tres tomos de Derecho procesal civil español y la monografía sobre casación civil.

—Y de estas dos la predilecta es...

—La segunda.

En cualquiera de ellas se pone de manifiesto su manera de ser: buscar el bien para los demás. Con su Derecho procesal ha ido tras fórmulas que eviten malgastar el tiempo y despilfarrar dinero. Un bien. Y una postura atrevida frente a la vieja inercia en las costumbres de la curia de entonces. Y no es fácil ni cómodo un rejuvenecimiento, una renovación de esta índole. Suele tener murallas tal empeño.

### UNA ESCUELA UNICA EN EL MUNDO

Nadie puede sospechar que haya una Escuela en el chalet de la Castellana habilitado para ella. Silencio, quietud, ningún coche en la puerta y unos jardines cuidados con mimo. Un edificio de tres plantas. Y 49 alumnos: 39 aspirantes a jueces y 10 a fiscales.

—Y, sin embargo, se necesita más vocación para la judicatura.

—¿Por qué?

—Los fiscales van a las Audiencias provinciales.

Don Manuel de la Plaza, en su despacho de trabajo





—¿Y cuántos suelen presentarse a oposición de ingreso?

—Centenaes.

El programa que tengo en las manos nada me dice por mi ignorancia en la materia, pero el oído me informa que su contenido justifica el número tan reducido de los aceptados. Exigente, amplio. De dura batalla a todos firmes. Y riguroso procedimiento.

—Sistema de bolas blancas y bolas negras en la votación del Tribunal, en el que tienen asiento como miembros natos el presidente y el fiscal del Tribunal Supremo.

Y hay que medir los pasos: la aprobación en la primera eliminatoria lleva consigo la adjudicación de una beca; en la segunda, no. Si el resultado del examen de esta segunda también fuese negativo, quedará eliminado definitivamente.

El fantasma de la oposición no ha desaparecido. Aparece y desaparece ante la frenética imaginación de la juventud. Pero aquí hay algo más. Un algo que no puede salvarse recitando contestaciones. Aquí hay que poner en juego la persona, el modo de ser, la vocación, porque la administración de justicia no tiene exclusivamente como base las escuetas disposiciones. En este ministerio hay que interpretar y decidir.

—El hombre. La formación del hombre es lo que nos proponemos.

—No basta con Justiniano.

—Más. Bastante más.

#### LA QUINTA PROMOCION. PROXIMA A SALIR

—Don Manuel es un padre—dice con gravedad Lucas.

Lucas es el bedel, de tanta antigüedad en el cargo como la institución docente.

—¿Y los alumnos? Tendrá usted pocos problemas con ellos.

—Pocos.

Y lo creo. Aprobado el programa de ingreso, lo creo. Han de ser hombres de madurez intelectual.

No es de extrañar, por tanto, que todo aparezca en orden, sin apenas revelar ese carácter que a simple vista es fácilmente captable en los lugares donde se reúnen jóvenes en plan de estudio y aprendizaje. Aquí, no. Hasta las dimensiones. Aquí todo está en pequeño, proporcionado a sus fines.

En el mismo vestíbulo, a la izquierda, tiene su puerta una de las aulas, que al mismo tiempo sirve de salón de actos. Salón rectangular, con un óleo del Caudillo, con la investidura de doctor «honoris causa» de la Universidad de Coimbra al fondo, presidiendo. Sesenta butacas forradas de peluche rojo determina el número máximo de alumnos. Este número reducido facilita la intimidad docente.

Una clase, la clase de Técnica de procedimiento penal se pone en marcha sobre hechos. El profesor Jiménez Asenjo, junto a la pizarra, oye la lectura de una relación de hechos de un sumario. Se trata de un delito de daños por imprudencia temeraria en materia de circulación, tema candente de actualidad. El profesor

Jiménez Asenjo, algo calvo y moreno, pinta en la pizarra un cruce de calles. Y dos líneas punteadas indican las trayectorias de los vehículos, y un punto, el lugar de la colisión. Y vuelve la vista a la clase:

—¿Quién es culpable?

Y entran en discusión todas las posibilidades legales. Los vehículos, maltrechos y culpables, entran ahora, guiados por futuros jueces, por el mundo intrincado y tupido, al menos para el profano, de las leyes. Un artículo por aquí; otro por allá. Se generaliza el diálogo, con participación de todos los asistentes. Todo en serio, todo en orden. Y así se llega a la ley de aplicación. Cuando la clase termina, aún sigue la discusión. La Escuela, realista y previsora, tiene precisamente una sala para este menester: para discutir. Necesaria. Ahora que sólo hay ocho sillones. ¿Para qué más?

En la segunda planta se hallan los despachos y oficinas rectorales. Y también la sala del profesorado, bien cubierta de libros. En uno de sus rincones, una figura humana, en parte sonrosada, en parte de color gris blanco.

—Para la clase de Medicina legal.

El hombre es de plástico. Desmontable como un reloj. Una cabeza que pronto puede ser dividida en cuatro, sin complicación legal, pero sí con la ejemplaridad docente que algún día podrá servir para aplicar la ley. Músculos, vísceras... Todo sin secreto.

Y más arriba, nuevas clases. Y una biblioteca, que también es clase, bien dispuesta, con mesas a dos vertientes.

La Escuela, silenciosa y apartada a pesar de hacer número en el Paseo de la Castellana, es el cuño de esta quinta promoción, próxima a salir.

#### OBJETIVO: LA FORMACION MORAL DEL HOMBRE

—Uno de los objetivos de la Escuela es la formación del hombre. Se le concede mucha importancia a la calidad moral del juez. ¿Por qué?

Don Manuel de la Plaza no hace esperar la respuesta, que llega sin titubeo. Muy segura, como nacida de la experiencia, la deja salir:

—Sólo a la luz de la moral puede resolver el juez una serie de agobiantes problemas que a diario se le ofrecen. Ha de acudir a las virtudes cardinales.

—Con atenerse a las normas establecidas le basta.

—Es que un juicio de Derecho no es una operación mecánica. El juicio moral es la apreciación de todas las circunstancias que integran unos actos de hombres para aplicarles una resolución práctica que produzca el mayor bien posible. Por eso el juez, al realizar su trascendental misión, ha de ser ante todo y sobre todo, una conciencia afinada por la discreción y luego... invariablemente firme por la voluntad.

—¿Concede entonces supremacía al tono moral?

—Es la mayor de las excelencias.

—¿Y en comparación con la inteligencia?

—Al juez le basta para desen-

ñar su misión con una inteligencia «normal» que le permita llegar a comprender como cualquier hombre medio. Importa sobre todo la superioridad moral.

—Dijo Ganivet que los fallos judiciales de Sancho son más prudentes que los de Don Quijote. ¿Qué opina usted?

—Lo que él. Que son más prudentes, equilibrados y serenos. Los de Don Quijote más que de justicia trascendental, constituyen un índice de la rebelión del espíritu español contra la ley positiva. Hay, sí, que luchar porque la justicia impere en el mundo, pero no hay derecho estricto a castigar a un culpable mientras los demás se escapan por las rendijas de la Ley.

—Los enemigos del alma sabemos cuáles son por el catecismo. ¿Y los de la justicia?

—Cuatro: odio, favor, interés y temor.

Andar por este terreno es el paseo predilecto de don Manuel de la Plaza. Son muchos los caminos que hay en el dilatado campo del Derecho, pero ninguno tan agradable, tan entrañado, como éste de su aplicación, de la administración de justicia, que, en fin de cuentas, ha sido y es la razón de su vida, lo que le ha movido en el curso de sus años.

—Hay que colocar en la escala de los valores supremos la justicia.

—¿Las virtudes entonces del buen juez?

—La prudencia, la fortaleza y la templanza. La virtud cardinal de la justicia es una obligada escuela del ejercicio de estas otras tres.

—¿Elementos corrosivos de la fortaleza de un juez?

—La adulación, la falsa piedad, los lazos de parentesco y amistad, el favor y el temor.

—¿Y contra la prudencia?

—Imprudente es todo el que, sin más, se deja llevar por el propio temperamento. Y más imprudente aún si actúa con irreflexión y ligereza. El juez no ha de ser un hombre friamente analítico, incapaz de comprender la complejidad de un acto humano que no puede recibir el tratamiento adecuado por la sola virtud de un s. logismo.

Termina la lección. Una lección de cerca de cincuenta años de experiencia viva, recta y ordenada al bien, dentro de muchos avatares. Una vida que es una síntesis de esfuerzo triunfante, de un esfuerzo que partiendo de la nada ha llegado a la más elevada cima. Y, ahora, quiere perpetuarse; La Escuela judicial. Pudo reaccionar de otra manera, pero no. El gesto grandioso es que a través de la enseñanza quiere dar en dosis concentrada, como se hace con las vitaminas para la salud, toda su experiencia, a veces amarga experiencia, para robustecer y vigorizar la técnica y la moral de los futuros jueces.

A veces, don Manuel exclama, a especie de entreacto de sus pensamientos:

—La gente es buena. Con un poco de esfuerzo se puede hacer mucho bien.

Oyéndolo llegué a comprenderlo.

JIMÉNEZ SUTIL  
(Fotografías de Mora.)



# CINCUENTA AÑOS DEL AERO CLUB



DEL "JESUS DEL GRAN PODER" A LA "ESCUADRILLA AZUL".- CIENTO CINCUENTA AVIONES Y NUEVE MIL SOCIOS

## CIRCO, DEPORTE, GUERRA

Cuando la aviación era todavía una incógnita, el capitán Ferber, aviador francés, profetizó: «Mientras no muera un aviador por día, no habrá aviación». El presagio, en cierto modo, fué cumpliéndose día a día desde los primeros balbuceos de la aeronáutica. El mismo Ferber perdió la vida poco después.

La aviación, que comenzó siendo un número de circo, pasó muy pronto a ser un deporte.

## CUARENTA Y NUEVE ASCENSIONES CON CUATRO GLOBOS EN EL PRIMER AÑO

No había más globo en España que el «Alcotán» cuando fueron aprobados los estatutos y reglamentos del naciente Aero Club. Jesús Fernández Duro, que había traído el «Alcotán», que había de ser casi una figura legendario en estos primeros tiempos de la

Alcalá, 70, en el mismo local que entonces tenía el Real Automóvil Club de España. De allí partió la popularización del deporte de la aeronáutica



Instante en que el instructor se dirige al avión para «tomar» la lección al alumno de un Aero Club

LA fiebre del vuelo que iniciaron en 1903 los hermanos Wright, prendió pronto en España. Surgieron grupos de amigos peñas, tertulias. Se comentaba y discutía sobre el porvenir del nuevo hecho. Y no tardaron en seguir otros pasos más efectivos y más arriesgados. De entonces quedan unos nombres: Fernández Duro, Rugama, Martínez Abades, Magdalena, Muguiro, Rubryk.

Fernández Duro, que iba a ser dos años más tarde el fundador del Real Aero Club de España, había llegado de París con su globo «Alcotán» el primero que se conoció en España.

Cuando Fernández Duro decidió realizar sus ascensiones, los bienintencionados le recordaron los trágicos accidentes ocurridos a otros intrépidos aeronautas extranjeros.

—No hay peligro alguno en el globo—solía decir Duro con su sonrisa de deportista puro—. Este es el más encantador de todos los deportes.

En diciembre de 1904, Duro se lanzó a los aires en compañía de su amigo Guisasola. Partieron de Madrid y tomaron tierra en Oropesa. Fué el suceso más sensacional del año.

## 1905: NACE, ENTRE OTRAS COSAS, EL REAL AERO CLUB DE ESPAÑA

Siguieron otras ascensiones en globo sin percance alguno.

Entonces surgió la idea de fundar el Aero Club. En principio la pretensión pareció descabellada y aun ofensiva.

Vencidas estas y otras dificultades quedó constituido el Real Aero Club de España en abril de 1905. Era su presidente el marqués de Viana; vicepresidente, don Alfredo Kindelán; secretario, don Juan Rugama. El Club se instaló provisionalmente en



aeronáutica. hizo construir en París el «Avión», de 450 metros cúbicos. A su vez, el Club adquirió otro globo de 1600 metros cúbicos, el «Alfonso XIII», y los matqueses de Viana y la Rodri-ga compraron el «Vencejo», de 1200 metros cúbicos, que regala-ron más tarde al Club. En 1905 había ya cuatro globos en Es-paña.

La fiesta inaugural del Real Aero Club se celebró con al as- censión simultánea de estos cua- tro globos. La calle del Gasóme- tro, parque del Club, era un her- videro de señores respetables, de barba y chistera.

En cuanto llegó el Rey, se sol- taron los globos. El mecánico de Fernández Duro, que seguía al globo en automóvil recogió al famoso deportista en Barajas. El «Alcotán», por su parte, tomó tie- rra en Arroyo de Viñuelas; y el «Vencejo», en Valdesotos; y el «Alfonso XIII», en Moraleja.

Los tripulantes de los cuatro globos fueron conducidos en co- che a Madrid, entre el clamor de la gente entusiasmada.

En este primer año de su vida, se hicieron en el Aero Club 49 ascensiones, consumiéndose 55 916 metros cúbicos de gas y 1540 de hidrógeno.

### COMIENZAN LOS FES- TIVALES Y LOS ACCI- DENTES

En 1905 tuvo lugar en Bruselas la creación de la Federación Aeronáutica Internacional. Los primeros títulos de pilotos que la Federación concedió se dieron por este orden: Título número 1. Luis Bleirot; 2. León Delagrangé; 3. Roberto Peltiere; 4. Henry Far- man; 5. Fernando Ferber; 6. Al- berto Santos Dumont; 7. Orville Wright; 8. Wilbur Wright; 9. Benito Loygorri; 10. Alfonso de Orleans y de Borbón. Dos pilotos españoles en la misma promoción que los hombres de la fama, los Wright y Santos Dumot.

En aquel mismo año de 1905 se celebró el primer gran concur- so internacional, en el que to- maron parte las primeras figuras de la aeronáutica francesa y, cla- ro está, de la española. La compe- titión se había organizado en co- laboración con el Real Automóvil Club: los globos habían de ser «cazados» en su descenso por

automóviles. Se remontaron on- ce globos, y quedó vencedor el «Alfonso XIII», tripulado por Kindelán y Rubana.

El «Júpiter», que tomó parte también en este concurso inter- nacional, tuvo, al poco tiempo de su salida, el accidente más grave que pueda pasar a un aerostato: en pleno aire se le rompió la banda de desgarre. Gracias a la serenidad de los aeronautas y a la magistral maniobra del muy pronto malogrado Gordejuela, tomaron tierra sin el menor pe- rance.

A los dos años de haberse cons- tituido el Aero Club, en 1907, ya teníamos nueve globos libres. Du- rante los primeros años se reali- zaron ascensiones en número anual de 80 a 100. El capitán Kindelán poseía ya entonces el récord nacional de distancia en globo con 960 kilómetros.

### GORDON BENNET, CON UN QUINTO PUESTO Y UN MUERTO

Wilbur y Orville Wright reali- zaron en 1909 unas experiencias oficiales de ascensión. A ellas, junto con otros Monarcas y hom- bres de Gobierno, asistió Alfon- so XIII. Le acompañaron el Jefe de la Aerostación, coronel don Pedro Vives, y el capitán don Alfredo Kindelán. A su regreso el Rey firmó el decreto por el que creaba la Escuela de Pilotos y Experimentación de Aviones de Cuatro Vientos.

Las cosas de la aviación lleva- ban en España una marcha real- mente prometedora. Se contaba con el entusiasmo general, con el apoyo oficial y, lo que es más, con hombres de temple y de en- tusiasmo. Ser aviador entonces, lo mismo podía significar ser hé- roe que cadáver.

La prueba internacional más importante era entonces la llama- da Copa Gordon Bennet, que se disputaba cada año en el país del ganador de la del año anterior. Desde el segundo año, de su vida, España se ganó el quinto puesto entre las potencias aeronáuticas y tres votos en la F. A. I. (cinco era el máximo). Detrás de nos- otros venían Italia, Rusia, Aus- tria y otros países de todos los continentes.

A la primera Copa Gordon Bennet disputada en París en

1906, concurrieron tres globos es- pañoles. Uno de ellos tripulado por Kindelán y Orga, quedó en el cuarto puesto. En sucesivas Copas, hasta la última de 1934, España siguió participando. En la prueba celebrada en 1923 en Bélgica perdió la vida un gran aerostero: el capitán de Ingenie- ros Peñaranda, por efecto de una descarga eléctrica que recibió al tocar la cuerda freno mojada.

### EL CAPITAN BAYO, PRI- MERA VICTIMA DE LA AVIACION

La primera exhibición de aero- plano fué presentada por el R. A. C. E. en Madrid sobre la Ciudad Lineal. Estamos en el año 1910. Más de 15.000 personas presencian el espectáculo asom- broso. Pilotaba el francés Ma- met sobre un aparato «Bleriot- XI». Al año siguiente, el R. A. C. E., junto con el Aero Club de Francia, el R. Automóvil C. E. y «Le Petit Parisien», organiza la primera carrera aérea interna- cional de Europa, sobre el reco- rrido París-Madrid. Resulta ven- cedor el famoso Vedrines, con un monoplano «Morane» de 100 CV.

De 22 aparatos que tomaron la salida en París, sólo llega uno a Getafe.

Había en España entonces un total de siete u ocho pilotos. Los profesores eran todos extranje- ros. Más tarde empezaron a dar clase los españoles, aunque no dejaba de buscarse buenos ins- tructores en el extranjero. Eran aquellos todavía tiempos de aprendizaje.

El 27 de junio de 1912 ocurrió el primer accidente mortal de la aviación española: sobre un avión «Farman», el capitán de Infan- tería don Celestino Bayo cayó en pérdida de velocidad. Un año an- tes, en aquel vuelo París-Madrid, uno de los aviones había caído en desplome sobre la tribuna presidencial. Resultó muerto el general Bertreaux, ministro de la Guerra. En el Alcázar de To- ledo existe una lápida que dice así:

«Al capitán de Infantería don Celestino Bayo, primer aviador militar muerto en el cumplimen- to de su deber en 27 de junio de 1912. El acendrado compañeris- mo de su promoción de Infante- ría.»



## Dolores de cabeza

ANSIEDAD - INSOMNIO - VERTIGOS - AGOTAMIENTO

Ya todo ha pasado con...

# CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR  
Y TONIFICA LOS NERVIOS





## UNA SEÑORA ELIGE EL EMBLEMA

Por aquellos años se planteó también la cuestión de buscar un emblema para la aviación. Don Alfonso de Orleans y Borbón, piloto entonces en aquellos arriesgados vuelos veleros y piloto después sobre los modernos aparatos, cuenta el proceso de la búsqueda de este emblema:

—Recuerdo que nos reunimos en mi casa el coronel Vives. Herrera, Kindelán, etc., para discutir el asunto. Algunos proponían una hélice, otros un avión de aquella época, otros una hélice con alas. En cuanto uno de nosotros proponíamos algo, los demás decían en el acto: «Dentro de diez años será un emblema anticuado y ridículo». Mi mujer dijo: «¿Por qué no tomar un emblema con alas que ha perdurado muchos miles de años?» (Tengo que advertir que es egiptóloga.) Sugirió el emblema del «Escarabajo alado». Lo dibujó ella misma, y el joyero Ansorena fabricó el primero.

## LA AVIACION ESPANOLA REALIZA EL PRIMER SERVICIO DE BOMBARDEO

El primer servicio de bombardeo de la historia del mundo lo realizó la aviación española el 5 de diciembre de 1913. Fué en una de las operaciones de la guerra de Marruecos. En aquellos mismos días un avión pilotado por don Julio Ríos tomó tierra milagrosamente. El piloto venía herido de un balazo en el vientre. Era la primera sangre derramada en el aire.

La aviación había entrado en la guerra. El Rey Alfonso XIII telegraphió al Alto Comisario en Marruecos:

«Ruego a V. E. participe a los aviadores heridos que les ascienda a grado superior y que les felicite por su brillante conducta, así como por el valor y serenidad de que han dado prueba. Desles V. E. un abrazo en mi nombre y eleve esta felicitación a la Orden del día de los Ejércitos de Tierra y Mar.»

La noticia de los primeros heridos en el aire era increíble. Aviadores y soldados, técnicos y profanos, todo el mundo se decía: «Habrán tenido una parada de motor y se habrán dado un golpe. Habrán sufrido cualquier accidente. No es posible alcanzar con una bala un aparato que va a la enorme velocidad de 80 kilómetros por hora.»

## DEL GLOBO LIBRE AL AVION

En 1913 se celebró en San Sebastián el primer concurso de hidroplanos. Tomaron parte seis aparatos: un «Farman», un «Sánchez-Besa», un «Borel», un «Donnet-Leveque» y dos «Morane». Venció Renaux sobre el «Farman».

Se suceden concursos mixtos con participación de globos y aeroplanos. Esta es la época en que el teniente Rodríguez de Lecea pone en boga un nuevo, emocionante y curioso deporte: la



Una vista del Real Aero Club de Madrid en día de festival

«caza de la avutarda» desde el aeroplano. El autogiro La Cierva asciende en 1921: un nuevo e importante hito.

El deporte aéreo se interrumpe de pronto en 1914, a raíz del comienzo de la primera gran guerra. Cuando la práctica aérea es reanudada, el R. A. C. E. crea dos premios de 10.000 pesetas cada uno (estamos en 1920, aproximadamente) para los primeros pilotos españoles que batan algún record, tanto en la categoría A (globos), como en la B (aeroplanos). En junio de 1924, un decreto del Ministerio de Trabajo crea la Sección de Aeronáutica Civil para regir los destinos de la aviación no militar.

Si los años de 1923 a 1930 son los demás avanzado prestigio para la aviación española, esos son también los años decadentes para el R. A. C. E. Don Alfredo Kindelán dice hoy de aquellos años:

—Para salvar al Club del riesgo inminente de muerte que le amenazaba, se trató de hacerle reaccionar con inyecciones de auxilio estatal, que condujo a la era de los presidentes políticos de la más elevada jerarquía, como el marqués de Alhucemas y el conde de Romanones. Se pensó también en el recurso del juego como medio de obtener cuan-

tos ingresos para aplicarlos a fines deportivos. Ambos recursos fracasaron; la vida del Club se extinguió.

## NACEN NUEVOS AERO CLUBS

La vocación deportiva de nuestros pilotos militares, presente en la caza de la avutarda, popularizada en 1920, en el concurso del Malvarrosa dos años después y en la Vuelta a España de 1924 por el comandante Delgado Brackembury, son indudablemente la antesala necesaria y eficaz del auge deportivo aéreo.

Entre 1922 y 1925, la Compañía Española de Navegación Aérea, el R. A. C. E. y la Peña del Aire barcelonesa llevaron sus festivales aeronáuticos a los más reconditos rincones españoles.

Pronto empiezan a surgir los Aero Clubs en otras capitales de provincias españolas. Entre 1923 y 1933 aparecen los de Andalucía, Aragón (hoy, de Sevilla y Zaragoza respectivamente), Lérida, Málaga, Sabadell, Huesca y Baleares. Más tarde poco antes de la guerra, los de Santiago, Las Palmas y Granada. Aparecen también Clubs Aéreos en Almería, Burgos, Teruel, Vich, Gerona, Cádiz, Cervera.

A su vez la industria nacio-



De izquierda a derecha: Don Jesús Fernández Duro y don Juan Rugama, fundadores del Real Aero Club, y el marqués de Viana, primer presidente del mismo



nal aeronáutica muere por indiferencia estatal. Es doloroso comprobar hoy cómo pudieron darse hechos tan faltos de sentido común y de perspectiva. Las avionetas «Loring E. II» y «Casa III» no tuvieron el relevo necesario.

El R. A. C. E. cede su lugar a la F. A. (Federación Aeronáutica) en 1928. Entonces es ciertamente el momento del deporte aéreo «amateur»: surgen como héroes populares los nombres de Carlos Zwicky, José María Ansaldo, Juan A. Klein, Fredéller Valls, los Boniquet-Stahel Batlló, Davins, etc. Se construyen aviones ligeros, motos-planeadores y se adquieren «Pulgas del Cielo» franceses. Junto a ellos los «Hispano - Suiza», «Adarc», «Loring» y «G. P.» intentaron hallar de nuevo esa conducta perdida irrazonablemente al advenimiento de la República.

### VUELOS FAMOSOS Y PELIGRO PARA LA AVIACION

La noche del 10 de febrero de 1926 una gran multitud de españoles se concentró en la Puerta del Sol de Madrid y en la calle de Sevilla en espera de las pizarras que anunciaran la emocionante noticia de la llegada del hidroavión de Franco a tierra argentina.

Es el gran momento de la aviación española. Kindelán había hecho todavía más famosa su ya legendaria figura a raíz del famoso salvamento de que fué objeto en aguas de Ibiza durante un concurso aeronáutico que se celebraba en Valencia. Gallarza, con grave avería a bordo sobre el peligroso mar de la China es recibido en Filipinas por más de 300 000 personas. Jiménez Iglesias Barberán y Collar tripulan un avión «Breguet», lanzado sobre el Atlántico en vuelo de cuarenta y ocho horas de duración. Pombo atraviesa felizmente el Atlántico a bordo de una avioneta de 130 HP.

En 1923 se había tomado la determinación de utilizar la industria española en el mayor radio posible. Se fundan los talleres Loring y Construcciones Aeronáuticas de Getafe. Se inicia la fabricación de motores en la Casa Elizalde e Hispano, en Barcelona. En 1924 se consigue un crédito de diez millones de pesetas para poner en marcha todo el tinglado de la industria aeronáutica. Dos años después, Kindelán consigue un presupuesto extraordinario de 180 millones de pesetas para diez años.

### DEL «JESÚS DEL GRAN PODER» A LA «ESCUADRA AZUL»

En esta época crítica, Alvarez de Rementería, Julio Ruiz de Alda (asesinado en 1936), Ansaldo, Rubio y Armijo, organizan la Exposición de Aeronáutica en el Palacio de Cristal del Retiro. Con lo recaudado y una subvención que consiguen, se compran las dos primeras avionetas de enseñanza «De Havilland-Noth». Nace en Getafe la primera Es-

cuela de Pilotos Civiles, cuyos cursos habían de suspenderse en 1930 para ser reanudados en 1936.

Un avión tripulado por el malogrado Haya y Orgaña consigue en 1928 para España el «raid» de 9.600 kilómetros sobre 11 países europeos. Jiménez e Iglesias obtienen el premio de 100.000 pesetas por su hazaña a bordo del «Jesús del Gran Poder». Intentaron batir la marca mundial de distancia, establecida en 6.200 kilómetros; pero el viento en contra se lo impidió: lograron alcanzar 5.300 kilómetros, de Madrid a Basora. El mismo «Jesús del Gran Poder», tripulado también por Jiménez e Iglesias, haría al año siguiente 7.770 kilómetros entre Sevilla y Río de Janeiro.

El decaimiento de la Aviación empieza, no obstante, a notarse: en la I Vuelta a España toman parte 21 avionetas; en la II Vuelta, sólo toman la salida tres aparatos.

García Morato gana por aquel entonces la prueba del Festival de Aeronáutica Popular, celebrado en Levante, y resulta también vencedor en la prueba de acrobacia del Festival de Zaragoza. En 1935 tiene lugar el «raid» a Egipto y Heston (Inglaterra) de los hermanos De la Cuesta con Gómez del Barco. La famosa Vuelta Aérea del «Quijote» se lleva a cabo por Torres, Puga y Aragüena.

Un 43 por 100 de los pilotos civiles que prestaron servicio en la Aviación militar durante nuestra guerra de Liberación alcanzó la muerte en combate. Eran hombres casi todos jóvenes, en la flor de la vida.

La patrulla de tres aviones de caza del laureado aviador García Morato, en combate sobre el Jarama, derribó nueve aviones de caza enemigos de los 30 que integraban la formación a que dieron frente. En diversas acciones, la Aviación Nacional efectuó más de 700 salidas. Cuando terminó la guerra, las Fuerzas Aéreas estaban organizadas de forma ágil y eficaz, capaces para constituir el Ejército del Aire. (Todavía más tarde, una escuadrilla de caza española, que recordaba por muchos motivos aquellas otras heroicas de nuestra guerra, la «Escuadra Azul», con mandos y tripulaciones que se relevaron seis veces, combatió brillantemente en el frente de Rusia, en la segunda guerra mundial.)

Fué creado el Ministerio del Aire por decreto de 1 de septiembre de 1939, y fué primer Ministro el general don Juan Yagüe, al que sigue don Juan Vigón, y a éste, por primera vez, un aviador, general de la Fuerza Aérea, don Eduardo González Gallarza.

### CIENTO CINCUENTA AVIONES Y NUEVE MIL SOCIOS

Vuelve a nacer la Federación Aeronáutica Nacional de España en 1939 para coordinar la labor de los Aéro Clubs. Sus afanes se orientan hacia la educación aeronáutica de cadetes, por medio de organizaciones juveniles de Falange.

En 1940 surge de nuevo el Aéro Club de Madrid (llamado así ahora), bajo la presidencia del ahora Ministro del Aire, señor González Gallarza.

Se pone la primera piedra en el campo del R. A. C. E. en 1947. Es la etapa definitiva. Existen entonces 11 Aéro Clubs, cuya vida viene a regular un decreto del Consejo de Ministros de 22 de junio de 1948.

Las Escuelas de Pilotos se organizan y se multiplican. Se construyen y se compran aeroplanos, se hacen aeropuertos. Hoy, los Aéro Clubs de España reúnen un total de 150 aviones.

Renacen sucesivamente los Clubs de Huesca, Lérida, Sabadell y Málaga. Más tarde, Santander, Tenerife, Logroño, Vizcaya, Valladolid, Reus, León, Santiago de Compostela, Asturias, Granada, Vigo y Vitoria. Los modelos «Casa Búker 1131.E» y «Aisa I.11.E», para enseñanza y turismo, nos emancipan completamente de la tutela extranjera.

En el Festival organizado por el R. A. C. E. en 1949 participan 88 avionetas. Es el primero de los grandes «rallies» internacionales.

El Ministerio del Aire adquiere en 1950 12 avionetas cuatrimotoras «Stinson-Voyager» para su utilización por los Aéro Clubs españoles. El material de Escuela es renovado, y se introducen técnicas y métodos nuevos. En 1951, el Estado entrega al R. A. C. E. las primeras «Búcker» para su distribución entre los demás Aéro Clubs. En 1954 le son entregados 29 aparatos más.

Se prodigan las competiciones y los festivales. La acrobacia aérea es un espectáculo popular: triunfa — y muere — Aldecoa, y triunfa el príncipe Cantacuzeno. En mayo de 1953, en el Festival Aéreo Internacional, participan veleros, aviones de turismo, aviones comerciales y militares, patrullas de aviones a reacción con «Venom» ingleses y «Thunderjet» norteamericanos, globos, helicópteros, etc.

### LO QUE VA DE AYER A HOY

La velocidad del avión ha pasado de 15 kilómetros por hora en 1903 a 1.212 en 1955. La máxima distancia alcanzada en 1905 por Wright, 18 kilómetros, es ridícula al compararla con los 18.100 kilómetros de hoy. ¡Sesenta metros de altura en 1905, y 20.000 en 1955! La ciencia ha evolucionado, la técnica también. El hombre continúa siendo el mismo. Ahora, los aparatos ofrecen más seguridad; pero, en ningún caso, menos peligro.

Claro que son otros tiempos: han pasado cincuenta años. Ahora, los Aéro Clubs de España reúnen 9.000 socios y tienen 150 aviones. Antes no contaban más que con un par de «locos» y un globo.

La conmemoración del cincuentenario acaba de tener lugar en Cuatro Vientos. Es, por ahora, el último Festival del R. A. C. E.

Daniel SUEIRO



# EL DRAMA DE LA PERSECUCION Y DE LA SUPERVIVENCIA

**SESENTA Y CINCO MILLONES DE CATOLICOS "CON LAS MANOS ATADAS Y LOS LABIOS SELLADOS"**



El obispo italiano Alfonso Ferroni después de haber permanecido tres años prisionero de los comunistas chinos

## Después del terror la táctica de la coexistencia

UN «JAGUAR» ULTIMO MODELO, EN POLONIA

UNO de los pocos últimos modelos que pueden ser vistos en las calles de Varsovia es el «Jaguar» descapotable del conde Boleslaw Piasecki. Es un coche muy distinto al del Presidente Bierut, que viaja siempre, quiéralo o no, con el clásico «Zis» cerrado de los funcionarios soviéticos.

Es de suponer que sea una especie de enmascaramiento, porque Boleslaw Piasecki está al servicio de las autoridades rusas.

Boleslaw Piasecki es una figura extraña y confusa. Antes de la guerra dirigía un partido de extrema derecha, y se tenían noticias de que coincidía, por lo menos, con el antisemitismo, con los

alemanes. Sin embargo, cuando los rusos entraron en Polonia en 1945 la mayor sorpresa, por lo menos aparatosa, fué ver que el conde Boleslaw Piasecki disfrutaba, unas semanas más tarde, la confianza total de los invasores, y que, inmediatamente, comenzaba una vida de activa propaganda. Todavía la gente no volvía de su sorpresa cuando, a los pocos meses, lanzaba un llamamiento en «favor de la colaboración de los católicos con el nuevo Gobierno». La segunda parte, para la que

contó con los medios inmediatos, fué la fundación de un periódico, el «Dzis i Jutro», cuya traducción castellana es «Hoy y Mañana».

Claro está que Boleslaw Piasecki tenía a su lado pocos partidarios. Pero también en eso se le ayudó. Rápidamente se destruyeron todas las organizaciones católicas, y no quedó sobre el país otro instrumento intelectual y doctrinario que el encabezado por el periódico «Hoy y Mañana». Después, en su concurso y ayuda se establecieron las ediciones «Paix», que, enmascaradas, han puesto y hecho circular por el país los libros más confusos. Pero todo ello, con evidente inteligencia para no asustar a los ingenuos.

Posteriormente, el conde Boleslaw Piasecki publicó un libro, «Problemas esenciales», que se consideraría por el Vaticano como libro herético. Las consecuencias mismas de su publicación han servido para que la Congregación del Santo Oficio publicara un decreto condenando enteramente su doctrina. De paso, sufría condena el periódico «Dzis i Jutro», y, naturalmente, su orientación.

El «Osservatore Romano» publicaba lo siguiente: «Estas dos condenas eran necesarias para precisar unas posiciones en el terreno religioso. Mientras que el cardenal Wyszynski y otros obispos polacos están en prisión o no pueden cumplir sus funciones episcopales, asistimos a la tentativa incalificable de hacer pasar a los regimenes comunistas por respetuosos de la libertad de la Iglesia...»

Apenas es precisa una palabra más. La condena del «progresismo» polaco es, a su vez, el resul-



El arzobispo monseñor Stefan Wyszynski, primado de Polonia, retratado en Roma cuando fué a visitar a Su Santidad. Derecha: Una fotografía del arzobispo monseñor Stepinac, jefe espiritual de los católicos de Yugoslavia, en la misma celda donde está encarcelado por los comunistas



tado de dos fórmulas: de un lado, la clara visión del Vaticano de no dejarse engañar, y del otro, la táctica adoptada por Rusia para eliminar, a través de los grupos que inocente—pero siempre controlados por los comunistas—o perversamente, intentan crear conflictos en el seno mismo del pensamiento católico.

Toda la Prensa que se mueve, en un país o en otro, contra la significación de la Roma católica movió sus columnas contra la decisión vaticana, como anteriormente había ocurrido con los casos franceses. Así, mientras se aplauden todos los intentos de acercamiento al comunismo, la Prensa oculta y esconde, como los prestidigitadores, toda noticia que pueda mover o incitar a la opinión pública a conocer el verdadero estado de la Iglesia del Silencio. En torno a ella no se hace una verdadera indagación. No es extraño, por ello, que quien puede hacerlo haya proclamado esta verdad.

**«ESTE SILENCIO NOS DESHONRA»**

En febrero último, monseñor Théas, obispo de Tarbes y de Lourdes, se levantaba contra la indiferencia con que se asiste al «ataque más gigantesco que ha sufrido la Iglesia desde hace siglos». Sigamos sus palabras: «¿Quién habla de las persecuciones actuales de la Prensa católica? Con toda complacencia se nos describe, hasta en sus más pequeños detalles, los crímenes que se cometen en Francia y en el mun-

do. Pero la gran Prensa parece ignorar los millones de cristianos actualmente en prisión o torturados por su fe.»

«Este silencio—decía—nos deshonra. Es preciso romperlo. Continuar sin decir nada sería una complicidad, una traición. Es preciso lanzarse y organizar una Cruzada de la verdad...»

No es extraño todo esto. Cuando comenzaba el proceso contra monseñor Kaczmarek, en Varsovia, bajo la curiosa acusación de vaticanismo y espionaje en favor de... los americanos, «Dzis i Jutro» aplaudía esta decisión y se mostraba conforme con la «deputación». Ahora bien; este proceso de integración de grupos de católicos en la táctica de la nueva propaganda y la nueva cara rusa se ha producido a través de una serie de acontecimientos que conviene aclarar.

**TREINTA Y OCHO AÑOS DE IMPLACABLE PERSECUCION RELIGIOSA**

Por cualquier parte que se coja es lo mismo: desde la revolución a nuestros días, es decir, desde 1917 a 1955, la Iglesia ha sido perseguida implacablemente en Rusia. Pero ese proceso de persecución ha pasado por fases, movimientos y tácticas de las que, sin perder contacto con el ateísmo, nosotros asistimos a la más grave.

La lucha del comunismo ruso contra la Iglesia es la historia de un proceso de violencia y de coexistencia. En el artículo 124 de la Constitución rusa se reconoce la

libertad de «practicar los cultos religiosos y la libertad de la propaganda antirreligiosa», pero bajo los supuestos de los artículos 122 y 126, que advierten que la enseñanza religiosa en los colegios, Institutos, Empresas, así como la exposición de imágenes en lugares públicos serán castigadas con trabajos forzados. Está clara, naturalmente, la intención: ni enseñanza ni predicación.

El terror y la persecución física componen el fondo; la represión por el miedo; pero, verdaderamente, en lo que confía más el partido comunista para hacer desaparecer la religión del alma del pueblo es, sin duda, en la eliminación de toda posible actuación doctrinal.

Dos estadísticas pueden dar una idea, entre el mar de confusiones que inunda este periodo, sobre la situación de la Iglesia ortodoxa. La primera, citada por G. Maklakoff, corresponde a las cifras oficiales de 1914. La segunda, facilitada por la «Soviet War News», apareció el 22 de agosto de 1941.

	1914	1941
Iglesias y capillas.	80.050	4.255
Padres en ejercicio.	57.105	5.665
Academias de Teología	4	0
Seminarios	57	0
Escuelas religiosas.	40.150	0

Aun suponiendo que los datos de la revista soviética puedan ser aceptados como verdaderos, se hace evidente que conceden mucha más importancia a la eliminación de la enseñanza y a la desaparición total de los Seminarios y toda clase de Centros que puedan autorizar, para el futuro, la creación de nuevos sacerdotes. «Se tendría la impresión—dice Salleron—que la Religión desaparecerá rápidamente, pero no es así. La fe rusa continúa viva y se acrecienta con la persecución.» Es éste, sinceramente, uno de los espectáculos más sorprendentes y maravillosos de nuestro tiempo. La ley de las catacumbas vuelve a resucitar. En 1939, el partido comunista de Moscú, en un largo informe, señalaba estos principios generales: «No importa que estén abiertas algunas iglesias, que sirven como propaganda en el mundo exterior, ya que se lucha contra ellas por la fórmula todopoderosa de la asfixia.» ¿Era éste, objetivamente, un punto de vista correcto?

Examinando friamente las cosas no se puede negar que, humanamente, significaba la eliminación de la sociedad cristiana. Mas al final, un hecho imprevisible, colocado por encima de todos los cálculos, vendría a ser el elemento de juicio definitivo: la guerra.

**LA PROPAGANDA RELIGIOSA EN LOS MOMENTOS DE PELIGRO**

Quien desee conservar, para su meditación, uno de los sucesos más descarados de nuestro tiempo, habrá de recurrir, necesariamente, al cambio táctico de la propaganda comunista en 1941. Se vivían en Rusia unos momentos decisivos. Centenares de miles de prisioneros, y la mayor parte de los Ejércitos destruidos.



Monseñor Nicolás, del Cabildo Metropolitano, durante una conferencia en París



Tal era el panorama en el momento mismo de la llegada del «general invierno». De repente, todo el frente político de la propaganda recibe un cambio de línea. El 21 de agosto de ese año, Radio Moscú «apelaba a todos los creyentes de las zonas ocupadas por los alemanes para que se levantaran contra el invasor...»; pero la cosa no terminaba ahí. El cinismo, verdaderamente ejemplar, alcanzaba su madurez en las siguientes palabras: «Los alemanes amenazan la existencia misma de la Cristiandad, e intentan instalar, en el lugar de Cristo, la filosofía de Rosenberg.»

Todo ello supone que, a pesar de las adversas condiciones de existencia, de la esclavitud y de la destrucción, existía aún, en 1941, una masa religiosa cuya posición en la guerra constituía una fuerza importantísima. No es fácil encontrar otra explicación. Es decir, después de veinticinco años, en el momento más grave y decisivo de la vida del país, volvió a dirigirse la voz hacia la conciencia religiosa del pueblo.

### LA NUEVA TACTICA Y SU SENTIDO PROFUNDO

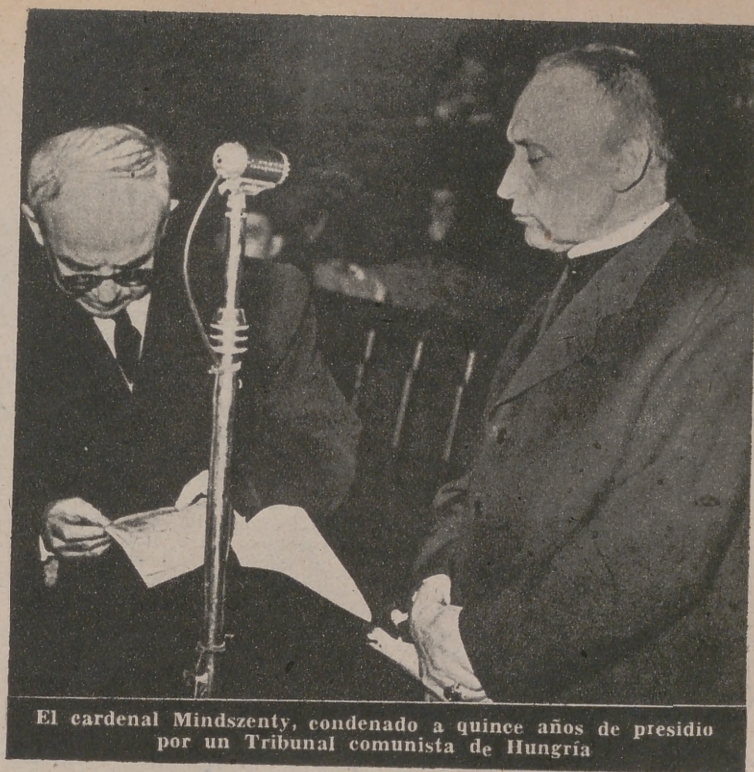
Podría hablarse, justamente, de los veinticinco años, porque en noviembre de 1942, con ocasión del aniversario de la revolución, el patriarca Sergio dirigía sus saludos de felicitación a Stalin. Sólo que, detrás de la figura del patriarca, está, en un primer plano, inimitable, la de su vicario, el metropolitano Nicolás.

El metropolitano Nicolás ha nacido en 1892, en el seno de una familia en la que la oposición al catolicismo constituía la tradición central. Ordenado sacerdote en 1917, precisamente en los comienzos de las batallas de Lenin, su vida ha estado unida al Estado comunista. En los años de la máxima persecución apenas se sabe nada de él; pero desde 1941, su personalidad figura entre los «grandes» rusos y llega a figurar en los actos decisivos de propaganda. Viaja como representante de la Iglesia, y llega a formar parte, igualmente, de la Comisión de Crímenes de Guerra Alemanas.

Así, el metropolitano se convierte en la figura de paja del Estado. En virtud de su posición, el 16 de agosto de 1955 el mariscal Vorochilov en persona le impone, como es sabido, la Orden de la Bandera Roja.

### LA IGLESIA ORTODOXA COMO INSTRUMENTO POLITICO SOVIETICO

¿Cuáles son, entonces, los supuestos que mueven al mundo comunista en esta nueva etapa? En principio, el aprovechamiento de todas las fuerzas nacionalistas religiosas rusas. Por eso, de igual forma, el Gobierno soviético ha proseguido la lucha contra los católicos, que se mantienen firmes en sus posiciones. Frente a ellos, en el propio territorio de la Unión Soviética, la persecución más encarnizada; pero en los países ocupados emplea, con el terror, la táctica de la coexistencia. Es decir, fomenta constantemente la creación de equipos del estilo del conde Piasécki, que apa-



El cardenal Mindszenty, condenado a quince años de presidio por un Tribunal comunista de Hungría

recen, y esto es ley, enmascarados bajo la posición de «progresismo».

En cuanto a la posición de la Iglesia ortodoxa, es conveniente releer la pastoral del cardenal Tisserant, que alude a ella:

«Ciertamente—escribía—, la nueva actitud del Gobierno bolchevique hacia la Iglesia nacional ortodoxa rusa no es debida a un cambio de ideas. Se trata de una pura maniobra táctica fundada sobre una visión realista de los hechos, dentro de la esperanza siguiente: esta Iglesia acostumbrada a ser domesticada por los poderes civiles desde su separación del centro del catolicismo, será, una vez más, el instrumento débil del Gobierno de Moscú, y favorecerá el éxito de otras empresas.»

### EL VIEJO LEMA IMPERIALISTA

Ello, como es natural, no produce ninguna alteración de la vida interior rusa. La Iglesia, privada de todos sus bienes, no gobierna nada más que una porción reducida de fieles, y no constituye ningún peligro para el ateísmo oficial. «Funcionando—dice Salleron—bajo la dependencia total del poder político y sirve, como los progresistas, a reducir el espíritu religioso y la conciencia del peligro.»

En el exterior, es un instrumento de propaganda. Vuelve a plantearse, para la Iglesia ortodoxa, el viejo papel de servir de puente al comunismo en los Balcanes y, utilizándola, además, contra Roma.

«El Patriarcado de Moscú—decía el cardenal Texeira—, alentado por las autoridades civiles, quiere volver a revivir las viejas pretensiones: hacer aceptar una especie de protectorado sobre todas las Iglesias orientales, no católicas... Así, se lee a menudo en la revista oficial del Patriarcado

ataques contra la augusta persona del Papa y contra todo lo que se hace en la Iglesia católica.»

¿Cuál es la actitud de estos pequeños grupos de ortodoxos en lo que respecta a la persecución de los católicos?

El cardenal Tisserant lo dice: «En la lucha contra los católicos de rito oriental, los patriarcas de Moscú y sus obispos se han colocado, deliberadamente, del lado de las administraciones políticas.» Porque la destrucción del catolicismo es el punto fundamental de la política antirreligiosa de Rusia.

### EL SISTEMA PUBLICITARIO

Esta utilización de la Iglesia ortodoxa lleva, por sobre otra cosa, el sello comunista. Una de las primeras consideraciones ha sido identificar en lo posible a los grupos progresistas y ortodoxos con la organización comunista Movimiento Internacional para la Paz. El «Diario del Patriarcado de Moscú» se extiende siempre sobre esas condiciones pacifistas, que enmascaran siempre, inequívocamente, a los agentes comunistas en las organizaciones internacionales.

Sin embargo, el lema «Para defensa de la Paz», del Patriarcado ortodoxo en su publicación, no tiene nada que ver con lo que dice. Sus ataques son despiadados contra el Santo Padre y la Iglesia católica, pero están firmados... por católicos «progresistas» u ortodoxos.

La multiplicación de los hechos evidencia hasta el máximo el procedimiento. Los católicos «progresistas» polacos condenados usaban el mismo lenguaje y las mismas maneras. El mismo caso en Hungría.

En esta última nación, en el «Boletín Católico Húngaro», que se edita también en francés y es repartido por misterioso conducto al otro lado de los Pirineos, se



pueden leer cosas tan extraordinarias como éstas, publicadas el 18 de abril: «Pienso, con una gratitud perseverante, en el pueblo soviético, que ha ofrecido su sangre para la liberación.»

Pero en Hungría, como en las demás naciones bajo la ocupación comunista, la persecución del catolicismo no ha cesado un momento. Y su caso, en cierta medida, podría ser ejemplo de los métodos empleados en el conjunto total de la Iglesia del Silencio.

### LA DESTRUCCION DE LOS BIENES DE LA IGLESIA Y SU SIGNIFICACION

En la táctica para cerrar los pasos al mundo religioso, hay que contar, en principio, con la destrucción de los bienes de la Iglesia. El pretexto puede ser, y con esa técnica propagandística se realiza, las reformas sociales o de cualquier otro tipo. Pero, en el fondo, lo que se destruye, al incautarse de los bienes de la Iglesia, es la libertad física de ésta, que queda sometida, repentinamente, en sus necesidades y en sus realizaciones, a la penuria máxima.

Contra lo que puedan hacer los fieles está el terror. Suzanne Normand, en «Le Parisien» de fecha 4 de octubre, cuenta algunos detalles de la vida religiosa en Hungría. Dice, por ejemplo, que las gentes, para oír misa, escogen las iglesias más separadas de sus domicilios. Un alcalde de una localidad le advirtió que, de 4.000 niños en crios para los nuevos cursos, esclares, solamente 52 se habían apuntado para el catecismo.

La misma Suzanne Normand explica el misterio: «El catecismo se enseña por los curas de las parroquias, pero los padres deben declararlo.» ¿Quién se atreve a hacerlo? Es evidente que muy poca gente.

Según las declaraciones de un «progresista» húngaro, no existe el problema de los nuevos sacerdotes. Cuando se le pregunta en qué basa ese optimismo, responde:

—Cinco Seminarios están abiertos.

—¿Cuántos son los seminaristas en todo el país?—pregunta Suzanne Normand.

—Cuatrocientos.

—¿Y el reclutamiento de los nuevos?

—Prácticamente, ha cesado.

Para que se entienda en su total significación lo que ello significa no vendrá mal saber que en Hungría, con una población total de 9.200.000 habitantes, 7.200.000 eran católicos. Es decir, el 77 por 100 de la nación.

Pero la incautación de los bienes de la Iglesia, las persecuciones y las prisiones, como los juicios públicos y difamatorios de los obispos y los cardenales de las naciones que forman en su conjunto la Iglesia del Silencio, no es sino la parte técnica de la local batalla contra el catolicismo. Después de la incautación y de la persecución viene la etapa del «funcionarismo». Los pocos sacerdotes que actúan o forman parte de los grupos «progresistas» condenados por la Iglesia, o

tienen que someterse a la presión política, que les convierte prácticamente, en funcionarios del Estado, cuyos actos quedan controlados perfectamente. Esas son las circunstancias dramáticas en que se desarrolla la vida cristiana al otro lado del «telón de acero». ¿Encuentra todo esto algún eco en la Prensa o se formulan corrientes de opinión pública mundial atentas a poner en evidencia la situación de los 65 millones de católicos que, según palabras de Pio XII, viven bajo la persecución con las manos atadas y los labios sellados? Ningún eco. Se da el caso de que, mucha Prensa católica, cuyo caso concreto es «La Croix», de Francia, adoptan la actitud menos favorable para que ello sea evidente. Las razones, entre otras, pueden ser la completa subordinación a la política de estos grupos católicos obligados a situarse en una línea de conducta «progresista» para evitar que la propagación de la verdad les retire compradores y la influencia que una posición «vanguardista» impone.

### EN EL CASO DE CHINA, LA LUCHA EN EL MISMO FRENTE

Monseñor Lemaire, superior general de las Misiones extranjeras, escribía recientemente: «Es exacto —escribía en contestación a cierto artículo— que los misioneros expulsados de China son desagradablemente sorprendidos al ver que ciertos periódicos, reputados como católicos, ponen en duda los hechos que ellos revelan como testigos auténticos de los malos tratos a que han sido sometidos, el asesinato de muchos padres chinos, y el encarcelamiento en los campos de concentración de un número mucho mayor y los suplicios como el «lavado del cerebro», que no es otra cosa que la amiquilación, tan lejos como sea posible, de la persona humana. En el silencio casi general que acoge la denuncia de esta persecución en China y que alcanza ya el Vietnam del Norte, es confortador oír una voz que se eleva para restablecer, valerosamente, la verdad...»

En qué terminos son verdad estas acusaciones lo demuestran hechos diariamente comprobados y ya puestos de manifiesto en EL ESPAÑOL en otras ocasiones. Valga decir, por ejemplo, que el día 17 de septiembre «La Croix» publicaba de forma destacada, a cinco columnas y con fotografías, un confuso artículo sobre un posible cambio de la política religiosa en la U. R. S. S. Bien es verdad que los titulares colocaban un prudente signo de interrogación, pero éste no era el sentido final del artículo. El sentido de «objetividad» con que se cubren estas informaciones demuestra su parcialidad manifiesta cuando en el número del 18-19 de septiembre se publicaba en «La Croix», en la página segunda, perdido entre noticias de ningún interés, lo siguiente: «Los últimos misioneros extranjeros abandonan la China comunista. Había en China, en 1940, más de 3.000 misioneros extranjeros. Quedaban, en mayo de 1955, solamente 33, de los que estaban 20 en prisión...»

Tal es, entre ejemplos que podrían hacerse infinitos, la forma de informar, verdaderamente

«prudente y política», que tiene cierta Prensa.

### LOS CARDENALES DE LA IGLESIA DEL SILENCIO

Un día antes de iniciarse la Conferencia de Ginebra, las radios comunistas de Budapest proporcionaban al mundo la noticia de «la liberación» del cardenal Mindszenty. No hacía mucho tiempo que el Santo Oficio había condenado, como en el caso polaco, las publicaciones «progresistas» húngaras.

De todas formas se hizo una campaña de Prensa felicitándose el mundo por la libertad del ilustre purpurado. Ya entonces el «Osservatore Romano» advertía: «El acto de clemencia tiene un valor episódico, puesto que no autoriza a pensar en el fin o en la atenuación de una opresión espiritual y moral que se ejerce sobre tantos millones de fieles. No se reconoce la inocencia del primado de Hungría, no se le restituye su libertad ni reconocen los derechos de la Iglesia...»

Han pasado los meses y el cardenal sigue en idénticas condiciones. Igual que él, con las cuatro simbólicas y dramáticas sillas vacías del Congreso Eucarístico de Río, continúan Stepinac, primado de Yugoslavia; Wyszinski, primado de Polonia; y Thomas Tien, de China. Todo ello significa, en líneas generales, la alucinante lucha de millones de fieles en cada rincón del mundo.

En esta batalla, que se realiza movida por un espíritu de resistencia admirable, pueden llegarse a algunas conclusiones. En principio, la famosa declaración de Krustchev al Comité central del partido comunista el 10 de noviembre de 1954, concerniente a los «errores en la aplicación de la propaganda científica y atea entre la población», hay que ajustarla al cuadro mismo que había ya marcado el propio Stalin al aprovechar a la iglesia ortodoxa. En este caso, la orientación está marcada hacia una mejoración de la posición de los «progresistas» occidentales con el simple objeto de acentuar la división del mundo «capitalista».

La conclusión más clara es evidente: ninguna fuerza, ninguna persecución, ha sido suficiente para destruir, en los pueblos sujetos o Rusia, la fe del hombre católico. Esta ha subsistido a pesar de todo.

Damos una estadística, basada en los datos de «Informations Catholiques Internationales», sobre la población católica en los países ocupados por el comunismo:

	Población	Católicos
Rusia ... ..	203.000.000	6.000.000
Polonia ... ..	24.500.000	23.200.000
Alemania Este... ..	17.000.000	5.500.000
Rumania ... ..	16.400.000	3.000.000
Yugoslavia... ..	16.300.000	6.000.000
Checoslovaquia ... ..	12.500.000	9.000.000
Hungría ... ..	9.200.000	7.200.000
Bulgaria ... ..	8.000.000	57.000
Albania ... ..	1.175.000	120.000
China... ..	486.000.000	4.000.000
Corea N... ..	8.000.000	33.000
Vietnam N. ... ..	14.000.000	700.000

Las cifras, con su limpitud, evitan tener que hacer nuevos comentarios.



# LOS CINCO "ALIMENTOS MARAVILLA" DE MR. HAUSER

## LOS MENUS DE LA SALUD Y LA BELLEZA

ARGAS tiras de rojos pimientos, montañas de tomates frescos y relucientes, exquisitas frescos y delicados manojos de rábanos: éstos han de ser poco más o menos los elementos por entre los que se deslizarán nuestras líneas, dedicadas a abochornar a los gastrónomos de una u otra diócesis, partidarios y acólitos de salsas coloreadas y sabrosas.

Y todo porque el doctor Gayelord Hauser ha venido a España.

Muchos conocían ya sus famosos libros de dietética. Otros tenían la corazonada de que alguien así podía andar por el mundo. Si no, no era posible explicar tantos cutis tersos del otro continente en personas que habían pasado los cuarenta. Tantas cinturas flexibles. Y ese aspecto de estudiantes jugadores de base-ball de tantos padres de familia con residencia en Massachusetts o en Wisconsin.

Efectivamente, el doctor Gayelord Hauser estaba detrás de todo esto, influyendo en la dieta de todo un país—de un país francamente preocupado por su «dieta»—desde su residencia de Nueva York, primero, y desde su chinita de Hollywood, después.

Preconizaba la salud al que si-



Corinne Galvet, la exquisita actriz cinematográfica, escucha las explicaciones del «mago del engorde y del adelgazamiento»

guiera su método alimenticio, y su mejor reclamo eran señoritas de la talla de Esther Williams; aseguraba la personalidad a quien hubiese conquistado la salud y el rostro enigmático de su cliente y amiga Greta Garbo le garantizaba.

Por todo esto, ya pueden ustedes irse rasgando las vestiduras ante esas abundosas fuentes de cochinillo asado ante las que antes solían extasiarse, hacer un estruendoso «fu» a los callos a la madrileña y decir adiós con un

Frutas y verduras entran principalmente en los planes de comida que propugna Mr. Hauser

blanco pañuelo de nostalgia a salsas, picantes y postres de dulce, si quieren figurar en el séquito de saludables seguidores de Hauser.

### EN PLENA PLAZA DE LA CEBADA. — ALGO SOBRE EL DOCTOR HAUSER

Gayelord Hauser mide un metro con noventa y dos centímetros. Y si no fuese porque uno le sabe amante del sol y del aire hasta la saciedad, el intenso color tostado de su piel podría resultar sospechoso. Antes de conocerle nos aseguraron que era un





hombre capaz de moverse con igual soltura en el hall de un gran hotel que en el centro de un mercado. Quizá por esto preferimos hablar con él en plena plaza de la Cebada.

La cabeza de Hauser sobrenada en un mar de gente y repollos, perseguido por la curiosidad de vendedores y compradores. Y mientras me habla de su infancia en Tubienga, su ciudad natal, de sus nueve hermanos, de los cuales «él era el más estúpido», la voz a ratos se le vuelve confidencial, al inclinarse sobre la mercancía de un puesto.

—Esto me entusiasma.

Y «esto» son unos suculentos pimientos morrones.

Entre vendedoras de ajos y perejil, cajas de pescado que van y vienen y atractivos puestos de frutas en los que detenerse, la conversación es un sí es no es entrecortada. Sin embargo, decididos a conocer de lleno las teorías de Hauser, empeñados en llenar nuestra vida—y la de ustedes—de un optimismo y de una juventud parecidas a las de este sorprendente joven de sesenta y cinco años, no son obstáculo las montañas de coles, las cajas transeúntes ni las obesas verduleras peores que tanques en esta ajetreada hora matinal. Fieles a nuestra consigna seguimos a Hauser.

—¿Decía usted? ¿Decía usted...?

Decía:

—En el comienzo de mi vida no

Gayelord Hauser, «artífice de la línea femenina», recorre el castizo barrio madrileño de la Latina en busca de materia comestible para sus teorías



fui un joven fuerte. A los dieciséis años, estando ya estudiando en Chicago en compañía de un hermano mío, tuve un absceso tuberculoso en una cadera. Desahuciado, tras un buen número de intervenciones, se me envió a Europa—«Dejen a este pobre muchacho que vaya a morir a su casa». Y ya en Europa fui instalado en un sanatorio de Suiza.

El cambio comienza entonces para el joven Hauser. Casi calvo, enflaquecido y depauperado, no hace sino vegetar. Hasta que trabó un conocimiento de primera importancia: el del hermano Meece, misionero en India hasta poco tiempo antes. «¿Y usted quiere curar tomando alimentos muertos? En India la tuberculosis es algo que se cura fácilmente como cosas vivas.»

«Como cosas vivas». Primera máxima del sistema Hauser. Y cosas vivas son los frutos de los árboles y de la tierra, las verduras y los zumos naturales.

—Las «cosas vivas» salvaron mi vida.

### LA BELLEZA PUEDE CONQUISTARSE CON LA PUNTA DEL TENEDOR

Un 80 por 100 del género humano podría salvarse por medio de una alimentación racional. Como se salvó Hauser. No se trata de una «dieta» ni de un régimen propiamente dicho.

—Yo sólo trato de enseñar a comer inteligentemente a la humanidad. A comer de manera que los hombres tengan más salud y más belleza, por lo tanto.

Estas máximas nos llevan bien lejos de este ajetreo y estos pregones («¡perejil y ajos!»... «¡pescado fresco!»... y demás acostumbrada gritería). Nos lleva nada más y nada menos que a la famosa granja del Maine en la que Gayelord Hauser fué director de nutrición hace ya años. En esta granja o instituto de belleza que regentaba Elizabeth Arden, el doctor Hauser, que había ya estudiado a fondo tras su licenciatura en Ciencias los complicados secretos de la alimentación, convenció, a fuerza de pruebas indiscutibles, de que «la belleza puede conquistarse con la punta del tenedor».

En medio del lujo fastuoso de aquella «granja»—las damas más sobresalientes, la aristocracia femenina de la sangre, el arte y la industria—, gustaron los cuidadosos menús que Gayelord estudiaba para ellas. La salud, y con ella la belleza, volvían a cada cual sin necesidad de cosméticos.

¿Y el secreto, doctor Hauser?

—No hay secreto. La mujer que tiene suficiente número de glóbulos rojos en la sangre no necesita coloretes. Los granos, el acné y la piel seca, son sólo una manifestación de la carencia de vitamina A. Las pecas y las manchas parduzcas de la piel desaparecen al tomar vitamina B2 y la B1 garantiza la buena circulación de la sangre y, por lo tanto, su natural color rosado. La caída del pelo, de los dientes y las enfermedades de los ojos se pueden evitar igualmente con una alimentación racional.

### LAS SALSAS, ALIMENTO PROHIBIDO

¡Adiós hermosos tiempos de las salsas! El día de su exclusión de

las comidas cotidianas se acerca paso a paso. Sobre todo para aquellos que pasaron la raya de los treinta.

—Porque hasta los treinta, el hombre es solamente lo que tiene que ser. De los treinta en adelante el hombre es lo que quiere hacerse a sí mismo.

Y—volvemos al triste tema—las salsas quedan totalmente excluidas de un sistema ortodoxo y juicioso de comer. Por lo menos ésta es una de las tres prohibiciones categóricas que Hauser hace a los señores y señoras con sobrecarga de peso, a través de sus libros—diez títulos en total—. Las otras dos prohibiciones tonantes son: los postres complicados, el pan blanco y el agua en cantidades exorbitantes.

—Garantizo el éxito de mi sistema a aquellas personas que no estén enfermas o no tengan trastornos patológicos, en cuyo caso han de recurrir a un médico.

El es sólo un dietista. Un dietista que ha hecho del arte de saber comer algo muy distinto, a lo que suelen hacer algunas conocidas peñas de vascos, artifices de la gastronomía. Ya en 1923 Hauser había abierto en Chicago una oficina de «Consejos de Alimentación». La cosa no debió de marchar muy mal. En 1927 Gavelord se nacionaliza americano. El éxito está decidido: precedido por sus famosos ensaladas, rodeado de una aureola de zumos diversos, blandiendo como cetro triunfal el «slogan» de «Véase joven y viva más», convertido en libro en 1950, las puertas de Hollywood se abrieron de par en par.

Greta Garbo, Marlene Dietrich, Corine Calvet, como la Reina Alejandra o la duquesa de Windsor, cuentan hoy en las filas más tridísticas de sus seguidores.

### LOS CINCO «ALIMENTOS MARAVILLA».—EL «COCKTAIL DE LAS BUENAS NOCHES».

La piedra de toque del sistema Hauser está en los cinco alimentos maravilla que proporcionan los elementos vitales necesarios:

- 1) Levadura.
- 2) Germen de trigo.
- 3) Melaza de caña de azúcar.
- 4) Leche desgrasada en polvo.
- 5) Yogurt.

Estos cinco alimentos, usados como refuerzo, tienen, por lo visto, un poder inimaginable. La ficha se la haremos sólo a la levadura, para no convertir esto en un recetario: 17 vitaminas, 16 aminoácidos y 14 sales minerales. Y además no contiene azúcar, almidón, grasa ni sal. «Los enemigos disfrazados de la buena salud».

«La comida moderna hace tiempo que se convirtió en algo grato exclusivamente al paladar. Los alimentos refinados, los platos exquisitos no llevan sino a sobrecargar el organismo de toxinas. La comida tiene que ser de ahora en adelante algo racional e inteligente. El pan que comemos cada día, por ejemplo, ese pan blanco y doradito contiene casi exclusivamente almidón, uno de los enemigos de la buena salud, mientras el pan integral, el pan moreno que ya nadie quiere es el que realmente contiene vitaminas esenciales como la E y las de la



familia B. Igual pasa con el azúcar refinado que todo el mundo usa, dejando a un lado la despreciada azúcar morena.

Por lo tanto, si ustedes están ya arrepentidos de sus pasadas culpas alimenticias, pueden empezar ensayando los cinco alimentos maravilla, de la siguiente forma:

Dos comprimidos de «germen trigo-levadura» al final de las tres comidas principales. Meriende un yogurt, y antes de acostarse injiera el «cok-tail de las buenas noches», que se prepara así: «disuelva dos cucharadas de melaza en una taza de leche caliente, enriquecida con dos cucharadas de leche desgrasada en polvo». Y a dormir bien tapaditos.

### MENUS Y MAS MENUS

El paseo por el mercado va siendo fructífero. Gayelord Hauser hace alto una y otra vez en los puestos de fruta. Claro está que suele salirle muy bien la sonrisa mientras contempla un melón, y esto siempre tiene importancia sobre todo si por los alrededores hay una cámara fotográfica.

—Adoro las judías pintas.

—Yo no...

Y como se nos ha escapado sin querer, nos apresuramos a ser corteses.

—¿Es que son buenas para la figura?

—No para la figura, sino para la salud.

¡Para qué seguir las averiguaciones por este lado! Después de todo, el razonamiento científico no tiene nada que ver con el gusto de cada cual. Dios sabe lo que pensarán experimentados gastronomos de los menús que para adelgazar presenta Gayelord Hauser. Quizá lo que murmuró nuestro compañero Luis Antonio de Vega, comilón empedernido, que con sus tantos kilos escuchaba a Gayelord sus razonamientos en una conferencia de Prensa celebrada días atrás:

—¡Tonterías!...

Pero, en fin, aquí están los menús, sobre todo para el público femenino, siempre preocupado por la línea, sacados de un programa para diez días:

#### Desayuno:

Media toronja o una naranja.

Café aguado o café con leche.

Fortifíquese con una cápsula de aceite de hígado de pescado, una tableta de ácido ascórbico, una cápsula de germen de trigo y unas tabletas minerales que contengan calcio, fósforo, hierro y yodo.

#### Comida:

Dos huevos duros con tomates cortados por la mitad.

Leche fortificada o té de menta.

#### Cena:

Dos hamburguesas asadas, que se confeccionarán de la siguiente manera: una libra de carne molida. Una cucharada grande de cebolla picada. Una cucharada de sal yodada. Tres cucharadas de germen de trigo. Mezcle bien y haga con la mezcla formas como bizcochos. Aselos al horno. Rocíelos con un poco de mantequilla y perejil picado.

(Para cuatro personas.)

Media lechuga.

Una toronja fresca o dos naranjas.

Leche fortificada o una taza de café solo.

Al acostarse:

Leche fortificada, fría o caliente, o un vaso de tomate fortificado con levadura, o un vaso de yogurt.

Otra de las ensaladas que recogemos para que prueben ustedes a amenizar su almuerzo con ella, es la «ensalada Waldorf», del libro de cocina de Gayelord Hauser:

Dos manzanas de cáscara roja.

Dos cucharadas grandes de jugo de limón.

Una taza de apio cortado.

Un tercio de taza de nueces o almendras.

Un cuarto de cucharadita de sal yodada.

Corte las manzanas en rajitas (con cáscara), derrame encima el jugo de limón y agregue el apio y las nueces molidas. Mezcle todo con mayonesa, a las que antes habrá puesto sal.

### CON SU IDEA POR EL MUNDO.—EL BAR DE LA SALUD Y EL BAR DEL PECADO

Gayelord Hauser defiende su idea en el país adonde va, porque vive prácticamente para ella. Ha recorrido el mundo entero.

—¿Siempre visitando mercados?

—Siempre.

Es espontáneo y tiene la palabra fácil.

—Me interesa la humanidad y su manera de vivir. Quisiera que todo el mundo fuera tan feliz como yo soy.

—¿Es esa la base de su éxito?

—La base de mi éxito es que el que yo posea algo que todos necesitan. Vienen a mí para tomar consejo. Y en todos los países dejo magníficos amigos.

Como en Hollywood. La casa de Hauser siempre está frecuentada. Sus fiestas son famosas.

—Monto en estas ocasiones dos bares: uno, el bar de la Salud, donde sólo se toman jugos de frutos y verduras y canapés vegetarianos; otro, el bar del Pecado, donde se puede beber whisky, champagne, etc. Yo nunca prohibo nada.

—¿Cuál de los dos bares tiene más éxito?

—El de la Salud.

No podemos evitar un gesto escéptico.

—¿Aunque nadie les diga nada?

—Aun así.

### EL «COK-TAIL CLOROFILICO».—UN PORVENIR VEGETARIANO

Quizá el porvenir de la humanidad sea éste, y algún día todos disfrutemos con nuestras píldoras de germen de trigo y nuestros comprimidos de levadura. Las mujeres nos pediremos ayuda unas a otras de una forma bien distinta:

—Ruperta, baja y pide a la señora de abajo un poco de levadura para fortificar estos jugos. Y devuélvele, de paso, el germen de trigo que nos prestó para los pastelitos de ayer.

Por el momento, el primer



«Se puede adelgazar cinco kilos en diez días y engordar lo mismo en idéntico tiempo», viene a decir Gayelord Hauser, especialista en dietética femenina

«cok-tail clorofílico» se celebra en España. Tantas y tantas verduras sirven en esta ocasión al salón del «Commodore» de motivo ornamental y de objetos comestibles al mismo tiempo, que uno espera ver aparecer delicados rabanitos o enigmáticas berenjenas ejerciendo el papel de «pendentifs» en el escote de alguna dama. Panecillos de harina integral, zumos verdes, rojos o como de barro rojizo, canapés de lechuga en el que una rajita de huevo es la única licencia permitida, «hace las delicias de la concurrencia».

Hauser y sus sesenta y cinco años vegetarianos y deportivos, en medio de todo esto. Como en «Maxims», en París, vuelve a hacer beber jugo de lechuga a todo Madrid.

A pesar de todo, Gayelord Hauser se lleva dos amores de España:

—El cochinillo asado y la paella.

—¿Comeremos algún día por medio de píldoras solamente?

—Imposible. Una de las condiciones principales del alimento, es la de agradar al paladar.

Menos mal. Así todo quedará en que simplemente los amigos ya no charlarán en compañía de una caña.

—¿Quieres tomar un jugo de lechuga?... Sé de un sitio en donde dan unos rabanitos de aperitivo...

**María Jesús ECHEVARRIA**  
(Fotografías de Mora.)



Para engordar, lo primero que hay que hacer es estar delgado; luego, seguir los métodos de Mr. Hauser



# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



## LOS CINCO "ALIMENTOS MARAVILLA" DE MR. HAUSER



## LOS MENUS DE LA SALUD Y LA BELLEZA

El dictador mundial de la dietética, Mr. Hauser, en quien todas las mujeres gruesas tienen puestas sus esperanzas, ha llegado ahora a Madrid. En estas fotografías le vemos en una visita que hizo al mercado de la Cebada. (Lea esta información en la página 61.)